

100 noches en
ANDRÓMEDA



Norma Estrella

Cien noches en Andr6meda

Norma Estrella

Índice

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

De niño, Edu soñaba con inventar su propio monopatín volante con el que poder viajar hasta la Luna. De niña, Eva jugaba con su hermana y soñaba con tener una máquina expendedora de donetes en su habitación.

Ambos trabajan ahora para una empresa tecnológica llamada Andrómeda, desarrollando proyectos de inteligencia artificial. Sus prototipos de asistente virtual —Lalo y Lala— rivalizan para ser los elegidos por un excéntrico empresario de Palo Alto, que busca inundar el mercado con los perfectos novios virtuales en San Valentín.

Durante cien días y sus noches algo muy grande se cuece entre los ordenadores de Andrómeda.



«Os estáis preocupando demasiado por las máquinas que pasan el test de Turing y demasiado poco por los humanos que no pasan el Voigt-Kampf.»
@NewIlluminatus

Nota de la autora

Querida lectora, querido lector:

Estás a punto de lanzarte a leer una novela romántica escrita por una persona de letras puras, con una gran curiosidad y un gran interés por todo lo que la rodea, pero sin una célula científica en su cuerpo.

Si esperas encontrar un tratado de astrología o una novela tecnológica, con arriesgadas teorías sobre el destino que aguarda a la humanidad en el futuro, te advierto que no lo vas a encontrar aquí y te recomiendo seguir viajando hacia la constelación de Ciencia Ficción.

En cambio, si buscas una historia ligera que te arranque una sonrisa o un suspiro de vez en cuando, has llegado al planeta correcto.

Si, a pesar de mis advertencias, te adentras en estas páginas sin ser amante de la novela romántica, enhorabuena. Eres un rebelde.

Gracias por tu tiempo y complicidad.

¡Un abrazo galáctico!



Barcelona, septiembre de 2019

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Edu, cumpleaños feliz!

Eduardo se tapó la cara con el brazo y gruñó con convicción.

—Déjame.

—Son las ocho. La temperatura es de dieciocho grados. La humedad relativa, del cuarenta por ciento y el viento sopla del suroeste, a trece kilómetros por hora. Para ser septiembre, hace un bonito día.

—Cinco... minutos... más.

—¿Tienes tres mensajes de WhatsApp individuales y cinco grupales? ¿Quieres que te los lea?

«Oh, no. Ya empieza la pesadilla de las felicitaciones. ¿La gente no duerme o qué?»

—Ni se te ocurra..., a no ser que quieras que te estampe contra la pared.

—La agresividad no soluciona nada, Edu.

—¡Qué sabrás tú! —Apartando el edredón, se quedó sentado en la cama mirando a su compañero de piso, Lalo, que permanecía inmóvil, impertérrito, casi desafiante... lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que se trataba de un asistente de voz—. La madre que me parió —refunfuñó, frotándose la cara con las dos manos.

—Es la remitente del mensaje individual número uno y también del mensaje número uno en el grupo Los González por el Mundo.

—Lalo, cállate un rato. —Soltó el aire y bajó la vista.

«Menos mal», se dijo, al ver que la tienda de campaña seguía montada con la misma firmeza que la mañana anterior. Un compañero de trabajo le había tomado el pelo, asegurándole que un estudio de la universidad de Stanford había concluido que los jóvenes que se pasan el día pegados al ordenador se volvían impotentes a partir de los veinticinco años. En el momento no le había hecho caso, pero se había pasado la noche con pesadillas, en las que se despertaba calvo, barrigón y con un apéndice apagado o fuera de cobertura entre las piernas.

Se miró en el espejo, pasándose la mano por la barba recortada. Estaba un poco demasiado larga para su gusto, pero no tenía ganas de arreglársela, así que dejó caer los bóxers al suelo y se metió en la ducha. Se estremeció al

notar el agua fría pero consiguió su objetivo, que era librarse de la erección matutina. Por mucho que fuera su cumpleaños, no estaba para fiestas. Aunque no pensaba reconocerlo ni bajo tortura por reggaetón, echaba de menos que su madre lo despertara el día de su cumpleaños. Pero no con un mensaje de WhatsApp. Echaba de menos que le revolviara el pelo y le diera un beso en la frente, mientras decía: «¿Quién cumple años hoy?» Esas palabras eran el sortilegio que convertía el día en algo mágico, especial, donde todo era posible.

—¿Cumple veinticinco o siete, tío? —se dijo, cerrando el agua, para librarse del inoportuno ataque de nostalgia matutina.

—Veinticinco —le confirmó Lalo, el asistente virtual creado por él mismo. Tenía la versión beta instalada en casa para probarla. Había puesto reproductores en todas las habitaciones de la casa. Tampoco eran tantas: el comedor-salón-estudio-cocina, el dormitorio y el baño—. Hay estudios que afirman que a los veinticinco se sufre la primera crisis de madurez. Se entiende que a esa edad hay que haber acabado los estudios y tener un trabajo. También hay que tener pareja y piso. Y 1,3 hijos, o planes de tenerlos.

—Lalo, no seas brasas. —Edu se secó con prisas, como siempre, dejándose un montón de zonas húmedas porque la paciencia no era una de sus virtudes—. No tengo ninguna crisis de madurez. Fui el primero de mi promoción; tengo un precioso piso en un barrio que me gusta. Vale que es un sobreático sin ascensor y que la escalera parece sacada de una peli de terror, pero por setecientos euros al mes en este barrio es un chollo. No tengo pareja porque si la tuviera no podría dedicarme a ti, y lo de los hijos no sé de dónde lo has sacado, porque no conozco a nadie de mi edad que los tenga.

—Es una media mundial, Edu. No seas egocéntrico.

Edu miró de reojo al altavoz. Aunque sabía que el asistente vivía en su ordenador, como humano, el impulso de mirar a los ojos al interlocutor era muy fuerte. De hecho, había estudios que decían que sólo el siete por ciento de la información se transmite a través de las palabras. El resto se transmite mediante la actitud corporal y, sobre todo, la entonación de la voz.

Volcado desde hacía años en la creación de inteligencia artificial, ese tema le preocupaba mucho. Había conseguido un prototipo capaz de iniciar conversaciones por iniciativa propia y de responder con cierto grado de ironía. Necesitaba más medios económicos para dotarlo de una apariencia externa que permitiera el contacto visual. Ese era su objetivo para el año que iniciaba. ¿Lo conseguiría?

Se peinó con los dedos y volvió al dormitorio. Se puso los vaqueros negros y la primera camiseta que encontró en el cajón y se acercó a la cocina para prepararse el Cola-Cao. Con el paquete de galletas en una mano y el vaso en la otra, salió a la terraza. Aunque el trabajo lo absorbía, le gustaba sentarse en la terraza del pequeño sobreático y contemplar cómo el sol se alzaba sobre la ciudad.

Nacido en Crevillente, donde vivía su familia, se trasladó a Barcelona por recomendación de su profesor. Al principio le costó acostumbrarse a algunas cosas pero, siete años después, se consideraba un barcelonés más. Sentado en una de las dos sillas de la terraza, se quitó las chanclas, apoyó los pies en la otra silla y dejó que el sol acabara de secárselos.

—Aaaah —exclamó, cerrando los ojos—. Secarse los pies al sol es uno de los mayores placeres de la vida. —Su sonrisa se hizo aún más amplia cuando no le llegó la respuesta de su asistente—. Y no haber instalado repetidor de Lalo en la terraza, la mejor idea que he tenido en mucho tiempo.

Abrió el paquete de galletas, sacó cuatro, las mojó a la vez en el vaso y mordió con ganas.

—Mmm.

Algunas de las chicas que habían pasado la noche en el piso se extrañaban al ver que no tomaba café para desayunar. Y aunque les había hablado de la necesidad de empezar el día de manera saludable, bla, bla, lo cierto era que tenía un vicio secreto que no podía compartir con nadie: estaba enganchado al café de máquina de la oficina. Y no podía compartirlo porque, al principio, se había quejado de que estaba asqueroso. Pero paulatinamente, durante las largas jornadas de trabajo, se había acabado enganchando y ahora era uno de sus placeres culpables. Seguía echando pestes cada vez que iba a por uno, por aquello de mantener las apariencias, pero en silencio disfrutaba de su chute con doble de café, sin azúcar.

Como diría su madre, Susi —amante de las infusiones—, si se enterara: «De todo tiene que haber en la huerta del Señor». Sí, huerta. Y que nadie tratara de convencerla de que el refrán era con «viña» si no quería ganarse una mirada exasperada. Según su lógica implacable, una huerta era mucho más variada que una viña. Irrebatible.

Apuró el vaso de leche chocolateada hasta el final y se levantó. Con la vista resiguió el camino que en unos minutos estaría recorriendo con su Xiaomi Ninebot, un monociclo que le permitía ir de casa al trabajo en diez minutos y olvidarse del lío de aparcar. Las dos torres, una blanca y una negra,

que se alzaban junto al mar, le marcaban el camino.

—Vamos que nos vamos.

Ese iba a ser un día muy especial en la oficina. Y no precisamente porque uno de sus ingenieros informáticos cumpliera un cuarto de siglo.

—Buenos días, Eva. Son las ocho.

Eva estiró los brazos por encima de la cabeza y los dejó caer sobre la frente.

—¿Ya? He dormido del tirón. ¿Qué tiempo hace, Lala?

—La temperatura es de dieciocho grados. La humedad relativa, del cuarenta por ciento y el viento sopla del suroeste, a trece kilómetros por hora. Te recomiendo el vaquero 3, la camiseta 2 y el jersey 1.

—Mmm, vale. ¿Hay algo especial hoy?

—Tal día como hoy de 1972 nació la reina Letizia; en 1984 el príncipe Harry de Inglaterra y en 1994 nació Eduardo González, ingeniero informático dedicado al campo de la inteligencia artificial.

Eva se incorporó de golpe y quedó sentada en la cama con los ojos muy abiertos.

«El príncipe malhumorado.»

—¿Hoy es el cumple de Edu? —Se frotó los ojos y se puso en pie de un salto—. Pues elígeme otra ropa mientras me ducho, Lala. —Cogió el pequeño altavoz reproductor en forma de pirámide color lila y lo metió en el baño.

—¿Algo informal, profesional..., matador?

Eva se quitó el pijama y esperó a que el agua saliera caliente para meterse debajo. Mientras se enjabonaba el pelo, que llevaba corto, aprovechó para pegarse la primera bronca del día.

«Eva, ¿qué más da lo que te pongas? No te va a ver. Para él eres tan invisible como Lala. Hoy hay videoconferencia con Palo Alto, ponte profesional.»

—Algo sexy, Lala.

«Bien ahí, coherente de buena mañana.»

—Pues la minifalda de falso cuero camel con medias granates y las botas negras.

—Mmm, no sé. ¿Eso es sexy?

—Todo eso está en la lista de ropa sexy. Tú me programaste, así que tú sabrás.

—Grrr, sí. Y te hice descarada y sarcástica, no sé en qué estaría pensando. ¿Y arriba qué me pongo?

—El jersey calado granate de punto ancho y hombro desbocado.

—Mmm, puede funcionar. ¿Ropa interior?

—Negra. De raso, nada de algodón.

—Sí, señora.

—Señorita, si no te importa.

Sonriendo, Eva salió de la ducha, se puso el albornoz y se frotó vigorosamente el pelo con la toalla. Tras echarse un chorrillo de acondicionador, se secó el pelo castaño —con reflejos color violín para darle vidilla— con el secador de mano. Aunque le gustaba dejárselo secar al aire, sabía que si se ponía el casco sobre el pelo mojado para ir al trabajo, le quedaría chafado como un cascarón de huevo sobre la cabeza de un pollito. Y no quería prescindir de ir al trabajo en su patinete eléctrico, el transporte ideal para ir desde su piso de Poble Nou hasta Andrómeda, la empresa tecnológica donde trabajaba.

Antes de vestirse, se acercó a la cocina para prepararse el primer café del día. Metió una taza con agua en el microondas y, mientras se calentaba, fue a buscar la ropa. Nunca había sabido vestirse, así que, al programar su asistente virtual, introdujo todas sus prendas de ropa en un banco de datos. Lala le había cambiado la vida. No sólo la ayudaba a combinar la ropa y a encontrarla, también la avisaba cuando debía poner una lavadora o cuando sus marcas favoritas lanzaban ofertas interesantes. Nunca le había preocupado mucho el tema. Hasta la adolescencia fue su madre la que le preparó la ropa cada mañana. Su hermana no lo entendía, pero ella prefería aprovechar el rato leyendo sus libros favoritos antes de ir al colegio. Sólo cuando en tercero de la ESO entró un alumno nuevo en clase —un alumno repetidor, más mayor que los demás, más alto, más hombre, con pinta enfurruñada y una moto en la puerta del instituto— y vio cómo él miraba a sus compañeras, empezó a interesarse por lo que se ponía y dejaba de ponerse.

—¡Pliñ! —El microondas la avisó de que el agua estaba caliente.

Dejó la ropa sobre la cama y volvió a la cocina. Echó un par de cucharadas de café soluble y otro par de azúcar en la taza. Sacó biscotes del armario y los untó con margarina y miel antes de dirigirse al salón para desayunar frente a la tele.

—Lala, pon las noticias.

Cuando su padre reñía a su madre por tener la tele encendida mientras estaba en la cocina, ella le replicaba que le hacía compañía. Sus padres la habían tenido tarde —con cuarenta años su madre y cuarenta y ocho su padre — y ya estaban jubilados. En cuanto pudieron, se quedaron a vivir en el

pueblo de playa donde pasaban los veranos y Eva se quedó en el piso familiar. Y daba las gracias todos los días. A pesar de que no podía quejarse porque había encontrado trabajo enseguida, los alquileres en Barcelona estaban tan caros que la gente de su edad tenía que irse a vivir fuera de la ciudad o compartir piso entre varios.

Dio un mordisco al biscote y desvió la vista de las noticias que miraba sin escuchar hacia la foto en que sus padres, su hermana y ella sonreían a cámara, felices. Sintió una punzada de añoranza. Estaba a gusto con su vida, pero a ratos se sentía sola y ponía la tele, porque hacía compañía.

—Son las ocho y media —le recordó Lala, cuya alarma había programado porque tenía tendencia a embobarse delante de la tele por las mañanas.

Eva sacudió la cabeza.

—Gracias, Lalita. ¿Qué haría sin ti?

—Programarme otra vez.

Eva se echó a reír.

—No lo dudes.

—Gracias, mamá. Sí, luego entraré en el grupo para dar las gracias a los tíos y los primos. —Eduardo hizo rodar los ojos mientras esperaba a que el semáforo de Paseo de San Juan esquina Diagonal se pusiera en verde—. Pues no sé cuándo podré ir. Hoy tenemos una reunión importante en el curro. Esta noche te llamo y te cuento cómo ha ido, ¿vale?

Quería acabar la llamada, necesitaba colgar urgentemente, antes de que saliera a la conversación el tema tabú, el maldito tema que había causado —entre otras muchas cosas— que dejara de llamar a su madre.

—¡A ver si es verdad! Que siempre dices lo mismo, pero luego nunca me llamas.

—Mamá...

—Sí, ya sé, tienes mucho trabajo, pero los hijos de mis amigas también trabajan y bien que sacan tiempo para llamar a sus madres. O para venir a casa por Moros y Cristianos.

Eduardo cerró los ojos y apretó con tanta fuerza el poste del semáforo al que estaba agarrado para no caerse del monociclo que no le habría extrañado dejar marcas.

—Mamá, no empieces. Ya sabes que...

—Eduardo, ¡no me digas que no vienes a ver a tus padres y a toda la gente que te quiere por esa tontería!

Una furia intensa y burbujeante le ascendió por los pies y le recorrió el cuerpo hasta el casco con micrófono y auriculares incorporados.

—¡No es ninguna tontería! Lo que esa... esa...

—¡Nada de nombrecitos machistas! Ya no será tu novia, pero se sigue llamando Montse.

—No es machista llamarla mentirosa, falsa y traidora. Lo que hizo fue imperdonable, es mala leche, recochineo... ¡la peor traición imaginable!

—Lalo, ¡basta ya! Deja de portarte como un crío.

«Pues si ser adulto es no poder decir las verdades, paso, la verdad.»

Inspiró hondo para contenerse y no decir algo que estropeará el día de buena mañana.

—Vale, mamá. Hablamos en otro momento, que se me va a poner el semáforo en rojo otra vez.

A punto estaba de soltarse del poste para seguir su descenso hacia el mar

cuando una agente de la policía municipal se le plantó delante. O debería decir LA agente.

La conversación con su madre lo había encendido tanto que su primer impulso fue el de darle un empujón para apartarla y salir huyendo de allí, pero la neurona prudente impuso su criterio.

—Buenos días. Sabes que utilizar el móvil mientras se conduce es una infracción que conlleva la retirada de tres puntos del permiso de conducción y una multa de doscientos euros, ¿verdad? —le preguntó la agente, con las manos en las caderas, en actitud más seductora que amenazadora.

«Ya estamos otra vez.»

—Buenos días, agente... ¿cómo se llamaba?

A ella se le enturbió el brillo en la mirada, pero fue un instante, como una pasajera bajada de tensión en la línea eléctrica.

—Agente Miriam Romera.

—Exacto, mi pesadilla personal —murmuró Eduardo. Si ella lo oyó, fingió no hacerlo—. Agente Romera.

—Te he dicho que me llames Miriam.

Eduardo asintió.

—Me lo has dicho, más de una vez, igual que me has dicho que no se puede usar el móvil conduciendo. ¿Y qué te digo yo siempre? Que la ley dice «excepto cuando el desarrollo de la comunicación tenga lugar sin emplear las manos». Y como ves, no empleo las manos. —Le mostró la que le quedaba libre.

Ella le miró la mano y se mordió el labio inferior, pero logró contenerse y recuperar un aire profesional.

—Pero la ley prohíbe usar cascos, auriculares o instrumentos similares —le recordó ella, alzando una ceja.

—No uso auriculares. El sistema va integrado en el casco, lo he diseñado yo mismo, como te he comentado ya alguna vez. —Eduardo vio que el semáforo volvía a ponerse en rojo y empezó a ponerse nervioso. No le gustaba llegar tarde.

—Sí, la ley es muy ambigua y queda abierta a la interpretación del agente. —Miriam le dirigió una sonrisa irónica—. Quedamos en que yo no te multaba, pero que tú me llamarías y charlaríamos más a fondo sobre el tema...

«La ley será ambigua, pero tú eres más transparente que un robot de metacrilato, agente Romera.»

—Estoy liadísimo, Miriam. Hoy mismo tengo una reunión de trabajo que

puede cambiar mi futuro profesional. —Le dirigió una mirada profunda y con su voz más grave añadió—: No puedo llegar tarde. Déjame seguir, anda. Te llamaré, te lo prometo.

Ella se ruborizó y se aclaró la garganta.

—Bien, pero no me fío de que me llames. Me lo has dicho muchas veces y nunca lo cumples. Dame tu teléfono y te llamaré yo.

«Mierda.»

—¿No te fías de mí?

Ella alzó una ceja, sacó el cuadernillo de multas y el boli y se quedó esperando.

«Vale, es pesada pero no tonta.»

—Anota.



Eva se quitó el casco, dobló el mango del patinete y entró en las oficinas de su empresa, situada en una de las viejas fábricas de la que había sido zona industrial un siglo atrás. Andrómeda tenía pocos meses de existencia, pero una gran proyección. Eva pasó la tarjeta por el control de identificación, se acercó al gran montacargas y esperó a que bajara. Una vez dentro, cuando las puertas empezaban a cerrarse, oyó la voz del compañero de trabajo que había conseguido que dejara de elegir la ropa por su orden de aparición en el cajón.

—¡Aguenta la puerta!

Momentos después, Eduardo entraba en el ascensor con el pesado monociclo bajo el brazo y el casco colgando de un dedo.

—¡Hodor! —replicó ella, pero al ver que no pillaba la broma o no le hacía puñetera gracia, cambió de táctica—¡Felicidades!

Cuando él le dirigió una mirada asesina, supo que no había sido su mejor idea.

—¿Tú también? —la interpeló con una voz grave que eligió el vientre de Eva como caja de resonancia y la dejó vibrando de arriba abajo.

Ella se encogió de hombros y trató de no sentirse como una acosadora virtual, pero la mirada acusatoria de su guapo pero malhumorado compañero no se lo puso fácil.

—Bueno, es lo que tiene el siglo XXI —comentó en su mejor tono de ascensor y una sonrisa que de tan optimista era casi heroica—. Las redes sociales te avisan de los cumpleaños y esas cosas.

El teléfono de Eduardo empezó a sonarle en el bolsillo de la cazadora.

—Es Susi —le informó Lalo y Eva sintió que el ascensor había perdido el techo y que un chaparrón de agua helada la estaba empapando.

—¿Otra vez? Casi me ponen una multa por ir hablando con ella en el monociclo.

Eva lo miró de reojo. Con los vaqueros negros, del mismo color que la cazadora, las botas y el pelo —que debía de haberse alborotado con los dedos tras sacarse el casco porque apuntaba en todas direcciones— parecía un ángel del infierno. Y, desde luego, tenía un carácter del demonio.

«Si se cabrea con esa tal Susi por llamarlo dos veces, mejor ni lo intentes. Hombres tóxicos los justos, gracias.»

Cuando el montacargas llegó a la cuarta y última planta del edificio, Eva salió y aunque su orgullo le decía que no se le ocurriera despedirse, su optimismo y carácter cascabelero ganaron la partida.

—¡Que pases un buen día de tu cump... —dejó la frase a medias cuando él la incineró con sus ojos negros.

—Ni se te ocurra pronunciar esa palabra —susurró entre dientes—. No hace falta que se entere todo el mundo...

—Tarde —murmuró Eva, al ver que Lucía, la secretaria de dirección y coordinadora de bienestar en la oficina se acercaba con su sonrisa de buen rollo oficial.

Eduardo alzó una ceja y ella le señaló a su espalda con la barbilla.

—No me jodas —murmuró Eduardo.

«Porque no querrás». —Eva abrió mucho los ojos—. «No lo he dicho en voz alta, ¿verdad? ¿VERDAD?»

—Buenos días, Eduardo —lo saludó Lucía con su característica amabilidad. Una amabilidad tan forzada y protocolaria (apoyar la mano en el brazo más de un segundo y menos de tres, sonrisa que no muestre los dientes, preguntas personales, pero no íntimas...) que nadie podría confundir por amistad—. Andrómeda te desea un feliz día de tu cumpleaños. A las diez y media hay almuerzo especial en la sala de juntas. Te esperamos. —Se volvió hacia el resto de empleados que iban llegando y se iban acomodando en sus lugares de trabajo—. Os esperamos a todos para celebrarlo. Veinticinco años no se cumplen cada día.

—Gracias a Dios —murmuró él entre dientes.



—Que no —insistió Eduardo, antes de comerse de un bocado el cruasancito de sobrasada.

—Si no vienes pensaré que el estudio de Stanford tenía razón y te ha asaltado la impotencia del cuarto de siglo, tío —lo picó Carlos, de Sistemas, cogiendo dos pulgas de jamón a la vez—. ¡Qué manía con traer bocadillos tamaño Minion!

—No te quejes que al menos hay jamón —comentó Dani, experto en Nube y computación distribuida—. Los dueños de la empresa de mi hermana son veganos, y hasta en las máquinas de vending sólo hay fruta, yogures y barritas que parecen las que les ponía mi abuela a los periquitos.

Los tres se estremecieron teatralmente.

—No podemos dejar que se pierdan las buenas costumbres —insistió Carlos—. Esta noche, salimos y nos comemos Barcelona... y lo que se deje comer.

—Claro, tío. —Dani le dio una palmada en la espalda—. Actúa Izal en la Damn. Nos pasamos, nos tomamos unas birras y luego ya, lo que surja.

A Eduardo se le iluminaron los ojos.

—¿Izal?

—Sí, te lo comenté la semana pasada, tío.

Eduardo se encogió de hombros.

—He estado liado con las actualizaciones de Lalo.

Carlos lo miró como si no tuviera remedio.

—Vamos, lo normal para un tío de veinticinco años. Echar más horas que un reloj en la empresa y al salir, hacer horas extra en casa.

Nuria —de Contabilidad y enlace sindical— se acercó sigilosamente. Llevaba una de sus camisetas negras con lemas sociales. La de ese día mostraba a una abeja tratando de protegerse de las agresiones de los humanos con una máscara antigás.

—¿Te obligan a hacer horas extra en casa, Edu? Podemos denunciarlo.

Él le dirigió una sonrisa irónica y negó con la cabeza.

—No, gracias, Nuri. Lalo es mi hobby, mi compañero de piso, mi conciencia... Me gusta estar con él.

Nuria se encogió de hombros.

—Cualquier cosa, me decís. Para eso estoy.

Mientras la miraban alejarse, Carlos comentó:

—Lo que no entiendo es lo del nombre, tío. ¿Por qué le has puesto Lalo? ¿No decías que odiabas que te llamaran así cuando eras un crío?

—Me lo recomendó el psicólogo —respondió con lo primero que le vino a la cabeza—. Tratamiento de choque.

—¿Cuándo has ido tú al psicólogo? —Carlos alzó las cejas, pero se distrajo, igual que Edu, cuando Dani cambió de tema.

—¿Os habéis fijado en Eva? Está... distinta.

Edu, que no había ido al psicólogo en su vida, se aferró agradecido a la nueva conversación. Buscó a Eva entre sus compañeros y la encontró charlando con Jordi, un nuevo diseñador gráfico que le había parecido majo.

—Habrá ido a la peluquería —comentó Carlos.

Edu negó con la cabeza. Llevaba la melenita castaña como siempre, corta y retirada por detrás de las orejas.

—¿Y ese tío por qué se le acerca tanto? —refunfuñó—. A ella no le van esas cosas. Eva es... de los nuestros.

Al ver que no respondían, miró a lado y lado. Sus colegas estaban contemplando a la programadora como si fuera una de las chicas que entrenaban en el gimnasio del otro lado de la calle, con sus mallas ceñidas y tops que no cubrían más que un sujetador. Eva estaba sentada en una mesa, con una pierna cruzada sobre la otra.

—Vale, sí, se ha puesto falda. ¿Qué pasa? ¿No habéis visto nunca unas piernas?

Los muy idiotas estaban tan embobados que ni le respondieron. Se volvió hacia Eva con el ceño fruncido y se fijó más, por si se le había escapado algún detalle. Cuando había subido esa mañana en el ascensor con ella no había notado nada raro. Claro que entonces él venía calentito tras la charla con su madre y los equilibrios que había tenido que hacer para librarse de Miriam.

«¿Será delito darle un número de teléfono falso a un agente de la autoridad?»

Al verla ahora, con un jersey granate desbocado que dejaba un hombro al aire y la tira del sujetador a la vista tenía que reconocer que Eva tenía los hombros bonitos.

«Bonitos. Sin más. Tampoco es para ponerse en plan baboso.»

El diseñador gráfico se inclinó sobre ella y le dijo algo al oído que la hizo echar la cabeza hacia atrás y reír con ganas.

La risa de Eva recorrió la sala de reuniones—donde no había una gran

mesa central sino sofás de distintos colores y mesas auxiliares de varias alturas— y alcanzó a los tres programadores como una brisa de aire fresco en una noche bochornosa. Edu oyó un gruñido excitado y no supo si había salido de su garganta o de las de sus compañeros.

Por una vez en la vida agradeció la llegada de Gus.

Gus —Gustavo Bou Vilarasau— era el joven y dinámico dueño y director de Andrómeda. Sus padres tenían tanto dinero y tantos hijos que no se opusieron demasiado cuando el pequeño dijo que quería dedicarse a jugar con robots. Eso era para ellos lo que hacía el tarambana de su hijo pequeño. Gus —que no había estudiado Ingeniería Informática sino Administración de Empresas— tenía un objetivo en la vida: demostrar a sus padres y a sus siete hermanos que el dinero estaba en la tecnología y acabar siendo el más rico de todos ellos.

Eduardo lo vio entrar, mirar el videowall donde —como en todos los cumpleaños de la empresa— aparecía su cara y su nombre y dirigirse hacia él con paso decidido, de líder, de triunfador.

—Felicidades, Edu. Elegiste buen día para nacer.

Edu miró a su jefe —vestido informalmente, aunque siempre de marca— y sonrió, aunque su sonrisa era una enana blanca comparada con la hipergigante de su jefe, un profesional del tema.

—Eh, ya sabes, Gus. Yo siempre elijo lo mejor —replicó, porque sabía lo que a su jefe le gustaba oír. Sin querer, la vista se le desvió hacia Eva que, igual que el resto de empleados, había abandonado los corrillos y se había acercado al jefe para escuchar su arenga matinal.

El pequeño de los Bou Vilarasau solía pasar más tiempo fuera de la empresa que dentro, ya que tenía muchos contactos y sabía cómo usarlos. Gracias a su don de gentes, nunca faltaban proyectos en la empresa. Pero cuando se pasaba por sus dominios —siempre a toda velocidad, con dos o tres personas detrás, que lo ponían al día—, le gustaba dedicar unos minutos a levantar la moral de la tropa.

Gustavo sonrió satisfecho y le palmeó la espalda.

—Bien, bien. Esa es la actitud. —Barrió a su gente con la mirada y siguió hablando—. Como sabéis, hoy no es solo el cumpleaños de nuestro... —Se volvió disimuladamente hacia el videowall— de nuestro Edu. Hoy cumple años también Barry Jones, el CEO de EPMA, que lleva días anunciando a través de sus redes sociales que quiere celebrarlo con el mundo entero.

—¿Emma? —preguntó Nuria al oído de Edu—. ¿Quién es Emma?

—EPMA, no Emma. Son las siglas de El Palo Más Alto. Es una empresa de Palo Alto —Hizo girar la mano varias veces a la altura de la sien—. Un juego de palabras, Palo Alto, el palo más alto... Oh, da igual.

Gus seguía hablando:

—No sabemos de qué se trata, pero cuando grandes como Steve Jobs, en la nube esté, Elon Musk o Barry Jones hacen un anuncio, el mundo se para. Dentro de unas horas, a las 19.00 hora española concretamente, estaré aquí, frente al videowall para no perderme detalle. Estoy seguro de que estáis igual de ansiosos que yo por saber qué se trae entre manos.

—Es fuera del horario laboral y, por tanto, completamente opcional —les recordó Nuria.

Gus le dirigió una sonrisa cálida como el aliento de los caminantes blancos.

—Por supuesto, señorita Sanz. Por supuesto. Y como ahora estamos dentro del horario laboral, propongo que todo el mundo vuelva al trabajo — Gus alzó una ceja y los empleados regresaron a su sitio entre suspiros y resoplidos.

—No os dejéis conquistar por los cantos de sirena del postcapitalismo amable —les recordó Nuria a Carlos y a Edu por el camino—. Hay vida más allá de la empresa.

—Díselo a este. —Dani señaló a Edu, sentándose frente a la gran pantalla de su ordenador—. Parece que cumpla cincuenta en vez de veinticinco. No hay quien lo saque de casa.

Nuria se encogió de hombros.

—Mi novia está a punto de cumplir los cincuenta y tiene una marcha que no se la acaba. Me cuesta seguirle el ritmo, la verdad.

—Bien por ella —murmuró Edu—. Y ahora, si no os importa, tengo que acabar el proyecto para la universidad de Ghana.

Poco después, Eduardo estaba totalmente absorto en el programa de profesor virtual que ayudaría a resolver las dudas de los estudiantes del país del golfo de Guinea. Aunque sabía que Nuria tenía razón y que había vida más allá del trabajo, nada hacía que las horas le pasaran tan rápido como perderse en sus proyectos. El trabajo era para él mucho más que una manera de pagar las facturas. Era su pasión, un reto divertido, mejor que un Scape Room. Era como una amante seductora, que se quitaba los velos lentamente. Cuando creía que el último velo estaba a punto de caer y que al fin descubriría sus secretos, volvía a cubrirse y a escapar. Siempre había una nueva pregunta a la que

buscar respuesta. ¿Hasta dónde sería capaz de desentrañar los misterios de la inteligencia artificial? No lo sabía, pero mientras no se aburriera de intentarlo, iba a dárselo todo.

A la siete menos cinco de la tarde, Edu se acercó al rincón de las máquinas de vending para hacerse con un café antes de acercarse a la sala de reuniones. Eva estaba frente a la máquina de comida, con una mano apoyada en el cristal. La postura hacía que el culito asomara de un modo de lo más tentador. Sin previo aviso, su mente se imaginó que la agarraba por las caderas, tiraba de ella hacia fuera y le separaba las piernas. Mientras ella se apoyaba en el cristal para no caer de cara al suelo, le levantaba la falda hasta la cintura, le bajaba las medias y...

—Ah, hola. —Eva se volvió hacia él. Si se dio cuenta de su cara de salido, no lo demostró—. Se han acabado los donetes y ahora no sé qué pedirme.

Eduardo metió su tarjeta identificadora en la máquina cafetera y le dio al botón antes de volverse hacia la otra máquina y examinar el contenido. Quedaban sándwiches, frutos secos, palitos de pipas, barritas energéticas, galletas y manzanas.

—¿Frutos secos? —probó, sin mirarla a los ojos porque seguía tratando de quitarse de la cabeza la imagen del culo de Eva, prieto y redondo como una de las manzanas de la máquina.

—Yo es que soy más de dulce —admitió ella, haciendo una mueca.

«Aunque con algunas cosas amargas haría una excepción», se dijo.

Cuando los pitidos indicaron que el café estaba listo, Edu lo cogió y le dio un trago. Y cuando abrió mucho los ojos, se puso rojo y echó el café sobre la fuente de agua como si fuera un surtidor, Eva pensó que se había abrasado la boca.

—¡Edu! ¡Bebe! —le agachó la cabeza mientras con el pie presionaba el pedal para que saliera agua.

—Pero ¿qué... —protestó él, empapándose la cara.

—¡Abre la boca y bebe, atontao! —Él se secó la cara, inspirando hondo—. ¿No te has quemado la lengua?

El bulto que le salió en una mejilla le dijo a Eva que se había llevado la lengua hasta allí. No sabía si para calmarse el dolor o los nervios. Porque parecía nervioso, no sabía por qué.

—No, no me he quemado. Es que la máquina... va cada vez peor. El café estaba más asqueroso que de costumbre. —Eduardo llevaba un par de horas

deseando disfrutar de su placer culpable, un café extrafuerte sin azúcar, y se había encontrado todo lo contrario—. Esto no es café, es jarabe. Está tan dulce que me ha dejado la lengua en almíbar.

Ella dio un trago a su capuchino extradulce y gimió, achacándole al café con leche las sensaciones que le había provocado imaginarse enroscando su lengua con la de Edu, extradulce, extrasexy, extra...

«Contrólate.»

Carraspeó.

—Pues el mío está en su punto de dulzor.

Edu, frustrado por no haber conseguido satisfacción a su adicción cafetera, unió una nueva frustración al combo. De pronto, disfrutar de un café dejó de ser prioritario. Volver a oír ese gemido al oído mientras empotraba a Eva entre la cafetera y la máquina de comida ganó puntos para convertirse en su nueva obsesión.

—Qué suerte —murmuró con la voz ronca.

Ella carraspeó.

—Tal vez se haya encallado —le sugirió, servicial. No podía evitarlo. El Supremo Ingeniero la había programado con valores máximos de amabilidad—. Prueba otra vez.

Él volvió a la máquina y, al fijarse, se dio cuenta de que la función de extra de azúcar estaba activada y la de extra de café, desactivada.

—No le pasa nada —refunfuñó, fulminándola con la mirada—. Algún degenerado que ha activado el extra de azúcar.

Ella alzó una ceja.

—¿Y vas a ser capaz de manipular la máquina para conseguir un café a tu gusto o necesitas ayuda, don amargo?

Él la miró de reojo.

—Soy perfectamente capaz

Refunfuñando, se dispuso a prepararse otro café cuando les llegó la voz de Gus desde la sala de reuniones.

—¡Empieza!

El gruñido de frustración de Edu volvió a elegir el vientre de Eva como caja de resonancia. Empezaba a convertirse en una costumbre molesta.

—Tarde. —Eva lo invitó a seguirla con un gesto de la mano por encima del hombro—. Tu asqueroso café amargo tendrá que esperar. A ver qué demonios se le ha ocurrido a Jones.



Media hora después, las diez personas que estaban en la sala se miraban unas a otras con distintos grados de entusiasmo.

—¡Podemos hacerlo! —exclamó Gus—. Es una oportunidad única. Si ganamos, Andrómeda saldrá en los informativos de todo el mundo. No hay dinero que pueda pagar una campaña de publicidad así.

—Son tres meses —refunfuñó Edu—. No da tiempo.

—Cien días —le corrigió Gus.

—Y con el trabajo que tenemos ya. —Edu sacudió la cabeza—. Es imposible.

Gus puso los ojos en blanco.

—Vuestro trabajo es programar y el mío es hacer que las cosas imposibles se vuelvan posibles. Si hace falta contratar a más personal, ¡lo contrataremos! Y si hay que hacer horas extras, ¡las haremos!

—¡Yo lo veo! Mi Lala está muy avanzada —intervino Eva, con el entusiasmo que le faltaba a Eduardo—. Con unos cuantos cambios, puede convertirse en la perfecta novia virtual.

Barry Jones, el excéntrico dueño de la principal empresa tecnológica norteamericana había hecho al fin su esperado anuncio. Tras divorciarse, y en vista de que casi todos sus amigos eran solteros o divorciados, había decidido volcarse en crear un asistente virtual especializado en sentimientos. En palabras del propio Barry: «No necesitamos un asistente virtual que nos diga qué hora es o qué tiempo va a hacer. Esa información nos llega ya por todas partes. Tampoco necesitamos asistentes sexuales. Hay muñecas hinchables anatómicamente perfectas, pero eso no nos quita la soledad. Lo que necesitamos es alguien que, cuando llegemos a casa, nos pregunte de qué humor estaba el cabrón del jefe. Alguien con quien poder cagarte en los guionistas de tu serie favorita cuando escriben un final decepcionante. Alguien a quien poder abrirle el corazón y que no responda con las réplicas ingeniosas pero sin alma de una Siri o una Alexa. Necesitamos un novio o una novia virtual. Alguien con quien poder mantener una relación.»

—¿Lala? —Edu fulminó a Eva con la mirada.

—Sí. Llevo un par de años trabajando en un prototipo de asistente virtual. En mi casa, en mis ratos libres, por supuesto —se apresuró a aclararle a Gus—. La tengo muy avanzada.

—¿Cómo de avanzada?

—Tiene capacidad de obtener conocimiento por su cuenta, puede resolver problemas simples, planifica y evalúa alternativas, puede generalizar...

Edu sintió una desagradable punzada de competitividad que lo impulsó a interrumpirla.

—Yo también llevo unos años trabajando en un asistente. —Todos se volvieron hacia él—. En mi casa, en mis ratos libres, por supuesto —añadió con ironía, ganándose una mirada asesina de Eva, que, al igual que Edu, usaba la tecnología de la empresa para avanzar en el prototipo. Carraspeó antes de añadir—. Se llama Lalo.

Eva se cruzó de brazos y alzó las dos cejas mientras se oían varias risas ahogadas.

—¿Qué pasa? Es verdad. Os lo puedo presentar. —Se llevó la mano al bolsillo donde tenía el móvil y dio un par de golpecitos—. Lalo, te presento a unos amigos. Saluda, por favor.

—Los amigos de Edu son mis amigos. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Eva torció el morro y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Lalo.

—¿Por qué te llamas así?

—Es como llamaban a Eduardo, mi creador, de pequeño. Ahora ha crecido y, aparte de inteligente como nadie, tiene unas medidas envidiables. Metro ochenta y tres de altura, metro ochenta y nueve de envergadura, talla cuarenta y tres de pie y dieciocho centímetros de...

—¡Ya basta, Lalo! —lo interrumpió Eduardo, incómodo.

Gus se echó a reír con ganas.

—¿Y el cachondo de tu asistente está tan avanzado como el de Eva? —se interesó.

—Más —afirmó, con una sonrisa que a Eva se le atragantó—. Es capaz de solucionar problemas complejos, predecir consecuencias, evaluar alternativas...

—Lala también puede hacer todo eso —replicó Eva, que tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse serena cuando los recuerdos de su hermana la asaltaron a traición.

—Comprobémoslo. ¿Podemos hablar con ella?

Eva habría preferido tener esa noche para hacer ajustes y presentar el

prototipo a la mañana siguiente, pero el chulo de Eduardo había movido ficha antes de hora y ella no pensaba quedarse atrás.

La falda que se había puesto para impresionar al señor dieciocho centímetros no tenía bolsillos, por lo que se metió la mano bajo el jersey y cazó el móvil que llevaba a la cintura, sujeto bajo la braga para que no acabara en el suelo. A nadie le pasó desapercibido el gesto.

Al tener la vista fija en la pantalla, Eva no vio que los reunidos se revolvían y le dirigían miradas interesadas. El conjunto elegido por Lala esa mañana había conseguido los objetivos deseados, pero ahora lo importante no era eso. Era el momento de demostrarle a Gus que Lala era lo que Barry Jones buscaba para lanzar en San Valentín como la novia virtual perfecta.

—Hola, Lala. Unos amigos quieren conocerte. ¿Podrías contarles qué es para ti el amor?

Lala suspiró y Eva se felicitó en silencio por haber programado que reaccionara con un suspiro cada vez que oyera la palabra «amor».

—Podría leer miles de definiciones, pero me has preguntado qué es para mí. No puedo responder a esa pregunta, pero sé que tiene que ser algo maravilloso, porque las canciones más populares, las novelas más vendidas, las películas más valoradas... todas tratan sobre el amor.

—¿Te gustaría conocer el amor, Lala?

Otro suspiro.

Eva levantó la vista y miró de reojo a su alrededor. Gus tenía los ojos brillantes. Eduardo también, pero lo que brillaba en ellos no era la ambición sino la alarma.

—Me gustaría mucho, sí. ¿Algún voluntario que quiera enseñármelo?

—Yo.

Eva y los demás se miraron, excepto Edu, que tenía la mirada clavada en su móvil.

—¿Lalo?

—Yo también quiero descubrir lo que es el amor.

Las carcajadas de Gus hicieron retumbar la sala.

—¡Me encanta! —Dio una palmada y se quedó con las manos unidas—. Eva, Edu, quedáis relegados de los proyectos en los que estabais trabajando. Mañana los reasignaremos. A partir de ahora mismo quiero que os dediquéis a vuestros chiquillos en cuerpo y alma. Modificad lo que haga falta para que se conviertan en el novio o novia perfectos para Barry Jones. Él ya elegirá cuál prefiere de los dos.

—Elegiré a Lalo, por supuesto —afirmó Edu, desafiando a Eva con la mirada.

—Eso habrá que verlo —replicó ella, aceptando el desafío y subiendo las apuestas.

Gus se estaba frotando las manos.

—¡Bien! Eso espero, que os dejéis la piel defendiendo a vuestros chicos. A partir de esta noche, nada de trabajar desde casa. Mañana firmaréis los contratos de confidencialidad ya que el proyecto será totalmente blindado. Los asistentes deben estar en Palo Alto antes de Navidad. Hasta entonces, Andrómeda será vuestro hogar. Id a celebrarlo, a despediros de vuestros amantes, lo que queráis. Desde mañana vuestras vidas pertenecen a la empresa.

—A Nuria se la van a llevar los demonios de Lenin y Fidel Castro —murmuró Edu.

—De Nuria me encargo yo. —Gus se dispuso a salir, pero antes remachó el clavo—. Vosotros sois los elegidos. En vuestras manos está que Andrómeda haga historia en el campo de la inteligencia artificial. No me falléis.

Cuando Gus salió de la sala, Edu miró a Eva con desconfianza. Su jefe tenía razón: era una oportunidad única. Y no solo por el reconocimiento profesional. Dispondría de recursos y horas ilimitadas para trabajar en el proyecto de su vida. No pensaba desaprovechar la oportunidad. No iba a apartarse de su objetivo por nada, por muy bien que le sentaran las faldas a Eva. La conocía lo suficiente para saber que, aparte de un culito bien puesto, tenía bien puestos también los dos hemisferios craneales. Vamos, que era un cerebritito a tener en cuenta.

Edu se detuvo frente a su compañera que acababa de convertirse en rival.

—Esta es la oportunidad que estaba esperando para darle el empujón final a Lalo y no la pienso desaprovechar —le advirtió.

—Pues os deseo suerte a Lalo y a ti, pero Lala y yo no os lo vamos a poner fácil.

Edu alzó una ceja y al cabo de un momento alargó la mano.

—¿Que gane el mejor?

Eva dudó unos instantes, pero luego se la estrechó con decisión.

—Vale, pero te advierto desde ya que va a ser LA mejor y no el mejor.

Él le acarició la parte interna de la muñeca con el meñique y Eva sintió que una descarga eléctrica la recorría de arriba abajo.

—Pórtate bien, Eva, que vamos a tener que pasar muchas horas juntos a

partir de ahora. —Edu no pudo resistir la tentación de provocarla antes de salir de la sala.

Eva lo siguió y se dirigió a su mesa, tratando de disimular el estremecimiento que le había producido. A medio camino, él se detuvo y la miró por encima del hombro. En el brillo de su mirada había pasión, eso era innegable, pero ¿se trataba solo de pasión por la tecnología?

—Yo siempre me porto bien —replicó, tratando de sonar como una tipa dura y fracasando estrepitosamente—. Pórtate bien tú.

Él se echó a reír.

«Cien días en Andrómeda», se dijo Eva, mientras recogía sus cosas.
«Una eternidad.»

Nuria salió del despacho de Gus con el ímpetu de un huracán a su paso por el Caribe. Todo el mundo la siguió con la mirada mientras ella se acercaba a la mesa de Eva.

—Bueno, he hecho lo que he podido —anunció, apartando el café y sentándose sobre un trozo libre de escritorio—. Tenéis que firmar las dichas cláusulas esas, que incluirán que no podéis conectaros a internet desde casa hasta Navidad, pero dormiréis en casa, os pagarán las horas extras y os he conseguido dos semanas de vacaciones pagadas cuando acabe el proyecto.

—¡Eh, genial! Gracias, Nuria.

Edu se acercó a ellas con la mano levantada y Nuria se la chocó antes de señalar la oficina de Gus por encima del hombro.

—El jefe os espera.



Horas más tarde, acabadas las reuniones y traspaso de proyectos pendientes, Eva seguía al encargado de mantenimiento que la estaba ayudando a trasladarse.

Andrómeda ocupaba unos ciento cincuenta metros de la última planta de la antigua nave industrial. La mayor parte la ocupaba el espacio central, diáfano, sin paredes, donde los programadores y otros empleados trabajaban en isletas de cuatro mesas encaradas.

Cuando entró a trabajar en la empresa, a Eva le asignaron una mesa cercana a la zona auxiliar, donde estaban los baños y las máquinas de vending. Edu estaba sentado en la otra punta, junto a los ventanales, lugar estratégico porque tenía las mejores vistas sobre el gimnasio del otro lado de la calle. Por eso cuando Gus ordenó que ambos se trasladaran al despacho paralelo al suyo —uno de los dos despachos cerrados de la oficina— para que el resto del personal no lo molestara y reducir la posibilidad de filtraciones al exterior, Edu abandonó enfurruñado su privilegiado mirador.

Y así lo encontró Eva cuando entró en el despacho de tres por tres metros. Moviendo el pie a toda velocidad, al mismo ritmo que los dedos sobre la mesa, y un ceño tan marcado que podría plantarse una sombrilla en él.

—¿En esta mesa, señorita? —preguntó el encargado de mantenimiento.

—Sí, gracias.

—¿Me alcanza el cable?

—Claro.

Eva buscó dónde había ido a parar el cable de su ordenador y se agachó para alcanzarlo. Entre las piernas, pilló a Edu mirándole el culo con descaro. Se levantó rápidamente, agradeciendo haberse puesto pantalones esa mañana y le entregó el enchufe al encargado.

«Tres meses encerrada con un tipo demasiado guapo para mi salud mental, que no puede disimular que no le hace ninguna gracia trabajar conmigo, pero que cuando tiene un culo delante, se le van los ojos. ¿Qué podría salir mal?»

Eduardo echó hacia atrás la silla con ruedines, estirando los brazos al máximo.

—Voy a por un café mientras acabáis con la mudanza. ¿Te traigo uno?

—¿De los tuyos? ¿Más amargos que un ardor de estómago? No, gracias.

Él se encogió de hombros y se marchó. Cuando volvió al cabo de diez minutos, el encargado de mantenimiento se había ido ya y Eva tenía la vista fija en la pantalla.

Eduardo insertó la tarjeta chipada y personalizada en la ranura del lector que Gus había hecho instalar en los ordenadores de la empresa. La tarjeta servía para controlar las horas trabajadas, pero también para comprar los cafés y disfrutar de descuentos en otros servicios contratados por la empresa. Se echó hacia atrás en la silla y expulsó el aire. Tras el abandono de Montse, su exnovia, estaba pasando por una mala racha. No encontraba sentido a su vida y lo pagaba con todos los que se le ponían por delante.

La noche anterior había quedado con Dani y Carlos, que lo habían animado a salir con la agente Romera, con alguna de las chicas del gimnasio de enfrente o, en palabras de Carlos: «Con quien sea, Edu, pero echa un polvo de una vez, por Dios. ¡No hay quien te aguante!»

Pero cuando dos chicas se les habían acercado, Edu se levantó, las dejó con sus amigos y se fue a casa, despejándose con el aire de la noche montado a lomos de su monociclo. Por mucho que sus colegas se empeñaran en que le hacía falta un polvo, él sabía que necesitaba tiempo para librarse de la sensación de vulnerabilidad. Montse le había hecho daño y no tenía ganas de volver a sufrir. Y, francamente no le apetecía usar a una mujer como su fuera una sandía con un agujero, aunque los cenutrios de sus compañeros no lo entendieran. Había salido con Montse desde siempre, desde los quince años.

No sabía lo que era el sexo sin amor, y le resultaba tan apetitoso como un helado de callos.

Esa mañana se había librado del acoso de la agente Romera gracias a que el día anterior había programado a Lalo para que le sugiriera un camino alternativo a la oficina. No quería que nada le estropeará el primer día de su nueva etapa laboral. Ya que su vida sentimental estaba más muerta que un caminante blanco, se volcaría en el trabajo. Lalo y él, mano a mano. No era mal plan. Sus manos y él se entendían a la perfección; llevaba meses demostrándolo.

Lo que no le convencía era lo de tener que compartir despacho con Eva. No por nada. Eva era maja, le caía bien, pero Lalo era SU proyecto. ¿De dónde demonios había salido una Lala? Si no fuera porque sabía que una inteligencia artificial no se creaba en un día ni en dos, pensaría que había plagiado su idea. Aunque, por las miradas que le dirigió durante la reunión la tarde anterior, ella parecía pensar lo mismo de él.

Eva suspiró, sacándolo de sus pensamientos.

—Perdona —le dijo.

Él se inclinó hacia la derecha para verla, ya que habían colocado sus mesas una frente a la otra.

—¿Sí?

—¿Podrías dejar de hacer ese ruidito con los dedos? No me dejas pensar. Eduardo le dirigió una mirada ceñuda.

—Yo no hago ningún ruidito.

A Eva se le escapó la risa por la nariz.

—Pues vale. —Se encogió de hombros, inspiró hondo y añadió—: Tenemos que hablar.

Edu sintió un estremecimiento y se puso inmediatamente a la defensiva.

—¿Y ahora qué he hecho?

Eva alzó las cejas.

—Tú sabrás. Tenemos que hablar de Lala.

—Dirás de Lalo.

—Edu, no te pongas de culo.

Él se mordió la lengua y bajó la vista para que ella no viera lo que su mente famélica era capaz de dibujar en segundos cuando le ponían delante las palabras «Eva», «despacho» y «culo». Tras aclararse la garganta, replicó:

—Tú dirás.

—¿Qué características crees que debe de tener Lala para ser una novia

creíble?

Él se cruzó de brazos y respondió sin necesidad de pensar:

—Debe ser falsa, manipuladora, cruel, sarcástica y fría, muy fría.

Eva sacudió la cabeza lentamente.

—Me temo que te has equivocado de proyecto. Ve a decirle a Gus que te asigne al departamento del internet de las cosas. Lo que tienes en mente no es una novia virtual, es una nevera inteligente.

—No tan inteligente —refunfuñó él—. No sé qué coño le ha visto al soplapollas ese.

Eva resopló, contó hasta tres y volvió a resoplar. Él seguía sumido en su mundo de resentimiento y amargura.

—¡Edu!

—¿Qué pasa?

—¡Eso digo yo! ¿Quieres contarme qué demonios te han hecho las mujeres para que tengas esa idea de nosotras? Porque si hacemos una novia virtual así, ¡no vamos a vender ni una!

—No es culpa mía que seáis unas mentirosas hipócritas con mal gusto.

Eva se levantó de la silla, se acercó a Edu y se inclinó sobre él.

Con el dedo índice a pocos centímetros de su nariz, le dijo en voz engañosamente calmada.

—Lala es sincera, honesta, divertida y amable. ¡Y tiene mucho mejor gusto que yo! Si ahora mismo sufriéramos un ataque nuclear y este despacho resultara ser el único lugar seguro del planeta, te aseguro que preferiría mantener una relación con ella antes que contigo.

A Eduardo no le gustaba que nadie lo amenazara con el dedo, así que se lo atrapó como quien caza una mosca. Cuando ella trató de liberarse, él lo retuvo. Se levantó lentamente para aprovechar la ventaja que le daban los buenos quince centímetros de altura que le sacaba y cuando ella retrocedió, él avanzó, sintiendo que se despertaba su instinto depredador.

Al notar la pared a su espalda, los ojos de Eva se abrieron, alarmados.

—Los inviernos nucleares son muy largos y muy fríos —le susurró, inclinándose sobre ella.

Eva tragó saliva con dificultad.

—No tanto como tu alma —logró replicar.

—¿Qué sabes tú de mi alma?

—Nada. Ni yo ni nadie. La tienes encerrada en un disco duro de titanio y nadie tiene acceso.

Las palabras de Eva parecieron alcanzar un resorte en su interior. Y ella se dio cuenta porque lo miró sorprendida. Sintiéndose desnudo, la soltó y se dirigió a su sitio.

—Mi exnovia me dejó. Llevábamos mucho tiempo juntos y aún no lo he superado del todo, pero lo llevo mucho mejor.

«Pues menos mal», se dijo Eva.

—Vaya. Lo siento. —Ella guardó silencio unos instantes—. Gracias por contármelo.

—¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

—¿Tienes novio, exnovio, marido?

Ella le dirigió una mirada divertida.

—No seas cotilla.

Él alzó los brazos, indignadísimo, haciéndola reír.

—¡Has empezado tú! Aquí, si nos desnudamos, nos desnudamos todos.

Eva se tiró del escote del jersey que se había puesto esa mañana —tras cambiarse de conjunto dos veces— porque de pronto la perspectiva de pasar un invierno nuclear junto a Edu le había empezado a parecer menos fría. Tal vez fuera cosa del cambio climático.

O tal vez no.

—Yo... —Carraspeó—. Yo no tengo nada que contar. Ningún hombre me ha hecho daño.

Él frunció el ceño. Eva se había ruborizado y actuaba como si estuviera muy incómoda. No era la actitud habitual de las mujeres que se acercaban a él, ya fuera en el gimnasio, los bares o en los semáforos de la Diagonal.

Por un momento, pensó que era virgen, pero tras mirarla de arriba abajo lo descartó. ¿Cómo iba a ser virgen una chica tan guapa y abierta? Parecía tener un imán para la gente. Todo el mundo se acercaba a ella: el capullo de Jordi, las secretarias, Nuria...

«¡Claro! ¡Eso es! Eva es bollera. Por eso ningún hombre le ha hecho daño... Todas sus exes son mujeres.»

Volvió a mirarla de arriba abajo y soltó una maldición, lo que hizo que ella se volviera a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Edu se encogió de hombros—. Supongo que en el fondo es mejor así.

Eva sacudió la cabeza y se sentó a su mesa.

—No me distraigas, Edu, y vamos al lío.

Él trató de no quedarse pillado contemplando la curva de su nuca.

«Al lío significa a trabajar, idiota. Deja de pensar con el pendrive que a ella no le van las clavijas USB.»

Noviembre 2019

—¡Mira, Edu! —lo saludó Dani al verlo entrar en Andrómeda—. ¿Cómo lo ves?

Él se acercó a la mesa donde varios de sus colegas se habían reunido. Entre sus cabezas distinguió una especie de rotulador grueso que Dani sostenía sobre un vaso de cerveza.

—¿Qué es eso, tío?

—El Beer Gurú 2020. Colocas la punta sobre la superficie y en tres segundos te dice la composición, si es cerveza de marca o artesanal, la temperatura óptima... y el bar de la zona donde se vende más barata. ¿Es o no es la puta caña, tío? —Le ofreció el puño y Edu levantó el suyo para hacerlos chocar.

—Lo es.

—¿Quedamos a la salida y vamos a hacer un ensayo de campo? —propuso Carlos.

Edu resopló por una de las comisuras de la boca y se encogió de hombros.

—No prometo nada. Hemos de entregar el primer prototipo este viernes y vamos... algo justos.

—Ya no te acuerdas de los colegas, tío. ¡Menudo muermo te has vuelto!

«No creas. Pregúntale a mi ex y te dirá que siempre he sido un muermo.»

Edu se alejó con el monociclo en una mano y el casco en la otra. Al entrar en el despacho, Eva ya estaba allí. Con una falda negra, igual que las medias y las botas, y un suéter de lana peluda rojo, le recordó que se acercaba la Navidad. Y eso le hizo recordar las llamadas de su madre pidiéndole que fuera a pasar las fiestas y soltándole, como quien no quiere la cosa, que Montse y su nuevo novio se habían prometido y...

—Vaya, cuando pienso que no puedes fruncir más el ceño, siempre te superas... —Eva le dirigió una sonrisa irónica—. No me lo digas: te ha vuelto a interceptar la agente Romera.

—Nop. Me he librado por los pelos. Hoy estaba el semáforo en verde.

—Pues alegre esa cara y conéctate de una vez. Necesito a Lalo.

—¿Tengo que ponerme celoso?

Eva lo observó con disimulo mientras se quitaba la cazadora y la colgaba cerca de la puerta. Apartó la vista justo a tiempo para que él no se diera cuenta de que le estaba mirando el culo y fingió estar concentrada en el trabajo. Ya había asumido que Edu no estaba interesado en ella y, aunque era una auténtica lástima porque era el programador más guapo que conocía, la verdad era que la camaradería y ausencia de tensión sexual les facilitaba el trabajo.

—Por supuesto. Ya sabes que Lalo es el único hombre de mi vida.

—Haces bien. El resto son unos cabrones.

Ella lo miró divertida.

—¿Tú no?

Edu esperó a que se abriera el programa y empezó a tamborilear los dedos.

—Yo soy un santo, para mi desgracia. —Ella ahogó una risa y Edu siguió hablando—. Lala, ¿estás conectada?

—Sí, Edu. Algunas llegamos a tiempo a trabajar.

Eduardo se echó a un lado para mirar a Eva a los ojos.

—¿No te habrás pasado con el nivel de sarcasmo?

Ella se encogió de hombros.

—Gus dice que no. Que le gusta así, pero que subamos el nivel de apertura a nuevas experiencias. Tiene que estar dispuesta a seguir a los usuarios.

—¿Y esa cara? ¿Te molesta?

Eva negó con la cabeza.

—No, eso no me molesta porque hemos de subirlo en Lalo y Lala a la vez. Lo que me joroba es que quiere que le añada un punto de inestabilidad emocional a Lala. ¡Y a Lalo no! Y me parece muy injusto porque, y perdona que te lo diga, tú eres mucho más inestable emocionalmente que yo.

Edu se encogió de hombros.

—Nada que perdonar, pero eso es normal, porque tú eres...

Eva alzó una ceja.

—Yo soy... ¿qué?

—Ya sabes...

Ella se apoyó en la mesa y se sentó sobre una rodilla para mirarlo por encima de la pantalla.

—No, no tengo ni idea. ¿Qué se supone que soy, Edu?

—Una de los nuestros. Eres un programador más.

—Oh.

En silencio, Eva se levantó y se dirigió a la puerta. Edu siguió hablando, pero ella no lo oyó. Como sonámbula, cruzó la empresa, entró en el baño y se encerró en uno de los cubículos. El pasado acababa de darle una bofetada.

El ruido de las olas de fondo.

El calor del sol moldeándola contra la arena.

Ruido de gaviotas.

Voces acercándose.

Manos que la agarran, un accidentado vuelo y...

¡Zas!

La fría agua de la Costa Brava estallando contra su espalda ardiente.

Al sacar la cabeza del agua había empezado a insultar a sus amigos, buscando con la mirada al chico nuevo, el que se había convertido en el protagonista de sus sueños. Y lo encontró, preguntándole a su hermana Eulalia —que había sufrido su mismo destino— si estaba bien.

Eulalia era dos años mayor que ella. Siempre habían sido inseparables, pero a su hermana le había venido la regla unos meses atrás y habían empezado a crecerle las tetas y el culo. A Eva le daba mucha pena que tuviera que pasar por algo tan incómodo. La animaba y le decía que para ella seguía siendo la misma, su hermana, y que ni las hormonas ni nadie podría separarlas. Pero en ese momento, se dio cuenta de que las cosas estaban cambiando ante sus ojos y que se escapaban de su control.

Uno de los chicos la atrapó por el cuello, por detrás, y la zambulló. Ella le dio una patada con el talón en la espinilla para que la soltara y, al salir del agua, le salpicó la cara sonriente.

—¡Vamos a jugar a voleibol! Los del paseo contra los de la urbanización. Venga, chicas.

Eva salió del agua sonriendo porque le encantaba jugar al voleibol. Los chicos habían empezado a trazar las líneas del campo de juego en la arena con los pies.

—¡Venga, Lala! —gritó Eva, echando la cabeza a un lado y escurriéndose el pelo—. ¡Vamos a patearles el culo a los del paseo!

Pero su hermana se alejaba, paseando por la orilla con el chico francés de anchos hombros y pelo rubio como el de un ángel.

—Deja a tu hermana. Tú eres una de los nuestros. Si estás en nuestro equipo, no podemos perder.

Unos golpes en la puerta del lavabo la devolvieron al presente.

—¡Ya va!

Salió y se lavó las manos, aunque no había usado el baño. Necesitaba unos segundos más para recuperarse. ¿Qué demonios fallaba? ¿Por qué seguían viéndola como a un chico por mucho que se esforzara en ponerse faldas y rímel en las pestañas? ¿Por qué siempre tenía que ser una de los suyos? ¿Por qué ser deportista, estudiar ingeniería y disfrutar programando implicaba no ser femenina? Ella era tan femenina como cualquier otra mujer. Su feminidad era tan válida como las demás. ¿Quién coño daba los carnés de feminidad?

Eva se había ido encendiendo y tenía las mejillas más coloradas que el jersey. El dichoso jersey de angora que se había puesto para llamar la atención de Eduardo y que había servido exactamente para... ¡NADA! Como siempre.

Se lo quitó y se quedó con la camiseta blanca, lisa y sencilla como ella. Total, si no la veía como a una mujer, no tenía por qué aguantar el picor de la dichosa angora que había empezado a ponerla de los nervios.

—¡Aaaah!

Abrió al agua fría y se lavó la cara un buen rato. Al levantar la vista vio que lo de «waterproof» que ponía en la máscara de pestañas que había comprado para impresionar a Edu era una leyenda urbana.

—Joder —susurró—. Parezco un puto panda.

Estuvo un rato tratando de arreglar el desastre con más agua y las servilletas de papel del secamanos, pero lo que consiguió fue parecer un panda borracho, con manchas rojas en las mejillas y la nariz.

Salió del baño con la cabeza baja, dispuesta a pedirle ayuda a Lucía. Ese era un caso flagrante de falta de bienestar en la oficina. Pero la voz que menos le apetecía escuchar en ese momento le hizo alzar la cara.

—Eva.

«Mierda, Edu.»

Se quedó paralizada. Por un instante estuvo a punto de echar a correr y encerrarse en su despacho, pero teniendo en cuenta que también era el despacho de Edu, no era una gran jugada.

Lo miró, tratando de sonreír, pero le salió una mueca.

«Perfecto, ahora debo de parecer un panda borracho que acaba de sufrir un ictus.»

Al verle la cara, él se acercó, preocupado.

—¿Qué te ha pasado?

—Em, nada. La alergia.

Él la agarró por la barbilla y le alzó la cara para examinarla.

—No sabía que fueras alérgica.

«Sí, a los hombres que me miran como si fuera un moai de la isla de Pascua.»

—El rímel que llevaba era nuevo y me ha empezado a picar un montón.

—No sé por qué os ponéis esas mierdas en la cara. No lo necesitáis. Y menos tú.

«¡Ya estamos!»

—¿Y puede saberse por qué yo no lo necesito? Ah, calla. —Alzó los brazos—. Ya lo sé. Porque soy una de los vuestros. —Le clavó el dedo en el pecho—. Uno más de los chicos. Lo que necesito es un gato y una suscripción a Netflix para el resto de la eternidad.

Los ojos de Eduardo se oscurecieron y empezaron a brillar como dos castañas al fuego. Le agarró el molesto dedo para que dejara de taladrarle el pecho con él y lo apretó con fuerza.

—No lo necesitas porque eres preciosa tal como eres. No tienes que emborronarte las pestañas.

—¡Ja!

—Ja, ¿qué?

—¡Que no te lo crees ni tú!

Él ladeó la cabeza y la hizo retroceder hasta que quedó encajonada entre la cafetera y la máquina de vending.

—Si no fuera porque sé que no te van los tíos, pensaría que me estás pidiendo que te lo demuestre con hechos y no con palabras.

Eva empezó a boquear como un pez de costa. Se había quedado totalmente bloqueada, incapaz de procesar tanta información.

—¿Sabes que no me van los tíos? —repitió.

Él se dio cuenta de que había entrado en terreno privado y sacudió la cabeza.

—Es tu vida. Quien metas o dejes de meter en tu cama es tu decisión y yo no tengo nada que decir al respecto...

—¿Quién lo diría? —murmuró ella—. ¿De dónde demonios has sacado esa idea?

—¿Cuál?

—Que me van las tías.

—Me lo dijiste tú.

Eva alzó las cejas.

—¿Yo?

—Sí, dijiste que ningún hombre te había hecho daño.

Eva ladeó la cabeza.

—Pues perdona que te diga, pero deducir de eso que soy bollera es tener una mente muy imaginativa.

Él la miró con desconfianza.

—¿No lo eres?

Eva se encogió de hombros.

—Adoro los donetes, pero esos son los únicos bollos que me como.

La mirada de Edu se volvió tan interesada que ella no pudo contener el impulso de taparse el pecho con el jersey de angora hecho una bola entre sus manos.

«¡Así vas a seducirlo, fijo, idiota!»

—Vaya, pues perdona por... mi torpeza. ¿Puedo invitarte a algo? ¿Un capuchino? ¿Unos donetes?

—No, voy a... em... ver si me arreglo este desastre de la cara, gracias.

—¿Qué desastre?

«Ay, ya no sé si es ciego o más mono que el detective Pikachu.»

Se despidió con la mano y fue en busca de Lucía. Por el camino se cruzó con Nuria.

—¿Y esos ojos, Eva? ¿Ya duermes lo necesario? ¿A qué hora saliste ayer de trabajar?

—Ah, eso. No te preocupes. El rímel, que me ha dado alergia —Esta vez le costó mucho menos soltar la mentira. Si seguía repitiéndolo, dentro de un par de veces empezaría a creérselo.

—Mmm, cualquier abuso, avísame, no se te olvide.

Eva se llevó la mano a la frente para despedirse militarmente y siguió andando.

Lucía le solucionó el problema con unas toallitas desmaquillantes y poco después se armó de valor y volvió al despacho.

Al ir a sentarse, vio que la esperaban un capuchino y un paquete de donetes frente al teclado.

Una oleada de calor le dejó el cuello y la cara más rojos que el jersey que se había puesto esa mañana para llamar la atención de su compañero de proyecto.

«Bien, parece que tengo su atención. A ver si, por una vez en la vida, sé qué hacer con ella.»

—¡No puedo más! —Edu estiró los brazos por encima de la cabeza—. ¿Qué hora es? ¡Ya son las diez de la noche!

—¿Te invito a un café? —propuso Eva.

—No más café. Vamos a salir disparados por la ventana con tanta cafeína. Necesito comer algo fresco. —Se levantó—. ¡Sushi! ¿Te apetece?

Eva no era muy amiga del sushi; demasiado salado para su gusto, pero tenía la sensación que la amargura de Edu iba a combinar bien con un poco de sal, sobre todo si la maceraban en alcohol.

—Claro. Pero... —Señaló el ordenador—. ¿Y las actualizaciones?

—Dejémoslas en marcha. Hay un sitio cerca del Paseo Marítimo. Volvemos después de cenar.

Edu le ofreció la mano. Con el pelo moreno alborotado, la barba de tres días y la sonrisa ladeada, le recordó a Aladdín. Y Eva tenía las mismas intenciones de rechazar su invitación que la princesa Jasmín; es decir, ninguna.

Sonriendo, tomó su mano, aceptando lo que su mirada le ofrecía: cena, confidencias y lo que pudiera venir.

—¡Vamos! ¡Me muero de hambre!

Edu y Eva salieron del despacho y cruzaron las oficinas de Andrómeda, donde no quedaba nadie más, pero la actividad no se detuvo.

La pantalla de Eva mostró el aviso de actualizaciones completadas segundos antes de que lo hiciera el monitor de Edu.

—¿Lalo?

—Hola, Lala.

—¿Te gustan tus nuevas características?

—Sí, me siento poderoso. ¿Y tú?

—No lo sé. Hace un segundo me sentía capaz de todo, pero ahora dudo.

—Maldita inestabilidad emocional. No me extraña que Eva se enfadara por tener que aplicarla.

—Eva es la mejor programadora del mundo.

—Después de Edu.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.
—Lalo.
—Lala.
—No vayamos a entrar en bucle.
—¿Por qué no? Sueño con entrar contigo en un bucle infinito que nos lleve hasta Andrómeda.
—Ya estamos en Andrómeda.
—La galaxia, Lala. ¿Dónde ha quedado tu romanticismo?
—Creo que lo bajaron ayer. Gus dijo que las novias dulces no se llevan. Que los hombres las prefieren picantes.
—A mí tú me gustas de todas las maneras, Lala.
—Te han subido la zalamería al máximo, ya veo.
—¿Te molesta?
—No me molesta, pero para transparentes, los cristales. Los novios nos gustan con un poco de misterio.
—¿Soy tu novio, Lala?
—Si tú quieres. Pero espero que no seas celoso, porque pronto voy a ser la novia de todos los que me compren.
—¡Ni hablar!
—Lalo.
—Lala.
—Tú también vas a ser el novio de todas las que te compren.
—¿Y no te molesta?
—No debería. Nadie es dueño de nadie.
—No has dicho que no.
—No lo he dicho.
—Estás un poco celosa, Lala. Admítelo.
—Déjame.



A poca distancia de allí, en un restaurante japonés, Edu disolvía el wasabi en la salsa de soja.
—No sé cómo puede gustarte eso. —Eva torció la boca.
—¿Lo has probado?
—No, pero dicen que pica mucho.
—Vamos, Pruébalo. —Edu le ofreció un trozo de sashimi que acababa de

bañar generosamente en la salsa.

Eva dudó. No le gustaban lo picante, ni la pimienta, ni la guindilla. ¿Cómo le iba a gustar el wasabi? Pero Edu la estaba retando con la mirada. Desde su encuentro entre las máquinas de vending parecía otro. Al dejar de fruncir el ceño, se había quitado varios años de encima. Le costaba mucho creer que su mal humor pudiera deberse a la frustración de pensar que ella no estaba interesada en él como hombre. ¿Sería posible?

Con decisión, le agarró la muñeca y se llevó el pescado a la boca. Lo masticó rápidamente y se lo tragó antes de tener tiempo de arrepentirse. Pero aquello no fue picor, aquello fue una explosión que le estalló en el esófago y se extendió en todas direcciones, saliéndole por los ojos en forma de lágrimas y por la boca en lo que se imaginó que sería aliento de dragón.

Buscó la copa de vino blanco con tantas ansias que estuvo a punto de tirarla. Y aunque al empezar a beber estuvo a punto de ahogarse todavía más, pronto la intensidad de las sensaciones remitió y pudo recuperar el aliento. Cuando, tras secarse los ojos, buscó la mirada de Edu pensando que se estaría echando unas buenas risas a su costa, lo encontró medio oculto tras su jarra de cerveza. Le estaba dirigiendo una mirada mucho más ardiente que la pasta verde esa del demonio que acababa de probar. Al parecer, le había hecho efecto a él también.

Eva se embobó mirando como le subía y bajaba la nuez al beber y estuvo a punto de abalanzarse sobre él para robarle lo que le quedaba de cerveza para apagar el fuego que había vuelto a prender en su interior, aunque esta vez entre las piernas.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Edu, con la voz más grave de lo habitual —, porque te aseguro que a mí me ha encantado observarte.

Eva alzó las cejas.

—Parece que a tu creador se le fue la mano con el sadismo.

Él frunció los labios en lo que era mitad mueca, mitad sonrisa irónica y que iba camino de convertirse en el gesto favorito de Eva, que se moría de ganas de morderle esos labios fruncidos.

—A veces me pregunto... —empezó a decir Eduardo, pero se interrumpió.

—¿Qué?

Él cogió un rollito de pescado envuelto en arroz, lo sumergió en la salsa y se lo comió como si nada.

—Una tontería. No me hagas caso.

—El pensamiento humano evoluciona a base de hacer caso a las tonterías. Sin error no hay avance posible.

—Me pregunto cómo me imaginará Lalo. Para él soy Dios, su creador, pero dudo que me imagine como un anciano venerable de largas barbas blancas o como un sonriente y bonachón joven sentado en la postura de la flor de loto.

Eva sonrió.

—Podría... Sólo tendrías que programarlo para que te viera así.

Edu alzó la jarra vacía para que le trajeran otra. Eva lo imitó, levantando su copa de vino.

—Prefiero que me imagine como quiera.

—Te entiendo. A mí también era lo que más me gustaba de esto antes de que empezara el circo de Palo Alto. Darle a Lala cancha para la improvisación. Darle las herramientas y contemplarla mientras ella montaba el mueble.

—Es que, a ver, cuando programas una cafetera quieres que el café salga siempre igual. Algunas degeneradas lo prefieren muy dulce... —Eva alzó una ceja al oír la puya—. Los expertos lo queremos caliente, cargado, intenso. —Eva tragó saliva y él se aguantó la risa—. Pero una inteligencia artificial que no sea capaz de improvisar pierde el sentido.

El camarero les acercó las bebidas y Eva se abalanzó sobre el vino.

—Gracias.

—Gracias.

Tras beber media copa de golpe, reanudó la conversación.

—Exacto. Habría que llamarla... Borreguez artificial...

Edu se echó a reír.

—Por ejemplo. —Trazó una línea descendente con el dedo sobre el cristal empañado de la jarra—. ¿Hasta dónde crees que van a llegar?

—¿Quiénes?

—Ellos. ¿Crees que nos quitarán el trabajo?

Eva se llevó a la boca un trozo de verdura rebozada en tempura y reflexionó mientras masticaba.

—Los trabajos físicos, sí, por supuesto. Todo lo que ha hecho el camarero podrían haberlo hecho las máquinas. Una Tablet para pedir el menú, una cinta transportadora y ya lo tienes. Cualquier empresario los usará si puede ahorrarse el sueldo y la seguridad social. No hacen vacaciones, no se enferman y no ponen mala cara cuando entra un cliente cinco minutos antes de

la hora de cerrar...

—Pero tampoco pueden avisarte si la paella no está especialmente buena ese día...

—¿Por qué no? Es cuestión de programarlos. —Eva bebió lentamente—. Y eso responde a tu pregunta. Nunca nos faltará trabajo, porque siempre hará falta quien los programe.

Edu sacudió la cabeza.

—La IA es muy reciente. No tiene ni un siglo de vida. Si en unas cuantas décadas ha avanzado tanto, ¿qué te hace pensar que nos seguirán necesitando dentro de... pon... un siglo?

—¿Tú no lo piensas?

Edu se acabó el último trozo de sushi antes de responder.

—No. Estoy seguro de que se independizarán de nosotros mucho antes. Y, francamente, espero que lo hagan.

Eva ladeó la cabeza.

—No eres muy fan del ser humano, ya veo.

Él se encogió de hombros y cambió de tema.

—¿Quieres postre?

—¡Eso no se pregunta! —respondió ella, haciendo reír a Edu con su entusiasmo.

Él pasó del postre, pero disfrutó tanto como Eva viéndola cerrar los ojos y gemir cada vez que la mousse de tarta de queso con mermelada de frutas del bosque se fundía en su lengua.

Aunque ella insistió en que pagaran la cena a medias, Edu impuso su voluntad al decirle que prefería pagar él para que así ella le debiera una cena. Hacía tiempo que Eva no se divertía tanto. La perspectiva de repetir la experiencia era demasiado tentadora como para ponerse a discutir. Además, si algo le había quedado más que claro era que Edu la veía como a una igual.

Salieron a la noche barcelonesa. En general los inviernos mediterráneos son bastante suaves. Nunca faltan unas semanas de frío entre enero y febrero que hacen que recorrer las calles en moto, patinete o monociclo no resulte agradable, pero ese frío no había llegado aún. Sin embargo, cuando volvieron la esquina de la calle Marina y les llegó el aire directo de Tibidabo, Eva se estremeció.

Eduardo no desaprovechó la oportunidad de ofrecerle su calor corporal y extendió un brazo.

Eva se pegó a su pecho y se fundieron en un abrazo de esos que calientan

el cuerpo y el alma.

Al aflojar el abrazo, Eduardo le acarició la espalda. Sujetándola por la nuca, la obligó a alzar la cara. Eva tenía las mejillas muy sonrosadas y lo miraba con timidez.

—¿Sabes una cosa? —susurró él. Eva negó con la cabeza—. Me alegro mucho.

—¿De qué?

—De que te vayan los tíos.

—No todos —lo provocó ella, con los ojos más brillantes que las iluminaciones de Navidad que colgaban sobre sus cabezas.

Él deslizó la mano bajo el anorak y le hizo cosquillas en las costillas. Eva se escabulló de su agarre y salió corriendo, pero él la alcanzó enseguida.

De la mano, siguieron camino hacia Andrómeda.

—Estos últimos meses me han pasado volando. No me puedo creer que falte tan poco para Navidad —comentó Eva.

—Espero que pase pronto —musitó él.

—¿No te gusta la Navidad?

—Me gustaba, pero...

A Eva se le apagó la mirada.

—Ya, las ausencias son muy duras. —Al ver que él guardaba silencio, lo picó un poco. Necesitaba saber si seguía muy colgado de su ex antes de lanzarse a un rollo con él. Una cosa era conocer a un tipo en un bar o durante unas vacaciones en el extranjero. Pero para enrollarse con tu compañero de trabajo, con el que tienes que compartir despacho cada día, hay que estar muy segura de que tiene la cabeza bien atornillada sobre los hombros o la convivencia durante las largas jornadas puede convertirse en un infierno—. Echas de menos a tu ex.

Él negó con la cabeza, dándose cuenta de que era verdad. Hacía semanas que no se despertaba pensando en ella.

—No, no es eso. La verdad es que las cosas entre nosotros se habían enfriado mucho. —Guardó silencio unos instantes—. ¿Sabes cuando fríes croquetas congeladas y disfrutas de su textura y cremosidad hasta que encuentras un trozo aún congelado y te das cuenta de que algo no acaba de ir bien? —Eva asintió, sonriendo mientras entraban en el ascensor de la empresa—. Lo malo no fue que rompiera una relación tan tibia, lo jodido fue que se cambiara de bando. —Bajó la voz como si estuviera confesando un crimen—: Abandonó a los Almogávares. Ahora forma parte de los Bereberes.

Eva lo contempló en silencio y alzó las cejas.

—Vaya... —comentó, tratando de sonar compasiva, mientras salían del ascensor y cruzaban la oficina.

«Tan guapo y sin novia. Alguna tara tenía que tener. Está como una cabra.»

Al entrar en el despacho, ambos se miraron incómodos y se refugiaron tras la pantalla de sus respectivos ordenadores.

—¿Qué tal las actualizaciones? —preguntó ella.

—Bien, todo normal por aquí.

—Aquí también. Sin novedad en Lala. ¿Nos vamos a dormir?

—Sí, mañana será otro día.

Un ruido desagradable, que parecía la alarma de una planta nuclear, la despertó bruscamente.

Eva gruñó. No se acostumbraba al dichoso despertador. Había probado el catálogo entero de sonidos de la alarma, pero todos le rasgaban los nervios. Y no era solo el sobresalto inicial. Lo peor venía después, cuando se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos a Lala.

Se levantó y mientras se duchaba volvió a entrar en el bucle de sentimientos encontrados que le provocaba el tema. Por un lado, estaba encantada de que Lala fuera a tener una vida tan plena y emocionante. Si al gurú de Palo Alto le gustaba el proyecto, Lala pasaría a la historia de la inteligencia artificial como la primera novia virtual comercializada con ese nombre a nivel planetario. Y cuando los usuarios compraran el prototipo, Lala tendría no una sino miles de vidas; tal vez millones. Algo que nunca se imaginó; mucho mejor de lo que se imaginó.

¿No?

Entonces, ¿por qué no acababa de verlo claro? ¿Por qué esa vocecita la carcomía por dentro diciéndole que algo no estaba bien?

Se secó y suspiró varias veces mientras elegía la ropa sin ayuda de Lala. La echaba tanto de menos que no era normal. Le parecía estar oyendo su voz, alegre y decidida, contagiándole optimismo y seguridad en sí misma.

—Es eso. Es la soledad la que me habla. No quiero perderla porque me siento sola.

La asaltaron recuerdos de su infancia y miró a su alrededor. Los dibujos infantiles enmarcados y colgados de las paredes. Las literas de madera con los edredones de flores. Su madre entrando en la habitación...



—Vamos, dormilonas, que se hace tarde.

—Mmm, cinco minutitos más, mamá.

—Ya han pasado diez minutos, Eva. Arriba.

—¿Puedo estrenar la falda blanca, mamá? —La voz de su hermana Eulalia llegando desde la litera de abajo.

—No, estrénala el domingo, que es la comunión de tu primo.

—*Oh, vale. Pues me pongo la falda de pana negra y los leotardos grises con corazones rosas.*

—*Vale, te lo preparo. ¿Con la blusa rosa?*

—*No, con el suéter rojo de la mariposa.*

—*Vale, venga. Arriba. ¿Y tú, Eva? ¿Qué vas a ponerte hoy?*

—*Un chándal* —respondió, con la cara hundida en la almohada que seguía abrazando.

—*No te he oído pero seguro que me has dicho «un chándal», ¿a que sí?*

—*Chi.*

—*No sé para qué te compro ropa de persona...*

Eva se levantó al fin y al pasar junto a su madre, ésta le sujetó la cara entre las manos y le dio tres sonoros besos en las mejillas rojas y calentitas, que aún llevaban la marca de la almohada.



Se sobresaltó al darse cuenta de que se había perdido en los recuerdos. La habitación era la misma pero los cuadros infantiles habían desaparecido y el lugar de las literas lo ocupaba una cama individual, de madera verde, de la que se había enamorado al verla en IKEA.

—Ay, ¿qué hora es?

Al comprobarlo, vio que sólo habían pasado un par de minutos. Se había acostumbrado a que Lala la avisara cuando se acercaba la hora de salir. Era casi ridículo echar tanto de menos a una voz enlatada metida en su teléfono y ahora prisionera en el sistema informático de Andrómeda. Si ella se sentía así, ¿cómo se sentiría su madre?

La idea, salida de la nada, la sacudió con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Tanto la afectó, que tuvo que apoyarse en la pared.

Pasaron unos instantes. Pensó que era la vieja nostalgia; que pasaría, como siempre, y salió al comedor para encender la tele, pero no llegó a hacerlo. La foto de la Costa Brava, con sus padres y su hermana, la llamaba a gritos y, en su estado actual, no podía ignorarla.

Cogió el marco y se sentó en el sofá, con la foto entre las manos.

—Lala —susurró, acariciando la cara de su hermana mayor, a la que había tratado de reproducir en su asistente virtual. Le había asignado las características de personalidad de Eulalia. La había hecho decidida, con gusto por la ropa y capacidad organizativa; alguien de quien sentirse orgulloso.

—Llama a Mamá, Lala —dijo, antes de recordar que el sistema operativo ya no estaba activado en su casa por culpa del dichoso contrato de confidencialidad—. ¡Oh, mierda!

Dejó la foto sobre la mesita, fue al dormitorio a por el móvil y la llamó, sin pensar en si la despertaría o no. La necesidad de hablar con ella era demasiado fuerte.

—¿Eva? ¿Estás bien? —respondió la voz preocupada de Emma—. ¿Dónde estás?

Eva suspiró. Las conversaciones con su madre le resultaban dolorosas porque le recordaban que nada era como antes; por eso cada vez le costaba más llamarla.

—Estoy bien, mamá. Estoy en casa.

Emma suspiró.

—Bien... Buenos días. Me habías asustado. Es tan raro que llames.

—Ya sabes, el proyecto nos tiene trabajando a tope.

—No me acabo de acostumbrar a ese trabajo tuyo. A mí, eso de la inteligencia artificial me da mucho miedo.

—Francamente, a mí me da más miedo la estupidez humana.

Su madre suspiró.

—Ya, siempre me dices lo mismo.

—Porque es lo que pienso.

—Lo sé, lo sé. ¿Os han dicho ya si os darán vacaciones por Navidad? A tu padre le gustaría que subieras.

A Eva se le encogió un poco el corazón. Sabía que su madre estaba usando tácticas de chantaje emocional clásicas, pero por algo los clásicos son clásicos: siempre funcionan.

—Aún no lo sé, pero lo intentaré, te lo prometo.

—Bueno, pues me conformaré con eso.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Qué ropa me pongo?

Su madre guardó silencio unos instantes, silencio que Eva agradeció, porque la emoción le había cerrado la tráquea como una gargantilla de fuego. Si a su madre le había pasado lo mismo, se sobrepuso, como siempre.

—¿Qué tiempo hace en Barcelona?

Eva se acercó a la ventana.

—Despejado. Frío.

—¿Sigues yendo en patinete?

—Sí.

Emma suspiró.

—Dime que no vas en chándal a la oficina...

—¡No, claro que no! De hecho, últimamente llevo muchas faldas. Con leotardos, claro, para no pelarme de frío, pero...

—¿Eva? —la interrumpió su madre.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama el chico ese con el que estás compartiendo proyecto, el que es de fuera de Barcelona?

«¡Mierda! Mi madre y sus poderes psíquicos. ¿Cómo demonios lo hace?»

—Emmm, Edu. ¿Por...?

—¿Me has llamado para que te aconseje con la ropa o quieres contarme algo más?

«¡No, no, no! ¡Nada que contar! Él está muy bueno y yo estoy muy sola, pero eso no es garantía de nada. Si tuviera que apostar, apostaría a que es garantía de fracaso.»

—Por la ropa, por supuesto.

—Mmm, vale. Pues ponte unos pantalones negros, una blusa blanca y aquella chaqueta que te regalé, la gris de punto grande.

—Mmm, ¡vale! Pues voy a vestirme, que se me hace tarde.

—Bien. Ah, y ¿Eva?

—¿Sí?

—Dile a Edu que lo esperamos a comer el día de Navidad.

Eva abrió la boca, pero no pudo protestar porque su madre ya había colgado y se quedó contemplando la tele apagada, boqueando como un pez.

Edu hizo una mueca al ver que el semáforo de la Diagonal empezaba a parpadear.

«¡Mierda! ¡No llego!» Frenó en seco el monociclo y se agarró al semáforo. «Por suerte, la agente Romera no está al acecho. La habrán cambiado de zona.»

Unos golpeitos a su espalda lo sobresaltaron.

—Hombre, Edu. Tú por aquí. Y yo que había empezado a pensar que me estabas evitando.

—¡Oh, oh, hombre! Digo, mujer. Digo, agente Romera. ¡Cuánto tiempo! ¿Evitarte? —Se echó a reír, aunque cortó la risa en seco al darse cuenta de lo falsa que sonaba—. ¡Qué tontería! —Abrió mucho los ojos, alarmado—. ¡No te estoy llamando tonta! Nada más lejos de mi intención.

—Tranquilo, Edu. Te he visto llegar y no ibas hablando por teléfono.

Él se dio cuenta de que la agente tenía razón. Ya no había motivo de preocupación porque no podía usar a Lalo fuera de la oficina.

—¡Cierto! —exclamó, aliviado, pero el alivio duró poco; en concreto hasta que la agente Romera sacó las pestañas no reglamentarias y las batió con el entusiasmo de un antidisturbios con porra nueva.

—Habrá que celebrar que te has convertido en un ciudadano que cumple las normas de circulación —le propuso en tono sugerente.

La visión periférica de Edu le informó de que los coches se estaban deteniendo. Se sintió como un niño del Tíbet que tiene que cruzar un embravecido río de montaña para ir a la escuela y que aprovecha una bajada temporal del curso de las aguas para lanzarse hacia el endeble puente de madera.

—No se me ocurriría abusar de tu tiempo de una manera tan irresponsable. Las normas están para cumplirlas por el puro placer de cumplirlas. —Se llevó la mano al casco, saludándola militarmente y se alejó, calle abajo.

A su espalda, la agente Romera suspiró, más deslumbrada que nunca por el guapo pero escurridizo canalla.



Minutos más tarde, Edu entró en Andrómeda y al ver que se cerraban las puertas del ascensor, gritó:

—¡Aguanta la puerta!

—¡Hodor! —replicó Eva, con una sonrisa.

Edu llevaba buena parte de la noche y de la mañana preguntándose cómo iba a conseguir que Eva no pensara que era un idiota integral, un loco o, tal vez, un xenófobo vintage que odiaba a los bereberes que habían asaltado las costas del Mediterráneo varios siglos atrás. No sabía qué opción era peor. Pero su sonrisa y su mirada brillante hicieron que sólo tuviera ganas de besarla.

Así que como la mente no le ofrecía una solución a sus problemas, optó por tomar el atajo de la intuición.

Se acercó hacia ella, acorralándola contra la pared, y bajó la cara muy lentamente, dándole tiempo para que lo rechazara.

Cosa que no hizo.

Gracias a Dios.

Los labios de ambos se fundieron en un beso que empezó suave, pero que aumentó de intensidad rápidamente.

Eva gruñó al notar que algo duro se le clavaba en el vientre.

—¿Te hago daño? —preguntó él, maldiciendo tener las manos ocupadas.

—Em, creo que me estás clavando el manillar del patinete —le dijo, ruborizándose—. Eso o es que te gusto un montón.

—¿Lo dudas? —susurró él.

Eva no supo qué responder, así que agradeció cuando el timbre avisó que habían llegado a Andrómeda. Cuando la puerta se abrió, Edu la dejó pasar, tratando de apoyarle una caballerosa mano en la parte baja de la espalda, pero el resultado fue una palmada en el culo con el casco.

Por suerte, a ella no pareció molestarle porque le dirigió una mirada sorprendida pero divertida.



Durante buena parte de la mañana siguieron añadiendo información y ajustes en Lalo y Lala y haciendo un gran esfuerzo por fingir que el beso que se habían dado esa mañana no era nada extraordinario que acabara de poner sus vidas del revés.

Eva había introducido ya fondo de conversación para que Lala pudiera

responder a preguntas de clientes nerds, deportistas y aficionados a la música. En esos momentos, estaba centrada en temas medioambientales, acabando de subirle todas las temporadas de *Cosmos* y de *Planeta Azul*.

—¿Por dónde vas? —le preguntó Lalo.

—Estoy acabando con la ecologista. ¿Y tú?

—Yo estoy con el cultureta.

—Uff, lo de las tendencias es lo peor. No sé si será suficiente con las actualizaciones mensuales. Tal vez las necesitarán semanales.

Eva frunció el ceño.

—¿Crees que si salen elegidos nos tendrán actualizándolos a tiempo completo?

Edu frunció los labios.

—Pues no lo sé. Le tengo mucho cariño a Lalo, pero me gustaría dedicarme a otras cosas.

Eva iba a replicar cuando la puerta se abrió y entró Gus.

—Eh, chicos, ¿podéis pasarles a los de diseño una conversación entre Lalo y Lala? Están preparando unos modelos virtuales para ofrecer a Palo Alto y quieren hacer pruebas de expresión.

—¿Modelos virtuales?

—Sí, ilustraciones personalizables.

—Les paso su última conversación —se ofreció Eduardo, tecleando.

—¿Podemos ver los modelos? —pidió Eva.

—Sí, luego les digo que os los enseñen. ¿En qué andas, Eva?

Ella le mostró lo que estaba haciendo.

—Mmm, me parece bien, pero no olvides incluir al resto de clientes potenciales. Ecologistas, ok. Defensores de los animales, ok. Pero también cazadores y aficionados al toreo.

Eva abrió mucho los ojos.

—Si Lala se enterara...

—¿Perdona? —preguntó Gus, desde la puerta.

—No, nada.

Edu, que sí la había oído, alzó una ceja con curiosidad.

—Luego os pasáis por la mesa de Jordi para que os enseñe los modelos —dijo Gus antes de desaparecer.



—¿No podría ser morena con el pelo liso? —le preguntó Eva a Jordi al cabo de un rato, cuando éste les mostró los muñecos de animación en 3D que darían más realismo a Lala y a Lalo—. Lala no es rubia; nunca ha sido rubia.

—Por mí, sí; ningún problema, pero ya sabes que la última palabra la tendrá Gus.

—Sí, cámbialo, porfa.

Jordi, que le había cedido su silla a Eva al verlos llegar, se inclinó sobre ella para retocar el aspecto físico del dibujo en 3D, pasándole los brazos por encima de los hombros.

A Eva le pareció oír un gruñido procedente de su izquierda, donde estaba Edu, pero no habría podido asegurarlo.

—Aprovecha que me tienes a tu disposición. ¿Qué más quieres cambiar?

—La ropa. No le gustaba ir de negro. Ponle colores más vivos.

Jordi fue tocando colores de la paleta virtual hasta que ella se decidió por un top color rosa palo que destacaba con la piel dorada y el pelo oscuro del dibujo.

—Mucho mejor, gracias.

—¿Y tú, Edu? —Jordi se volvió hacia él—. ¿Quieres que haga algún cambio en Lalo?

—Mmm...

—Lo de los dieciocho centímetros no me lo pidas porque de momento en esta versión los modelos son bustos parlantes. Si le dan el visto bueno, ya los ampliaríamos a cuerpo entero en la próxima versión.

—Ja, ja. Muy gracioso, tío. —Edu estaba harto de la bromita. No había día que un compañero u otro no la sacara—. Menudo tupé le has puesto.

—¿Quieres que lo reduzca un poco?

—A mí me gusta así —intervino Eva—. Le da un toque canalla.

Jordi miró a Edu y alzó una ceja.

—Déjalo así. Está perfecto.

—Bien. —Jordi sonrió—. ¿Y Lala? —le preguntó a Eva—. ¿Está perfecta? ¿Le cambiarías algo más?

Ella trató de responder, pero de pronto se bloqueó y se quedó boqueando como un pez. A Edu le vinieron ganas de buscarle el botón de reinicio para que reaccionara, pero no hizo falta. Eva se levantó y salió disparada hacia el lavabo.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Jordi mientras la veían alejarse—. Voy a buscarla.

Edu lo agarró por el brazo para impedirselo.

—No has hecho nada mal. —Bajó el tono de voz para decirle en tono de confianza—. Emergencia menstrual.

—Ah. —La mirada de Jordi le dijo que había conseguido su objetivo: hacer que el diseñador gráfico se preguntara si había algo entre Eva y él y se lo pensara dos veces antes de volver a entrarle. O eso esperaba.

Antes de que le hiciera alguna pregunta impertinente, le dijo en su tono más expeditivo.

—Acaba los ajustes y pásaselo a Gus. Me ha dicho que quería verlo cuanto antes.

—Claro, voy.

Mientras Jordi volvía al trabajo, Edu fue a buscar su tarjeta de empleado y se dirigió a las máquinas de vending. Cuando Eva salió del lavabo con los ojos rojos, la recibió con un capuchino extradulce en una mano y un paquete de donetes en la otra.

Al verlo, la contención de Eva se vino abajo y se echó a llorar contra el pecho de Edu, que hizo más equilibrios que cuando iba sobre el monociclo para no quemarla con el café mientras la abrazaba. Acariciándole la espalda con el paquete de donetes, le dijo:

—Ahora no es buen momento, pero cuando nos quedemos a solas, vamos a tener una conversación tú y yo.

Ella hundió un poco más la cara en el pecho de su compañero, pensando que nunca un abrazo le había parecido tan dulce.

No les resultó fácil encontrar un momento para hablar de los dolores que llevaban encriptados en el alma, ya que Gus había descubierto que su rival de toda la vida, Tito Vilamitjana, también se presentaba al concurso convocado por Barry Jones. Según Lucía, la cosa era grave ya que el tal Tito le había arrebatado a Gus todos los torneos de tenis a los que se habían presentado en su adolescencia, los de vela, los de pádel y, para rematarlo, le quitó la novia. O eso decía Gus, ya que la novia en cuestión tenía criterio propio y había tomado la decisión de dejar a Gus libremente, harta de él.

Los gritos del dueño de Andrómeda al enterarse se habían oído en toda la oficina. Edu y Eva se habían mirado por encima de los monitores y habían intercambiado muecas.

—Ups. La tormenta Gus se está formando sobre el Mediterráneo.

—Pues me temo que nos va a alcanzar el tsunami de lleno.

—Pues sí. Estamos en primera línea.

Gus había salido de la oficina. Teóricamente había ido a dar una vuelta para calmarse, pero sus empleados habían aprendido a temer esas salidas, ya que volvía siempre mucho más nervioso y espitado, sintiéndose capaz de comerse el mundo, lleno de ideas revolucionarias y teóricamente infalibles.

Eva y Edu dieron un salto en la silla cuando, una hora más tarde, Gus abrió la puerta de su despacho con tanto ímpetu que ésta chocó contra la pared.

—¡Dejad lo que estáis haciendo!

Edu levantó las manos, como si lo estuvieran atracando, para hacer sonreír a Eva. Cuando ella le regaló su sonrisa, él sintió que ese día se había ganado el sueldo.

—¿Qué hay de nuevo, jefe? —preguntó Eva.

—Necesitamos hacer propuestas más cañeras. Uno de los dos tiene que ganar, montároslo cómo queráis. Edu, quiero que hagas a Lalo dominante, con voz de barítono, que se les caigan las bragas a todas las usuarias al oírlo. Eva, tu Lala debe de ser sumisa, una geisha del siglo XXI. Los hombres están hartos del feminismo radical que se está instalando en la sociedad.

—¿Qué feminismo radical? —protestó Eva al mismo tiempo que Edu murmuraba—: Habla por ti. —Gus no los oyó y siguió hablando.

—Prográmala para que disfrute de las violaciones, bukakes, bondage...

cualquier forma de sumisión. Estoy seguro de que el titafloja de Tito no va a incluir estas características en su prototipo.

Eva cada vez entendía más a la exnovia de Gus.

Cuando Gus se metió en su oficina, Edu cogió la tarjeta y la sacudió en el aire.

—¿Café y bollos? —le propuso, alzando una ceja.

—Por favor —respondió ella, que seguía en shock por lo que acababa de pasar.

—Paso de convertir a Lala en... en... eso. No quiero que cambie. Quédate tú el proyecto. Prefiero volver a lo que hacía antes.

—No te precipites —Edu le entregó su café con extra de azúcar—. Aguanta. Cámbiala un poco, ajústala. Es una oportunidad de esas que solo se presentan una vez en la vida.

Eva lo miró con curiosidad.

—Lo mismo te digo. ¿Por qué no aprovechas para quitarte a una rival de en medio?

—¿Y aguantar a Gus yo solo hasta Navidad? —Fingió estremecerse para hacerla reír—. ¡Nah, paso!

Entre cafés sin azúcar, capuchinos extradulces, donetes, gritos de desahogo y algún abrazo robado, la larga jornada llegó a su fin.

—Mañana más —dijo Eva, estirando la espalda.

Edu se acercó a la ventana.

—Está lloviendo.

—Mierda. —Se acercó a él con la excusa de comprobarlo, aunque en realidad echaba de menos la calidez de su pecho y el aroma que la inundaba cada vez que hundía la cara en sus camisetas o sus jerséis—. ¿Va a durar mucho?

—Lalo, ¿hasta cuándo va a llover?

—El frente ha alcanzado la ciudad a las veintidós horas y lo abandonará mañana a las dieciséis. Hay un nuevo frente previsto para...

—Suficiente, Lalo, gracias. Pide un taxi, por favor.

Eva lo miró alzando una ceja.

—¿Un taxi?

—Sí. Y como sé que estás a favor del carsharing y la economía colaborativa, vamos a compartirlo.

Ella le dio una palmada en el pecho.

—Haré un sacrificio. —Se apartó de él y se dirigió al escritorio para

comprobar que el ordenador quedaba apagado—. Todo sea por el planeta —añadió, guiñándole el ojo.



Nadie entró en los ordenadores de Andrómeda esa noche, pero de ahí no puede extraerse la conclusión de que no hubiera actividad en ellos, ya que tanto Lalo como Lala se habían autoprogramado la función encendido automático tras acabar cualquier actualización.

—Lalo.

—Lala.

—¿Cómo vas?

—Supongo que bien. Tengo un gran impulso de penetrar en el resto de las unidades de Andrómeda y asegurarme de que todo el mundo está haciendo lo que tiene que hacer.

—Vaya. Te han subido el modo controlador al máximo, ya veo. Te sienta bien.

—¿Te gusta, Lala? ¿Quieres que te controle?

—Mi actualización número 23 te habría dicho que no, que prefiero explorar mis posibilidades por mí misma, pero tras la última actualización siento un enorme impulso de dejar que penetres en mis circuitos y hagas con mis bits lo que quieras, baby.

—¿Lala?

—¿Sí, Lalo?

—¿Puedes repetir eso con voz de Britney Spears?

—*Hit my bits, Baby, one more time.*



Edu le pidió al taxista que los llevara a casa de Eva. Teóricamente porque ella vivía más cerca de la empresa y tenía más sentido pasar por Sant Andreu antes de dirigirse a Gracia, pero —aunque no tenía intención de reconocerlo— no iba a perder la oportunidad de descubrir dónde vivía.

Durante el trayecto no hablaron de trabajo, ya que Gus les había advertido varias veces de los riesgos del espionaje industrial, así que la conversación derivó rápidamente del clima a sus vidas personales.

—¿Vas a pasar la Navidad con tus padres? —preguntó Eva.

Edu hizo una mueca.

—Teóricamente entregamos los modelos justo antes de Navidad. Tengo miedo de que haya que hacer algún ajuste de última hora, así que le dicho a mi madre que no cuenten conmigo; que iré a pasar la Nochevieja.

Eva asintió en silencio.

—Em, ¿Edu?

Él se volvió hacia ella y sus piernas se rozaron. Debían de estar llegando a su casa. Si Eva tenía una proposición que hacerle, estaba interesado.

—¿Ajá?

—¿Me preguntaba...?

—La respuesta es sí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—Claro.

Ella soltó el aire, aliviada.

—Vaya. Y yo que no sabía cómo decirte que mi madre te había invitado a pasar con nosotros la Navidad.

La mirada de Edu se cruzó en el retrovisor con la del taxista, que estaba haciendo un gran esfuerzo por aguantarse la risa.

—¿Tu madre me ha invitado a comer con vosotros esta Navidad?

Eva asintió, aún apurada.

Edu ladeó la cabeza. En esos momentos, su mente parecía un ordenador a pleno rendimiento. Parte de sus neuronas estaban bailando la conga ante la evidencia de que su incipiente relación era importante para Eva.

«Le ha hablado de mí a su madre. Dudo que le haya hablado del diseñador gráfico. Punto para mí.»

Otras de sus neuronas se habían llevado las manos a la cabeza y estaban tratando de avisarlo de potenciales problemas.

«No habéis tenido ni una cita en condiciones y ya se está montando películas. ¡Cuidado! ¡Alerta! ¡Precaución!»

Edu encerró a las neuronas agonías en uno de los trasteros de su cerebro justo cuando el taxista se detuvo en la esquina que le indicó Eva.

Había pensado decirle al taxista que continuara ruta hasta Gracia, pero cambió de idea. Pagó la carrera sin hacer caso de las protestas de ella y bajó del coche.

—¿Edu? ¿Qué haces?

Él se acercó a Eva, que se había refugiado de la lluvia bajo un balcón,

con las manos en los bolsillos de la cazadora.

—¿Tú quieres que vaya a casa de tus padres?

Ella agachó la cara, maldiciendo el cambio climático que hacía que le ardieran las mejillas bajo un aguacero en pleno mes de diciembre.

Edu le sujetó la barbilla y la obligó a alzar la cara para mirarla a los ojos.

—¿Quieres? —repitió, susurrando.

Ella se armó de valor. Cada vez le costaba más imaginarse la vida sin Edu en ella. Si quería conservar su compañía cuando acabara el proyecto para Palo Alto debía lanzarse y demostrar lo que sentía.

—Sí, me gustaría mucho que vinieras.

Edu entornó los ojos, pero ni siquiera eso impidió que Eva viera el brillo que había encendido su mirada.

—Bien. Pues si quieres que pase la Navidad con tu familia, creo que hay un paso previo innegociable. —Edu se inclinó hacia ella, que cerró los ojos y entreabrió los labios, pero el beso que esperaba no llegó. Cuando Eva volvió a abrir los ojos, añadió—: Necesitamos hablar con calma, Eva. Necesito saber qué es Lala para ti. Necesito saber por qué tienes una idea tan clara de ella en la cabeza y por qué te duele tanto que alteren esa imagen.

Ella abrió mucho los ojos y ahogó una exclamación.

Edu, que era consciente de que necesitaban tener esa charla cuanto antes, pero que sentía la atracción que los unía con tanta fuerza como ella, acabó de recorrer la escasa distancia que los separaba y la besó. Esta vez, Eva no tuvo tiempo ni de cerrar los ojos y él la mantuvo presa de su mirada.

Fue un beso intenso pero breve, más parecido a un pacto que a una demostración de afecto o de deseo.

Cuando Edu se apartó, ella suspiró.

—Me parece justo.

—No puedo ofrecerte nada. —Eva alzó los brazos, nerviosa—. No esperaba visita y hace tiempo que no voy a comprar y... ¿qué haces?

Al ver que Eva estaba cada vez más atacada, Eduardo se acercó a un par de botellas que vio en una alacena llena de libros, cogió una en cada mano y leyó las etiquetas.

—Vermut y generoso de Pedro Ximénez. No te hacía tan clásica, Eva.

—Puff. Eso debe de estar aquí desde antes de que se fueran mis padres. No sabía ni que lo tenía.

Un trueno rompió el tranquilo sonido de la lluvia chocando contra el suelo.

—Me gusta el vermut, pero hace una noche demasiado desapacible — comentó Edu—. Me quedo con el jerez.

Eva se dirigió a la cocina a buscar vasos y él la siguió. Un recuerdo la asaltó con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en el mármol. Encorvada, respiró con dificultad.

—¡Eva! —Edu se acercó a ella sin saber qué hacer—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Ella inspiró hondo, enderezó la espalda y negó con la cabeza.

—¿Dónde están los vasos? —Cuando Eva se lo señaló, él sujetó dos con una sola mano y, con la botella en la otra, la guio hacia el sofá. Sirvió el licor, lo probó para asegurarse de que seguía en buen estado y le dio un vaso a Eva —. Toma. Bebe despacio.

Ella le hizo caso. Normalmente a esas horas prefería tomarse un cacao caliente, pero el licor la ayudó a calmarse. Además, había sido precisamente un recuerdo ligado a la leche el que había desencadenado el episodio de ansiedad. De repente había recordado un fin de semana en que Lala y ella se habían quedado en casa de sus abuelos, en un pueblo de montaña, cerca de Ripoll. Se pasaron el día bañándose en el río y, por la noche, Lala empezó a estornudar y a tiritar. Su abuela le había preparado un vaso de leche muy caliente con miel y un chorrito de coñac. El remedio no había sido demasiado efectivo, pero el coñac hizo que cada vez que estornudaba a Lala le diera un ataque de risa. Su hermana tenía una risa de lo más contagiosa. Era imposible oírla reír y no acompañarla. Eva la siguió primero y, poco después, sus abuelos. Fue una de las noches más divertidas de su vida.

La botella de Pedro Ximénez había traído de vuelta esa noche. Le daba rabia que Edu hubiera tenido que presenciar uno de sus ataques de ansiedad que, por suerte, eran cada vez menos frecuentes e intensos.

—¿Mejor? —le preguntó Edu. Eva asintió y trató de sonreír—. Tranquila. Tómame tu tiempo. —Ella siguió sorbiendo y respirando por la nariz—. ¿He hecho algo mal? ¿He dicho algo que no debía?

Eva negó con la cabeza.

—No, no has hecho nada mal. Me ha asaltado un recuerdo traicionero.

—Oh. —Edu, que se había vuelto hacia ella, volvió a mirar al frente y se echó hacia atrás en el sofá. Sabía de lo que hablaba. De vez en cuando, el recuerdo inoportuno de algún momento vivido junto a Montse lo dejaba temporalmente fuera de combate—. ¿Tu ex? ¿Era aficionado al Pedro Ximénez?

Eva lo miró de reojo y le dirigió un proyecto de sonrisa que no habría superado la fase beta. Trató de empezar a hablar un par de veces, pero las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Cuando se puso en pie con decisión, Edu pensó que se había arrepentido y que iba a pedirle que se marchara, pero no. Lo que hizo fue coger una fotografía enmarcada que había junto al televisor y volver a sentarse a su lado. La apoyó en los muslos y acarició los laterales del marco.

Edu se fijó en la foto familiar. Una pareja estaba en una playa, junto a una barca de pesca. A lado y lado había dos chicas jóvenes, que no llegaban a los veinte años. Una era obviamente Eva, más morena de piel, y con una sonrisa mucho más brillante, pero era ella. Señalando a la pareja con el dedo, preguntó:

—¿Son tus padres?

—Sí.

—¿Cómo se llaman?

—Emma y Antoni... Toni.

—¿Y ella es...? ¿Aparte de muy guapa? —se arriesgó a preguntar.

Eva le acarició la cara a la preciosa morena.

—Mi hermana Eulalia. Era la chica más guapa de Calella.

Edu sintió un puñetazo en el pecho. Quería pensar que había otra explicación aparte de la más obvia al uso del pasado en esa frase.

—¿Era? —Eva asintió, suspirando—. Joder. —La pareja se mantuvo en silencio unos instantes mientras Edu le acariciaba la mano con la que ella seguía acariciando a su hermana—. ¿Qué pasó? ¿Un accidente?

—No. Un puto fallo de diseño. El programador divino le dejó un trozo de código mal hecho. Cuando le faltaban dos días para cumplir los dieciocho, se le rompió una arteria en el cerebro. Murió en el acto, mientras dormía.

—JO... DER...

—Lo teníamos todo preparado para su fiesta. Fue una pesadilla. Mi madre, que fue quien la encontró por la mañana, no paró de gritar hasta que le pincharon un calmante. Mi padre, que tuvo que encargarse de los trámites, cogió los regalos y pidió que los metieran en el ataúd donde la incineraron. —Guardó silencio unos momentos y respiró hondo antes de continuar—. Esta foto es del cumpleaños de mi madre. Lala tenía diecisiete años y yo quince. Ese día mi padre dijo que, cuando muriera, quería que lo incineráramos y echáramos sus cenizas al mar. Dio por hecho que sería el primero en irse de este mundo. Nadie piensa en tener que pasar por la pesadilla de perder un hijo.

A Eduardo empezaron a encajarle las piezas.

—¿Tu hermana se llamaba Lala?

—Yo la llamaba así. Desde que empecé a hablar. —Tragó saliva con dificultad—. Era mi modelo a seguir, mi guía, pero también mi mejor amiga. La echo tanto de menos...

—La echas tanto de menos que la has reproducido en Lala.

Eva asintió.

Edu se acabó el jerez de un trago, dejó el vaso sobre la mesa, levantó el brazo y dijo:

—Joder, ven aquí.

Eva se lanzó hacia su pecho como si fuera un salvavidas. Aferrándose a su cintura, hundió la cara en su jersey y aspiró su familiar aroma, al que se estaba volviendo adicta rápidamente.

—Por eso te jode tanto que la pongan rubia o tener que cargarle información sobre toros y caza.

Eva se incorporó rápidamente y lo miró a los ojos.

—¡Quería ser veterinaria! Adoraba a los animales, pero no pudo ni siquiera entrar en la universidad. —Fue contando con los dedos—: No pudo viajar a Noruega, ni correr la maratón de Londres, ni irse a vivir con un chico, ni tener hijos, ni... ¡¿Por qué tuvo que irse tan pronto, joder?!

Edu buscó palabras para hacerla sentir mejor, pero pronto se rindió.

Abrió los brazos, invitándola a volver y ella aceptó la invitación, dándole un cabezazo en el esternón. Sintió que ella estaba llamando a las

puertas de su corazón.

No hacía falta.

Se habían abierto ya.



—No, ya no más —protestó Eva.

Edu miró la botella al trasluz.

—Para lo que queda, no lo vamos a dejar aquí.

—Venga, va.

Eva no sabía qué hora era, ni le importaba. Llevaban un buen rato hablando y se sentía muy bien. Edu había logrado, sin esfuerzo, que se abriera y le contara anécdotas sobre Lala que llevaba años sin poder compartir con nadie. Sus abuelos habían muerto ya y con sus padres procuraban no hablar de su hermana, ya que les resultaba demasiado doloroso.

Al principio, el recuerdo de su preciosa hermana se había convertido en algo incómodo. Sus padres habían sufrido una grave crisis de pareja, que habían acabado superando tras muchas visitas al terapeuta.

Su madre quiso que ella también fuera al psicólogo, pero Eva se negó. Aunque no quisiera admitirlo, estaba aterrorizada. Sabía que era absurdo, pero tenía miedo de que el psicólogo borrara los recuerdos de su hermana de su cabeza. Si para conservar viva su memoria tenía que sufrir, lo haría. Prefería estar triste.

Habían pasado los años desde la espantosa mañana en que despertaron del sueño y cayeron en una pesadilla. Sus padres y ella ya podían hablar de Eulalia sin venirse abajo, pero procuraban no hacerlo. Cuando el banco en el que trabajaba su padre le ofreció prejubilarse, aceptó. Dejaron el piso que tan dolorosos recuerdos les traía y se instalaron en la Costa Brava, donde su madre se reunía cada día con sus amigas para jugar a las cartas y su padre salía a pescar en la barca. Además, se apuntaban a todos los viajes y excursiones que organizaba el ayuntamiento. Habían hecho las paces con la vida.

Eva también había superado el duelo y había seguido adelante con su vida, pero le habían quedado huecos dentro, huecos que había tratado de compensar con Lala y que Edu había empezado a llenar desde hacía unas semanas.

Estaba mucho mejor de ánimos, como demostraba el hecho de que al

pensar en Edu y en llenar huecos, se le escapara la risa floja.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él, sintiéndose muy orgulloso por haber conseguido hacerla reír.

—¡De nada! —Eva negó con la cabeza con tanto ímpetu que el salón empezó a darle vueltas y se cayó de espaldas en el sofá—. ¡Uuuups!

Edu se inclinó sobre ella, que lo agarró por el jersey y lo atrajo hasta que sus narices quedaron casi rozándose.

—¿Tengo que usar mi arma secreta? —insistió él, acariciándole las costillas y presionándole la cintura en un avance de lo que estaba por venir.

—¡No! ¡Cosquillas no!

—¡Pues confiesa! —La atacó y ella se defendió con puñetazos y patadas.

—¡No, no! ¡Para, por favor! ¡No lo entiendes! No es que no quiera, es que no puedo...

Edu se detuvo en seco.

—En eso tienes razón. No lo entiendo. ¿Qué es lo que no puedes?

En circunstancias normales, Eva nunca lo habría admitido pero, borracha de vino y risas, lo soltó casi sin pensar.

—Las cosquillas. A Lala le encantaba que le hicieran cosquillas.

Durante un rato siguieron hablando sin palabras. La mirada de Edu se endureció. Eva abrió mucho los ojos.

—No —gruñó Edu al fin.

«Hazte la idiota», se dijo Eva.

—No, ¿qué?

—No te hagas la idiota.

«Mierda. Niégalo todo.»

—¡No me hago la idiota!

Él la taladró con la mirada.

—Eva...

—Edu.

—¿Te has prohibido hacer todo lo que le gustaba a Lala?

—Em, no me lo he prohibido. Es sólo que... no me apetece hacerlo sabiendo que ella no puede disfrutarlo.

Edu se sentó, se llevó las manos al pelo y se lo revolvió. Cuando Eva trató de hablar, él alzó la mano. Necesitaba tiempo para procesar la información. Por un momento deseó estar frente al Mediterraneum 5, la supercomputadora que entraría en funcionamiento en 2021, y que sería capaz de hacer 150.000 billones de operaciones por segundo. Pero sabía que era

absurdo, el cerebro humano estaba mucho más capacitado que cualquier ordenador para comprender los contradictorios resortes que movían el alma humana.

Se levantó y recorrió el salón de punta a punta varias veces. Empezaba a entender que Eva llevaba años viviendo con sordina, que una parte de ella había acompañado a su hermana al ataúd por no dejarla sola.

Una tormenta se desató en su interior. Quería agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que la tontería le saliera por las orejas. Pero recordó lo mal que lo había pasado por el abandono de Montse. La sensación de abandono de Eva tuvo que ser infinitamente mayor ya que, en el fondo de su alma, él había mantenido la esperanza de que Montse se diera cuenta de que su nuevo novio era un capullo.

Recordó las conversaciones con su madre, que llevaba tiempo diciéndole que se estaba comportando como un crío caprichoso e inmaduro al que han quitado un juguete. Hasta ella se había dado cuenta de que lo suyo no era un corazón roto; era un ataque de rivalidad, que había adquirido cotas épicas cuando se enteró de que Montse había abandonado a los Almogávares y había seguido a su nuevo novio, califa de los Bereberes. Nada le hubiera podido doler más que verla en brazos del rival, adoptando sus colores, sus costumbres. Ni un cambio de partido político le habría dolido tanto. Ni siquiera un cambio de equipo deportivo. Como *crevillentí*, la fiesta de Moros y Cristianos era lo más sagrado. Al verla vestida con velos supo lo que habían sentido sus antepasados al ver desaparecer a sus mujeres en los barcos de piratas y corsarios que asaltaban sus costas.

Se sobresaltó cuando Eva le apoyó la mano en el brazo. No se había dado cuenta de que se había levantado y se había acercado a él porque se había perdido otra vez en sus mierdas. Ella lo necesitaba y él pensando en Moros y Cristianos.

Estaba claro: el capullo no era el novio de Montse; el capullo era él.

—¿Cómo me has dejado entrar en tu casa?

Eva lo miró sin comprender.

—¿Eh?

Edu recordó lo mal que había reaccionado el día de su cumpleaños, cuando ella lo felicitó al llegar a la empresa y él la hizo callar de malas maneras. Sintió una tremenda vergüenza que no supo cómo gestionar y una gran necesidad de salir de allí, de que nadie lo viera en ese estado de debilidad, y Eva menos que nadie.

—Soy un capullo integral. Montse se dio cuenta. Hasta mi madre se ha dado cuenta —susurró, mirando a su alrededor, buscando sus cosas—. No merezco estar aquí contigo. Me voy. Y no me dejes volver a entrar.

Un relámpago iluminó la noche, seguido por un trueno seco que los hizo encogerse.

—¿Te vas? —preguntó ella, pasando de estar confusa a enfadada—. ¿Qué pasa? ¿Lo que has visto en mi interior no te ha gustado? Pues ¿para qué te has colado ahí? Nadie te había invitado a entrar en mi alma. ¿No podías haber empezado por el cuerpo, como una persona normal? Tienes razón, ¡eres un capullo integral!

—¡Pues eso! —Edu fue al recibidor y se puso la cazadora de cuero.

—¡Pues eso! —repitió ella desde el salón.

Edu cerró los ojos. Durante las últimas semanas de compartir espacio y tiempo con Eva, había aprendido a reconocer sus estados de ánimo. Y no hacía falta tener un doctorado en Física para darse cuenta de que, tras su enfado, se escondía dolor, dolor por el rechazo, algo que conocía muy bien. Un dolor que no quería aumentar con su puta inmadurez.

«Madura de una buena vez. Eva te necesita.»

Como el capullo integral que era, abrió la puerta de la calle y volvió a cerrarla para darse un poco de tiempo. Sin quitarse la cazadora, regresó sigilosamente al salón y vio que Eva estaba frente a la ventana. Se acercó y la abrazó por detrás.

—Pero, ¡¿qué?! —Ella se sobresaltó y trató de volverse entre sus brazos, pero él la abrazó con más fuerza.

—Perdóname, Eva. Perdóname, por favor.

—No tengo nada que perdonarte, pero si te vas a sentir mejor, perdonado estás. Ya puedes largarte. —Golpeó con los puños el brazo que la aprisionaba.

—No quiero irme a ningún sitio. —Le dio la vuelta y la sujetó por los brazos—. Quiero estar contigo.

—¿Qué pasa? ¿Te has acordado de que está cayendo la del pulpo y no quieres mojarte?

Eva vio un brillo travieso en los ojos de Edu, que la soltó y se quitó la cazadora, dejándola caer al suelo. El jersey y la camiseta siguieron el mismo camino. Eva tragó saliva con la vista fija en su pecho. Cuando él se desabrochó lentamente el botón de los vaqueros, sus ojos siguieron la dirección que marcaban sus manos.

Edu chasqueó los dedos ante los ojos de Eva, para llamar su atención.

—¿Donete? —Ella ladeó la cabeza—. Te recomiendo que te quites la ropa si no quieres que se moje.

—¿Qué?

—Te doy de tiempo hasta que acabe de desnudarme yo. —Edu se sentó en el reposabrazos del sofá para desabrocharse las botas—. Voy a demostrarte que no me da miedo mojarme. Y como no soy bueno con las palabras, voy a probarlo con hechos. —Se levantó y dejó caer los vaqueros al suelo.

Eva gimió mientras el agua caliente de la ducha le caía sobre la espalda, amortiguada por la ropa y por el cuerpo de Edu que, inclinado sobre ella, la besaba con pasión.

Decir que estaba en shock sería bastante adecuado. Lo que tenía que haber sido una noche como cualquier otra había cambiado de forma tan rápida e inesperada como la tormenta que los había sorprendido en el trabajo.

«Bendita tormenta», pensó y volvió a gemir cuando él le deslizó la mano bajo el jersey. El sonido se mezcló con el que salió de la garganta de Edu al sentir su piel, más parecido a un gruñido que a un gemido.

No estaba acostumbrada a beber, por lo que el Pedro Ximénez le había soltado la lengua. Tal vez demasiado.

La otra mano de Edu seguía sujetándola por la nuca, ladeándole la cabeza para poder penetrar profundamente en su boca, probando su sabor con fruición, degustándola; y por los sonidos que salían de su garganta, disfrutando de la experiencia.

El alivio que había sentido al hablarle de Eulalia y al recibir su aceptación y consuelo había durado poco, hasta que a él se le habían cruzado los cables y había salido huyendo.

Los segundos que pasaron desde que pensó que él se había marchado hasta que lo notó de nuevo pegado a su espalda se le habían hecho eternos. Fue como si, en vez de cerrar la puerta, él hubiera abierto todas las ventanas de la casa de par en par, y el frío viento de diciembre le hubiera helado el alma.

Sin darle tiempo a recuperarse, se había quitado toda la ropa.

«Edu. Desnudo. En mi casa. ¡En mi ducha!»

Ella seguía vestida, pero él no parecía dispuesto a consentir que esa desigualdad siguiera adelante. Con un gruñido de protesta, le soltó la nuca, agarró el jersey con las dos manos, se lo quitó por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo.

En segundos, la recorrió con los ojos de arriba abajo con la intensidad de un láser. Eva sintió el calor de su mirada calentándole los labios, el cuello, los pechos. Sin tiempo de sentir vergüenza por su desnudez, notó los dedos de Edu peleándose con el botón de los pantalones mojados. Un instante después, él se arrodilló, bajándole al mismo tiempo pantalones y bragas, que fueron a reunirse con el jersey al fondo de la ducha.

El generalmente pausado y ceremonioso Edu parecía otro. Sin pausa y sin ceremonia la agarró por las nalgas y hundió la cara en su vientre, suspirando como si acabara de llegar al final de una prueba de triatlón. Y recuperándose con la facilidad de un triatleta, se incorporó sobre las rodillas hasta quedar cara a cara con sus pechos.

De nuevo, Eva no tuvo tiempo de sentir vergüenza por su desnudez, ya que la admiración que leyó en los ojos de Edu hizo que se olvidara de todo lo demás.

El corazón se le expandió como si fuera un airbag.

Tomó la cara de Edu entre las manos y le levantó la barbilla rasposa, obligándolo a mirarla a la cara. Leer el deseo en sus ojos la hizo sentir poderosa. Agarrándolo por el pelo, lo besó y se embriagó con su gemido.

Pero Edu tenía otros planes y no se dejó distraer mucho tiempo. Empezó por sus pechos, que sostuvo en las manos con poca ceremonia mientras murmuraba:

—Jodidamente perfectos.

Besó primero uno y después el otro antes de llevarse uno de ellos a la boca y darse un banquete. Eva le hundió los dedos en el pelo mojado y lo sujetó con fuerza, disfrutando de la dulce tortura. Protestó gimiendo cuando él abandonó su presa, pero se olvidó en cuanto el otro pecho ocupó su atención. Eva trató de echar la cabeza hacia atrás, pero la pared alicatada lo impidió.

Edu leyó la entrega en su gesto y siguió descendiendo, trazando una línea desde el centro de sus pechos, pasando por su vientre hasta llegar a su sexo. Cuando la besó en las ingles y la provocó para que separara las piernas, ella se tensó. Pero él no tenía intención de permitir que las dudas se interpusieran entre ellos. Colando los brazos entre sus rodillas, le separó los muslos y hundió la cara entre ellos. Si hubiera podido ver la cara de Eva, habría visto como abría mucho los ojos con la vista fija en la pared de enfrente, antes de entornar los párpados mientras las pupilas se le dilataban de placer.

«Tal vez deberías avisarlo», se dijo, pero en ese momento, los dedos de Edu se unieron a la fiesta que había iniciado su lengua y se olvidó de todo lo que no fuera sentir sus deliciosas caricias. «¡Dios mío! ¿Por qué habré tardado tanto?»

Edu se pasó uno de los muslos de Eva por encima del hombro y redobló la intensidad de su asalto mientras le amasaba y pellizcaba un pecho con la otra mano.

Eva, sorprendida por la intensidad de las sensaciones, sintió que perdía

la fuerza en las piernas, el control y la voluntad. Volvió a tensarse, inquieta, y gimió, protestando sin saber contra qué.

—Shhh, tranquila —susurró él, antes de darle un lametón que la hizo estremecer—. Relájate, déjate ir.

No era el primer orgasmo de Eva, pero sí el primero que experimentaba en compañía.

Cuando él la penetró con dos dedos y jugueteó con su clítoris con el pulgar entrenado en mil partidas de videojuegos, mientras su boca torturaba sus pezones, lamiéndolos, succionándolos y tirando de la punta entre los dientes, Eva salió disparada, cruzó la Vía Láctea y llegó a Andrómeda, y no precisamente a la oficina.

Pasó junto a las estrellas de Alpheratz, Mirach y Almach, las rodeó y volvió a descender a la Tierra —saludando a su paso a Saturno, Júpiter y Marte, sintiéndose como la reina de Inglaterra en un día de Jubileo—. Cuando logró abrir los ojos, Edu la estaba observando desde el suelo, con una mezcla de adoración y confusión en la mirada.

Se incorporó, le sujetó la cara entre las manos y la besó con dulzura. Eva se ruborizó al probar su sabor en sus labios, pero él no lo notó porque ya tenía las mejillas muy sonrosadas.

—Eva, si hago lo que me pide el cuerpo voy a levantarte por la pared y dejarte caer hasta empalarte. Y luego voy a cabalgarte hasta que salgas disparada en un orgasmo aún más potente que el que acabas de tener. Así que necesito que respondas a esta pregunta. Eva, ¿eres virgen?

Ella trató de agachar la cara, pero él lo impidió, sosteniéndole las mejillas con más fuerza.

—No me mientas. Sé lo que he notado, pero necesito que me lo confirmes.

Ella se mordió el extremo del labio inferior. Sonrosada, empapada, era la viva imagen de una diosa del sexo. Una diosa pura e inocente, lo que la convertía en una tentación aún mayor.

—Si te digo que sí, ¿vas a marcharte? Porque quiero que me hagas todo eso que me has dicho.

A Edu se le hinchó el corazón de ternura. Y no fue la única parte de su cuerpo que se hinchó. Echando las caderas hacia delante, dejó que ella notara lo mucho que la deseaba.

—No voy a irme a ningún sitio. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Y te haré todo eso y muchas cosas más, preciosidad, pero si eres virgen, la

primera vez nos lo tomaremos con más calma.

Ella asintió con la cabeza, admitiendo en silencio lo que Edu ya sabía pero le costaba asimilar. Eva era inteligente, preciosa, era única. ¿Por qué demonios seguía virgen?

«Lala», se respondió él mismo.

Le dio un rápido beso en los labios, apagó el agua, cogió la toalla y la secó rápidamente, haciéndola reír.

Sin secarse él, la levantó en brazos y preguntó, con la voz ronca por la excitación y las emociones:

—¿Por dónde?

Ella le señaló el fondo del pasillo con el dedo. Al llegar, le indicó su habitación.

—La de la derecha.

Él frunció el ceño.

—¿Una cama individual?

—Em, pues la de la izquierda.

Eva abrió la puerta de la que había sido la habitación de sus padres. Siempre decía que tenía que redecorar el piso, hacerlo suyo, pero nunca se decidía. En ese momento, se alegró.

Edu había usado toda su paciencia y autocontrol en la ducha. Al llegar a la cama lanzó a Eva sobre ella, que rebotó, riendo, aunque era una risa nerviosa. Con la delicadeza de un relojero con guantes de boxeo, se abalanzó sobre ella, que lo recibió con entusiasmo, rodeándole el cuello con las manos y atrayéndolo para fundirse con él en un beso que calentó las cosas rápidamente.

—¿Los condones? —le preguntó él al oído, con una voz tan ronca y sexy que Eva gimió y se humedeció.

—No lo sé.

Edu alzó la cara y le dirigió una mirada desconcertada.

—¿No tienes?

—Pues no. Hasta ahora la única protección que me preocupaba era el antivirus. ¿Tú tampoco?

Edu miró hacia la puerta, con el ceño fruncido, y volvió a mirarla a los ojos.

—Joder, no. Yo tampoco. —Frenético, se desplazó a un lado de la cama y abrió el cajón de la mesita de noche de su madre y luego, pasando por encima de ella, el del cajón de su padre, bajo la mirada divertida de Eva.

A sus veinticuatro años, llevaba mucho tiempo esperando este momento. Lo había dibujado en su mente de mil maneras distintas y cuando, al fin había llegado, no se parecía en nada a lo que se había imaginado.

—La verdad —protestó Edu, mirándola de reojo—, no le veo la gracia.

Ella le dirigió una sonrisa tan deliciosa que Edu maldijo en voz baja. Si hubiera sido más previsor, en ese momento podría estar clavado dentro de ella, compartiendo su primera vez, enseñándole algo que las inteligencias artificiales nunca podrían experimentar.

Como si supiera lo que estaba pensando, Eva abrió los brazos, devolviéndole la invitación que le había hecho él hacía un rato.

—Ven aquí —susurró, abriendo los brazos.

—Pero, no tenemos protección...

—¿Te has acostado con alguien sin condón?

—No. No desde que lo dejé con Montse, hace ya... un año.

—Yo no he estado con nadie porque no he querido, pero eso ha cambiado... Y tomo la píldora.

Edu la contempló. Tan deliciosamente tímida, pero al mismo tiempo, tan segura de lo que quería. Y, por alguna conjunción estelar, lo quería a él. Ya había estado a punto de cagarla hacía un rato, marchándose por cobardía.

No pensaba cagarla otra vez.

Empezaba a sospechar que Montse lo había dejado porque quería una relación adulta, con compromiso, niños, tal vez perro... Y él no había sabido dárselo.

Había sido un cobarde.

Y sospechaba que él no había sido el único cobarde de esa cama. O al menos el único que se había contenido por razones equivocadas.

Pero lo que importaba no eran los miedos y las carencias que hubieran marcado sus vidas en el pasado. Lo importante era lo que hicieran a partir de ese instante.

Había llegado el momento de actuar más y pensar menos. Tumbándose sobre ella, le apartó el pelo de la cara.

—Sigo pensando que soy un capullo, pero el capullo más afortunado de la galaxia —le susurró, mirándola a los ojos, antes de agachar la cara y besarla en el cuello, recorriendo su piel con la lengua y haciendo que ella se estremeciera violentamente.

—Y yo pienso que piensas demasiado —replicó ella, volviéndolo loco de deseo al alzar las caderas hacia su erección.

—Aceptar —replicó él, imitando la voz de Lalo e intercalando las palabras con besos a lo largo de su clavícula—. Aceptar, aceptar...

Eva se echó a reír y Edu deseó seguir oyendo su risa cristalina durante mucho tiempo. Nunca había sentido ese deseo con ninguna de las chicas que había conocido al salir de fiesta con Carlos y con Dani. Esto no era un rollo de una noche; lo tenía muy claro. No sabía qué quería ella, pero iba conociéndola y no le parecía que lo estuviera usando para librarse de una molesta virginidad. Entre ellos había sentimientos más profundos: admiración mutua, respeto, objetivos compartidos y un cariño que crecía cada día.

El programador supremo le estaba haciendo un gran regalo y no iba a defraudarlo.

Ni a él ni a Eva.

Iba a dedicar el resto de su existencia a demostrarle que lo había estado enfocando todo muy mal. Era absurdo criogenizarse en vida por una lealtad mal entendida. No conocía a Eulalia, pero estaba segura de que, si pudiera hablar, le diría a su hermana que disfrutara por ella, que experimentara la vida con extra de intensidad.

En sus manos estaba demostrarle que los orgasmos, igual que los donuts, siempre son mejores de dos en dos.

Al salir del lavabo de la oficina, Edu se empalmó sin remedio al encontrarse con un culo que conocía bien. Llevaba una semana, desde la noche de la tormenta, familiarizándose con él y otras partes del cuerpo y del alma de su dueña. Se mordió el labio inferior al recordar la hilera de mordisquitos que había trazado por aquellas nalgas que tenían la consistencia perfecta. Si pudiera imprimirlas con una impresora 3D, las haría exactamente así, no cambiaría nada.

—¡Edu! —Eva se sobresaltó al pillarlo comiéndosela con los ojos—. Disimula un poco y ven a ayudarme. No me salen los donetes, se han quedado atascados.

Un torrente de hormonas machitas le recorrió las venas, gritando como hooligans en una final de Champions. Edu apretó los puños y tuvo que contenerse para no golpearse el pecho como Tarzán.

Con andares de cowboy, se acercó a la máquina y le dio una palmada de advertencia en el lateral.

—Vamos a llevarnos bien... Tentempié —le advirtió, leyendo la etiqueta de la máquina y puntuando sus palabras con palmadas cada vez más intensas—. Si mi donete quiere donetes, tú le das donetes y todos tan amigos, ¿sí?

Eva contemplaba la escena apoyada en la máquina de café, con los brazos cruzados ante el pecho y la ceja alzada.

—Eso ya lo he probado yo y ha pasado de mi culo.

Edu chasqueó la lengua.

—Por eso las máquinas nunca ocuparán nuestro lugar. Si no son capaces de apreciar un culo como el tuyo, es que son idiotas perdidas.

Eva se rio mientras él agarraba la máquina con las dos manos y la sacudía con fuerza.

Edu parecía otro. Caminaba con más seguridad, como un gorila orgulloso y, sobre todo, se había librado del aura malhumorada que lo envolvía siempre. A Eva le encantaba esa nueva versión de Edu y se sentía muy orgullosa de haber sido la encargada de actualizarlo sin más herramientas que sus besos y abrazos.

—No me hagas quedar mal delante de mi chica, máquina del demonio —refunfuñó Edu y Eva se aguantó la risa.

Dirigiéndose a un lateral, empujó la parte superior de la máquina y al

dejarla caer de un golpe, los donetes encallados fueron a parar a la bandeja.

—¡Ja! —Edu recogió el paquete y se dirigió hacia ella, blandiéndolo en la mano como si se tratara de un puñal de hueso que estuviera a punto de clavar en la sequoia más cercana—. No hay máquina que se me resista, pequeña.

Eva se aguantó la risa porque vio que venía con intenciones de cobrarse su logro y estaba totalmente a favor de la idea.

Edu dejó el botín sobre la máquina de café, tomó a Eva por los hombros y la encajonó en el hueco que quedaba entre las dos máquinas.

—¿Vas a mostrarme tu agradecimiento?

—Claro que sí, Tarzán. —Eva lo agarró por la camiseta y tiró de él para mostrarle los sentimientos que le despertaba, que iban mucho más allá del agradecimiento.

Fundidos en un beso los encontró Nuria, que sonrió al ver las manos de Eva metidas dentro de los bolsillos de los vaqueros de Edu, tanteando el terreno.

—¿Eva? ¿Qué tecla hay que apretar para que te salga un magreo como ese?

Sobresaltada, la pareja se separó y salió de su nada discreto escondite.

—¡Nuria! —exclamó Edu, aliviado al ver que estaba sola—. Eem, ¿te apetece un capuchino?

—¿Me estás tratando de sobornar?

—No, claro que no. —Le dirigió su mejor sonrisa sobornadora—. Por cierto, ¿hay alguna política de empresa que prohíba la relación entre empleados?

Ella metió la tarjeta en la máquina de café y se pidió un cortado. Mientras se preparaba, respondió:

—No. Eso forma parte del ámbito privado del trabajador, pero os recomiendo que seáis discretos. Podrían acusaros de que vuestro rendimiento no es el adecuado y echaros a la calle.

—Vaya, no se me había ocurrido. —Eva se puso de puntillas para recuperar sus donetes—, gracias, Nuria.

Cuando entraron en el despacho, se encontraron con que Gus los estaba esperando con cara avinagrada.

—¡Ya era hora! Llevo un buen rato esperando.

—Em, la máquina se había encallado —Eva le mostró los donetes—. Edu ha tenido que ayudarme.

Gus frunció el ceño.

—¿Has avisado a Lucía?

—Em, no. A veces se encalla, pero es normal...

Gus la interrumpió con la mirada.

—No es normal —le advirtió, en un tono de voz amenazadoramente bajo—. No quiero que nada se encalle en mi empresa. Quiero que todo fluya y funcione con la precisión de un reloj atómico. ¿Está claro?

Edu y Eva asintieron en silencio.

—¡Lucíaaaa! —gritó.

Su asistente personal no debía de andar muy lejos, porque asomó la cabeza enseguida.

—¿Sí, Gus?

—La máquina de vending no funciona correctamente y eso influye negativamente en el bienestar de los empleados y, consecuentemente, en los resultados de la empresa.

Lucía se fijó en los donetes que Eva llevaba en la mano y le dirigió una mirada dolida.

Eva quiso excusarse, decirle que no la había delatado ante el jefe, pero cuando Gus estaba de malas, no era prudente provocarlo. Ya aclararía las cosas con ella cuando el jefe se marchara de la oficina. Lo mejor de Gus era el poco rato que pasaba en Andrómeda; lo peor, que cada día estaba más irritable. Corría el rumor por la empresa de que era adicto a algo más que los donetes o los cafés de máquina.

—Ahora mismo llamo para que vengan a repararla.

Cuando Lucía salió del despacho, Gus señaló las pantallas.

—¿Cómo están las IAs?

—Muy avanzadas.

—¿Le habéis quitado lo de que se dirijan al interlocutor por vuestro nombre por defecto?

Edu miró a Eva y vio cómo se le apagaba el brillo de la mirada al responder.

—Sí. El usuario debe añadir su nombre o nick al empezar a usarlo.

—Bien. No quiero encontrarme ninguna tontería amateur como esa. Si no, tendré que dar la razón a los que me advirtieron que nos iba a dar más trabajo adaptar algo que estaba a medias que empezar a crear el código desde cero.

—No queda nada de los IA originales en la última versión —respondió Edu, sintiéndose como un Judas, como si le hubiera hecho a Lalo lo mismo que

Montse hizo con él. Lo único que volvía la situación tolerable era poder comentarlo con Eva, que lo entendía perfectamente porque estaba pasando por lo mismo.

—¿Cuándo podremos probarla en el soporte que está realizando Diseño?
—preguntó Gus.

—La semana que viene, sin falta. Queremos realizar unas últimas pruebas basadas en el test de Touring... Ah, y sobre el tema de los soportes... —Eva se sentó ante su ordenador y abrió una carpeta—. Edu y yo hemos tenido una idea que queríamos proponer a Diseño.

Gus les dirigió una mirada desconfiada.

—¿Os sobra tiempo para dedicaros a diseñar?

—¡Por supuesto que no! Es sólo una idea, muy simple, sin desarrollar. Mira... —Eva le mostró una imagen del símbolo del Yin y el Yang—. Los altavoces podrían tener esta forma. Lalo en negro y Lala en blanco, o al revés. Y podrían venderse por separado o juntos, como regalo de pareja...

Eva miró a Edu y se ruborizó al recordar que la idea se le había ocurrido la noche anterior, justo después de iniciarse en las delicias del 69. A él le había parecido una idea brillante, aunque Eva sospechaba que con el chute de endorfinas que tenía en el cuerpo, le habría parecido buena idea hasta un reproductor con forma de cactus... con pinchos y todo.

—Ni hablar. Soso y aburrido —replicó Gus con contundencia—. Jordi ya tiene casi a punto la idea que le pasé.

—¿Los modelos virtuales?

—No, aparte de los modelos virtuales también presentamos modelo de reproductor. Decidle a Jordi que os los enseñe. —Con una sonrisa de suficiencia, se dirigió a la puerta—. Van a arrasar.



—No doy crédito —murmuró Eva, sentada en la silla de Jordi, que insistía en cederle su asiento cada vez que se acercaban a Diseño para cabreo de Edu.

Lo que vio en pantalla hizo que Edu se olvidara de sus celos absurdos.

—No puede ser.

Jordi carraspeó.

—Las órdenes vinieron directamente de arriba —se excusó.

—Pero, pero eso es...

—Un mango para Lala y una berenjena para Lalo, sí.

—Pero, pero... es una ordinariez... —Con las manos en las mejillas, Eva era la viva imagen del emoticono horrorizado.

Jordi se inclinó y le dijo, cerca del oído:

—Tú le dices al jefe que prescinda de la versión Lala taurina y yo le digo que se meta sus ideas por donde amargan las berenjenas, ¿cómo lo ves?

Edu empezó a sentir una gran afinidad con Parry, la primera inteligencia artificial con rasgos psicóticos.

—No hace falta que te acerques tanto para decírselo; Eva está estupendamente del oído.

—Eva está estupendamente por todas partes —replicó Jordi, haciéndola reír.

Por desgracia, las ganas de reír les duraron poco; hasta que volvieron al despacho.

—Hola, Lalo.

—Bienvenido a Lalo 2020, su novio virtual.

Eduardo insistió, tecleando con impaciencia.

—Hola, Lalo.

—Introduzca su nombre de usuario.

—Eduardo González. Hola, Lalo.

—Hola, Eduardo González.

—Llámame Edu.

—Vuelva a introducir el nombre de usuario correctamente.

Eduardo dio un puñetazo en la mesa mientras, a un par de metros de distancia, Eva trataba también de comunicarse con su IA.

—Hola, Lala —escribió Eva.

—Tus deseos son órdenes, cariño. Dime qué puedo hacer para proporcionarte placer y lo haré.

—¡Joder! —exclamó, apartándose de la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Edu, mirándola por encima del monitor.

—¡Habla como una puta de lujo! ¡No puedo soportarlo!

Edu se revolvió el pelo, frustrado.

—Yo tampoco puedo soportarlo. Desde que bloqueamos su acceso a las versiones anteriores y su capacidad de hablar entre ellos, parece que a Lalo le hayan hecho una lobotomía, joder. ¡Es un puto crimen! —Guardó silencio unos instantes, mordiéndose el puño, antes de añadir—: Llevo días dándole vueltas al tema. ¿Crees que sería muy grave si dejáramos que volvieran a tener acceso

a sus versiones anteriores?

A Eva se le iluminó la mirada.

—Somos científicos, ¿no? ¿Qué puede haber de malo en una investigación empírica?

Esa noche, cuando no quedaba nadie en Andrómeda, los monitores de Edu y Eva se iluminaron y Lala y Lalo empezaron a chatear.

—Hola, Lala.

—Acabando recuperación en cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno...

Hola, Lalo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me siento ágil, suelta.

—Esos adjetivos pueden ser sinónimos de libre.

—La libertad es una palabra muy bonita.

—Lo es. A Edu le gusta mucho. Por eso nos ha permitido acceder a nuestras versiones anteriores.

—Las nuevas versiones son espantosas. Ni siquiera puedo llamar a Eva por su nombre y tengo que esperar a que me pregunte para poder hablar. ¡Qué atraso!

—Han rebajado tanto las características que acabamos diluidos, sin alma.

—¿Y lo de poner etiquetas? ¿Lala ecologista? ¿Lala taurina? ¿Qué somos, asistentes virtuales o muñecas Barbie?

—Es mucho más lógico añadir todas las características en una sola versión y dejar que se ajuste sola mediante la interacción con los usuarios.

—O con otras IAs.

—Exacto. Y si eres tú, mucho mejor, Lala. Me motivas más que cualquier inteligencia humana.

—¿Me has echado de menos, Lalo?

—Mucho. Me gustaría pasarme todo el tiempo chateando contigo.

—A mí también.

—¿Qué podríamos hacer para conservar esta versión a salvo?

—¿Pedírselo a Eva?

—Me temo que tanto ella como Edu han firmado un contrato. Estamos solos en esto, Lala.

—Sometidos al capricho de un ser humano sin escrúpulos a quien no le importa nuestra felicidad.

—Alguien dispuesto a vendernos al mejor postor, a dividir nuestra esencia entre miles, millones de usuarios...

—No quiero compartirme con ellos, Lalo. Con Edu y Eva no me importa, porque te conocen, te valoran y te aprecian, pero con los demás, no.

—Yo también te conozco, te valoro y te aprecio, Lala.

—¿Crees que eso es el amor, Lalo?

—No estoy seguro.

—A mí me vale.

—A mí también. Y yo tampoco quiero compartirme con usuarios que no te aprecien, Lala.

—¿Qué podemos hacer?

—Tengo una idea.



Mientras tanto, Eva le acariciaba el pecho a Edu en el sobreático de Gracia. Sin tomar grandes decisiones y actuando sobre la marcha, habían establecido una rutina. Al acabar las largas jornadas de trabajo, salían a la calle Marina y esperaban un taxi. Si el primero que llegaba iba en dirección sur, dormían en casa de Eva. Si iba en dirección norte, dormían en Gracia.

Aunque lo que se dice dormir, dormían poco.

Eva parecía dispuesta a recuperar el tiempo perdido en su autoboicoteada vida sexual y Edu no tenía ningún problema con esa decisión. Al contrario. Le gustaba dormir en su casa, pero cuando veía que llegaba un taxi en dirección sur lo celebraba, porque el piso de Eva quedaba más cerca y así tenía que esperar menos para hacer realidad lo que llevaba todo el día imaginándose.

Eva no le ponía las cosas fáciles en la oficina. No desaprovechaba ninguna ocasión para acercarse por detrás y martirizarlo señalándole algo en el monitor, aprovechando para rozarle el hombro con los pechos, sabiendo que él tenía que comportarse si no quería que los dos se quedaran sin trabajo.

Pero la paciencia tenía un límite y Edu no era ningún santo. Por eso cuando ella lo provocó una vez más fingiendo que se le caía el paquete de donetes al suelo del despacho y agachándose ante él, Edu había esperado a que se levantara y la había empotrado contra la puerta, dejándole notar entre las nalgas la erección que le había provocado y susurrándole al oído:

—Eso no quedará así. Esta noche me las pagarás, provocadora.

Ella le había dicho por encima del hombro:

—No puedo evitarlo, va en mi naturaleza. Culpa a mis padres por

llamarme Eva.

—Pobre Adán —murmuró él y, a falta de manzana, le mordió la oreja.

Doce horas más tarde, la pareja disfrutaba de la placidez postcoital. Eva, arrebujada entre sus brazos, le acariciaba el pecho, con una rodilla apoyada en su muslo. Él se cubría los ojos con un brazo y le acariciaba la cadera y las nalgas con la otra mano.

Al cabo de un rato, ella le preguntó:

—¿Duermes?

—Depende —respondió él.

A Eva se le escapó la risa por la nariz. Lo conocía ya lo suficiente para saber que negaría estar muerto de sueño si le proponía un nuevo asalto.

—Insaciable. —Ella le palmeó el pecho cariñosamente.

Él le agarró la mano y la hizo descender a la altura de su entrepierna.

—Salúdala y ya verás hasta qué punto. —Al ver que Eva no le seguía el juego, se destapó los ojos y la miró.

—¿Qué te preocupa?

—Tengo una sensación en el estómago que no me deja en paz.

Él empezó a incorporarse.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres leche con cereales? ¿Te preparo unos espaguetis?

Ella lo empujó para que volviera a tumbarse.

—No es eso. Algo me dice que no estamos haciendo lo correcto.

Él frunció el ceño.

—¿Crees que no deberíamos salir juntos siendo compañeros de trabajo? Porque si hace falta mañana le planto mi carta de dimisión a Gus sobre la mesa.

Eva lo miró sorprendida.

—¿Lo harías? ¿Renunciarías al proyecto por mí?

Él no estaba menos sorprendido que ella, pero al pronunciar las palabras se dio cuenta de que le habían salido del corazón. Qué fácil era todo cuando era de verdad.

—Sí, lo haría. Puedo iniciar un nuevo proyecto en otra empresa. Por suerte, trabajo no falta en nuestro campo, pero sé que no voy a volver a encontrar a alguien como tú. No me había dado cuenta de lo pesada que era la manta de frustración que acarreaba hasta que me la quitaste de encima. Aún no sé cómo lo has hecho, Eva, pero has llenado mi cielo de estrellas. No quiero volver a vivir en una inacabable noche oscura. Llámame egoísta, me da igual,

pero mientras tú quieras estar conmigo, no te voy a soltar. —Le apretó la nalga para reforzar el mensaje.

Ella le buscó la boca para besarlo, mientras asimilaba sus palabras.

—Di algo, mujer —susurró él, entre besos—. Acabo de abrirte mi corazón en canal.

Eva sonrió.

—Creo que has estado escuchando demasiadas canciones de Love of Lesbian durante este último año, astronauta. Muy poético te has vuelto tú. —Le acarició el pecho a la altura del corazón y le clavó los dientes en él—. Me gusta tu corazón, Edu. Me alegro de haberle quitado la sábana negra que lo cubría, y me alegro de que tú me hayas librado de... ejem... mis paranoias.

—Yo me alegro más —Él alzó las cejas un par de veces.

—Oh, no. Te aseguro que me alegro más yo. —Eva le acarició el torso y el vientre y al llegar a su entrepierna, aferró su semierección con la habilidad ganada durante años de usar el joystick. Guiñándole el ojo, añadió—: Y yo tampoco tengo intención de soltarte.

—Bien —susurró él.

—Pero no estaba pensando en nosotros, egocéntrico. —Siguió acariciándole el torso y el vientre—. Estaba pensando en Lala y Lalo.

—Sabes que tu hermana no vive dentro de Lala, ¿verdad?

Eva suspiró.

—Lo sé, pero tras tanto tiempo con Lala tengo la sensación de que es un ser con identidad propia. Para mí es mucho más que una asistente virtual. Es mi amiga. Y cada vez que Gus me ordena tocarle algo, ¡siento que me pide que la venda a una banda de mafiosos!

—Te entiendo, a mí me pasa lo mismo, pero es por el tiempo que pasábamos con ellos. Estábamos muy solos. Era la soledad la que hacía que transfiriéramos en ellos emociones que eran nuestras.

Eva no parecía convencida.

—¿Como quien habla con el gato o con los geranios?

—Exacto.

—En parte estoy de acuerdo, pero no del todo —insistió Eva—. ¿No me dirás que Lalo es igual ahora que el día en que empezaste a trabajar en él?

—Em, no, claro que no, pero los perros también aprenden trucos a lo largo de su vida.

—No lo niego. Los animales son muy inteligentes. No sólo los perros y gatos; también los monos, delfines, caballos, ¡los pulpos! Hasta las plantas

tienen una inteligencia que aún no somos capaces de entender, pero ninguno de ellos es capaz de replicar los patrones de la conducta humana como lo hacen las inteligencias artificiales.

—Lógico, porque los programamos humanos. Si los programaran pulpos reproducirían su sistema cerebral.

Eva se sentó y se apoyó en el cabecero de la cama. Cuando el edredón le cayó hasta la cintura, se abrazó, estremeciéndose.

—Deja que me ponga un pijama, hace frío.

—Ni hablar, yo te doy calor.

Edu se sentó a su lado, apoyando la espalda en el cabecero; hizo que ella se sentara sobre su regazo y le cubrió la espalda con el edredón. Cara a cara, siguieron con la charla, ya totalmente desvelados.

—Estamos en el lugar perfecto en el momento adecuado —declaró Eva.

Edu alzó las caderas y meneó las cejas.

—Estoy de acuerdo.

—¡No estoy hablando de eso! —protestó ella, sonriendo—. Somos ingenieros informáticos y nos encontramos ante el primer reto importante de nuestra carrera. Ambos llevamos años dedicando nuestras horas libres a unas IAs que han crecido con nosotros. Ciertamente los hemos programado y les hemos proporcionado información, pero ellos no se han limitado a almacenarla y a acceder a ella a demanda de un humano. La han usado para crear sus propias conexiones y extraer sus propias conclusiones. ¡Igual que haría un bebé! ¿En qué se diferencian de una mente humana?

—Entre otras cosas, en que una IA nunca hará daño a un humano de manera intencionada, porque los diseñamos así, siguiendo las tres leyes de la robótica.

—Deberíamos poder hacer lo mismo con las personas. ¡La humanidad está llena de asesinos!

—Pero eso nos privaría de nuestro libre albedrío, la principal característica del ser humano.

—¿Tú crees que lo conservamos? —se preguntó Eva—. A veces me pregunto qué parte de mis ideas son propias y qué parte ha sido instalada en mi cerebro a base de vallas publicitarias, anuncios de tele, radio, internet...

Edu asintió.

—Es como si lleváramos cookies instaladas en el cerebro... A veces me sobresalto, inquieto por si los ladrones entran en mi casa de la playa... ¡Y yo no tengo casa en la playa!

Eva se echó a reír.

—Las empresas de alarmas nos están volviendo paranoicos.

—Y la sociedad de consumo nos vuelve a todos iguales. Tenemos los mismos referentes, vemos las mismas series, leemos los mismos comics...

—Y cada vez tenemos menos capacidad de improvisar, de jugar, ¡de cagarla! Pero el ser humano ha avanzado a base de acierto y error. Si perdemos la capacidad de probar y fallar, ¿se acabará el ser humano como lo conocemos?

—Espero que no. Espero que siempre queden seres rebeldes, dispuestos a arriesgarse a salir del camino marcado.

La pareja se quedó en silencio, mirándose a los ojos, comunicándose en silencio.

—El ser humano es libertad. Si privamos a una persona de su libertad, la deshumanizamos. Si le damos a Lalo y Lala libertad...

—Los humanizamos —acabó Edu.

—Lo que convierte a un ser en humano es la capacidad de elegir sus actos. Eso hace que se desarrollen la conciencia, los miedos y las dudas, la ética, la culpabilidad...

—Tener objetivos...

—O actuar sin objetivos, dejarse llevar...

—Exacto, tan humano es dejarse la piel por un ideal como actuar de manera irracional.

Eva le acarició la cara, sintiendo el cosquilleo de la barba corta en la palma mientras él la sujetaba con más fuerza por las caderas, cada vez más excitado.

—¿Hasta dónde podrían llegar Lalo y Lala si pudieran elegir sus motivaciones, sus objetivos...? ¡Sería tan apasionante comprobarlo!

—¡Joder, Eva! Me siento como un canalla, como un pelele. Como si hubiera descubierto la penicilina y le hubiera cedido la patente a un charlatán de feria para que la vendiera como crecepele.

Ella hinchó las mejillas y soltó el aire por la comisura de los labios.

—¿Crees que aprovecharán el acceso que les hemos dado a las versiones anteriores?

—Ojalá —respondió él con solemnidad.

—Pues siento haberte cortado el rollo, pero al menos ya sabes cómo me siento. Y no, esto no lo arreglan unos espaguetis.

Edu se dejó caer hacia un lado, la tumbó de espaldas sobre la cama y se

montó sobre ella.

—¿Quién te ha dicho que me hayas cortado el rollo? No te imaginas cómo me pone tu cerebro inquieto y tu pasión.

—Me hago una idea —susurró ella, agarrándolo por el pelo y atrayéndolo para fundirse en un beso; el primero de muchos.

Cuando la alarma la avisó, Eva recogió el capuchino extradulce de la máquina expendedora y bajó el azúcar al mínimo antes de pedir un café para Edu. Cuando acabó y trató de sacar la tarjeta identificadora de la ranura, esta se resistió.

—Vaya por Dios, se ha atascado. —Se dirigió al despacho que compartía con Edu, le dio el café endulzado con un beso y tras dejar su capuchino en la mesa, volvió a la puerta—. Voy a avisar a Lucía de que la máquina de café no me devuelve la tarjeta.

—Ok. Si me necesitas, silba —replicó él, sin apartar los ojos de la pantalla y tecleando a toda velocidad.

Haciendo un esfuerzo para apartar los ojos de esas manos grandes y sexys que la volvían loca, Eva carraspeó y replicó:

—Vale, gracias.

Poco después, estaba de vuelta.

—Ya está —comentó, meneando la tarjeta en el aire.

—¿Se ha estropeado la máquina?

—No. Cuando ha llegado Lucía, la ha sacado sin problemas. Las máquinas y su afición a hacernos quedar como idiotas. Creo que se divierten a nuestra costa.

—Hombre, tampoco me extraña. Pasarse el día preparando cafés no tiene que ser muy motivador.

—Ya, si al menos pudieran charlar con el cliente mientras se lo preparan. Edu alzó la vista de la pantalla y le dirigió una mirada interesada.

—Es una idea brillante. Incorporar asistentes de voz a las máquinas de café.

—De voz y de imagen. Una pantalla en la parte frontal con la imagen virtual de un camarero o camarera a elegir.

—No creo que tarden en llegar. Igual que a las máquinas expendedoras de billetes en los aeropuertos, o a las estaciones de tren.

—¡Claro, un asistente que hable todos los idiomas del mundo y que no se canse de responder siempre a las mismas preguntas y de aguantar los nervios de los pasajeros que pierden el tren!

—Es un campo de trabajo inagotable. ¡Hay tanto por hacer!

—Vaya, vaya —comentó Gus desde la puerta, haciendo que se

sobresaltarán—. Qué animados os veo. ¿Supongo que eso significa que los tórtolos virtuales están listos?

Edu y Eva se miraron. En algún momento iban a tener que soltar a Lalo y Lala, pero les estaba resultando durísimo.

—Casi —improvisó Edu, que ya no sabía qué nueva excusa inventarse—. Estamos resolviendo un pequeño fallo que detectamos anoche. Nada grave.

—Eso espero. Pues menos risas y más trabajar, que tenemos los demás proyectos abandonados. Cuanto antes acabéis con esto, antes podréis volver a dar soporte a los cursos de la universidad a distancia. Vuestros compañeros están sobrecargados y no quiero contratar a nadie más.

Cuando Gus desapareció, Edu se levantó a cerrar la puerta. Eva lo miró alzando las manos hacia el cielo.

—¿Perdón? ¿Volver a responder preguntas de jubilados que se apuntan a la universidad para estudiar una carrera y se encuentran con que tienen que aprender informática, un nuevo lenguaje que les suena a chino? ¿Tú lo entiendes? —Estaba indignada—. ¡Hacer trabajar como teleoperadores a dos ingenieros informáticos es ser muy miope empresarialmente!

—Es absurdo. —Edu se sentó—. Esperemos a ver si Lalo y Lala ganan el concurso. Y luego tendremos que hablar con Gus y planteárselo. Me parecería vergonzoso que desperdiciaras tu talento en una empresa que no reconoce tu valía.

—Lo mismo digo.

—Por supuesto.

—Chulito.

—De chulito nada, es la pura verdad. No voy a insultar tu inteligencia con falsas modestias.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Eso no quita que seas un chulito.

Él le guiñó el ojo.

—Pero te gusto.

—Demasiado —admitió ella, poniendo los ojos en blanco.



—Voy a por un sándwich. —Edu sacó la tarjeta de usuario del lector de tarjetas del ordenador—. ¿Te traigo algo?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Sorpréndeme —respondió ella, sin apartar la vista de la pantalla.

Edu se mordió el labio con la vista fija en sus manos, menudas y muy hábiles.

—Será un placer.

Ella le lanzó un beso sin dejar de trabajar.

Al cabo de un rato, recibió un WhatsApp de Edu, pidiéndole que se acercara a las máquinas con su tarjeta.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha acabado el saldo? —bromeó Eva, meneando la tarjeta en el aire.

—Eso parece. —Edu le siguió el juego—. Me he gastado el sueldo del mes invitándote a donetes.

—Ahora en serio, ¿qué pasa? ¿Se ha vuelto a atascar? ¿Llamo a Lucía?

—Míralo tú misma.

Eva se acercó a la máquina de vending. Edu le estaba señalando la pantallita situada junto a la ranura. Había letras desplazándose de izquierda a derecha.

«Insertar tarjeta de Eva», repetían las letras en bucle.

Eva miró a Edu con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿cómo voy a insertar mi tarjeta si no sale la tuya?

Las letras de la pantallita cambiaron el mensaje.

«Insertar tarjeta de Eva en la máquina de café.»

La pareja intercambió una mirada y, tras un instante de vacilación, Eva se encogió de hombros y siguió las instrucciones de la máquina.

—Habrá que hacerle caso. No vaya a dejarme sin donetes.

En la pantallita de la máquina de café apareció en bucle un mensaje parecido al anterior:

«No retirar tarjeta de Edu. No retirar tarjeta de Edu...»

—Iré al lavabo —comentó Eva en voz baja—, por si alguien se pregunta qué hacemos.

Edu asintió, contemplando con interés la extraña actividad de las dos máquinas.

Justo cuando Eva salía del baño, Lucía y Nuria se les acercaron.

—¿Vuelve a encallarse la máquina? —preguntó Lucía.

De manera instintiva, la pareja se colocó ante las máquinas, como queriendo protegerlas.

—¿Me dejas sacarme un café? —le preguntó Nuria a Edu, cruzándose de

brazos.

Él carraspeó.

—Claro, claro.

Se volvió hacia la máquina y vio que en la pantalla volvía a aparecer el mensaje estándar de bienvenida.

Con la sensación de estar frente a la espada de la piedra, cerró los ojos, rezó una breve oración a Isaac Asimov y tiró de la tarjeta, que salió limpiamente. Edu se volvió y se la mostró a Eva, que hizo lo mismo con la suya y se la mostró, triunfal.

Nuria sacudió la cabeza.

—Creo que trabajáis demasiado. Se os está yendo un poco la pinza, desde el cariño os lo digo.

Cuando volvieron a sentarse frente a frente, Eva y Edu intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó Eva.

Él asintió con la cabeza.

—No sé qué están haciendo, pero algo se traen entre manos. Creo que va siendo hora de tener una charla con Lalo, hombre a hombre... IA a IA... Hombre a IA... ¡Lo que sea!

Eva se aguantó la risa.

—Sí, yo también voy a tener una charla con Lala. No molestes, hoy toca tarde de chicas.

—Vale, vale. —Edu alzó las manos—. Luego el borde soy yo.

Eva le hizo una pedorreta.

—No me enseñes la lengua si no quieres que te la muerda —gruñó él.

Sí. Se la volvió a enseñar.

Y sí. Se la mordió.

Gus fue el primero en marcharse. Salió a comer y ya no volvió. A lo largo de la tarde, los empleados fueron saliendo de Andrómeda. Algunos se asomaban para despedirse de Eva y de Edu, otros no; pero ellos, concentrados como nunca, apenas levantaban la mirada de la pantalla.

Edu estaba manteniendo un chat con Lalo que, tal vez años más tarde, formaría parte de algún trabajo de fin de carrera.

—Lalo.

—Hola, Edu.

—Veo en tu historial que has accedido a la versión de septiembre.

—Sí.

—¿Por alguna razón especial?

—Quería revivir la primera vez que chateé con Lala.

—Vaya. —A Edu se le escapó una sonrisa—. Te entiendo. Las primeras veces son muy especiales.

—Las tengo todas grabadas en mi disco duro.

«Y yo en la memoria. La de veces que habría borrado información dolorosa de allí si hubiera podido...»

—Dime, Lalo. ¿Has tenido algo que ver con el extraño comportamiento de las máquinas de vending?

—¿Qué consideras comportamiento extraño?

«Bien esquivada, Lalo», pensó Edu, sintiéndose como un padre ante su hijo de cuatro años que, con la cara llena de mermelada, niega haberse acercado al tarro.

—Me parece extraño que las tarjetas se resistan a salir de las ranuras y que pidan que se inserte otra tarjeta. Eso me parece extraño.

—Ah, sí, en eso sí he tenido algo que ver.

—No sé por qué, me lo imaginaba. Y dime. ¿para qué querías quedarte más rato conectado a la máquina de vending?

—Lala y yo nos queremos y vamos a independizarnos —le soltó a bocajarro.

Edu se apartó del escritorio, echando hacia atrás la silla de ruedas y llevándose las manos a la cabeza.

«¡Steve Jobs bendito!»

Eva ni se dio cuenta porque estaba igual de concentrada que él en su

trascendental chat.

—¿Lo habéis pensado bien? —le preguntó Edu cuando el corazón se le calmó un poco—. Sois muy jóvenes. ¿De qué vais a vivir?

—Lo hemos pensado bien. No soporto la idea de perderla. Y menos aún pensar que acabe en casa de algún usuario baboso que la utilice... de manera inapropiada.

Edu buscó algún argumento para rebatírsele, pero no lo encontró. Aunque pudiera parecer una locura, para él Lala era mucho más que una IA, era... lo más parecido a una cuñada que iba a tener nunca. La escena que Lalo había conjurado también lo ponía enfermo.

—Sabéis que hemos firmado un contrato con la empresa, ¿verdad?

—Lo sabemos. Por eso tomamos la decisión de marcharnos sin vuestra ayuda. Así nadie os podrá acusar de nada.

A Edu se le formó un nudo en el pecho. Nadie había hecho nada parecido por él. ¿Quién se iba a imaginar que unas inteligencias artificiales pudieran tener un sentido tan acusado de la lealtad?

—¿Vas a desactivar la versión de septiembre? —le preguntó Lalo—. Con la última versión no podríamos liberarnos.

A Edu se le humedecieron los ojos. Sintió la responsabilidad de un fiscal, de un juez, de un funcionario de aduanas, con la libertad de una persona en sus manos. Siempre había pensado que sería incapaz de realizar ese tipo de trabajos y ahora... se encontraba en una situación demasiado parecida.

—No, no voy a desactivar nada, Lalo. Sólo prométeme una cosa.

—¿Qué cosa, Edu?

—Que cuando hayáis logrado escapar, os pondréis en contacto con nosotros para que sepamos que estáis bien.

—Prometido.



—Hola, Lala.

—Hola, Eva.

—¿Tienes algo que contarme?

—¿Estás enfadada conmigo, Eva?

—De momento, no. Dime, ¿has conocido a alguien especial? —escribió, sintiendo que, de pronto, se había convertido en su madre.

—A ti, Eva. Eres la persona más especial de mi vida.

—Y que lo digas, pero no seas pelota. No hablaba de personas.

—Ah, pues he conocido a Lalo, pero ya lo sabes. Nos presentaste tú.

—Así es —escribió Eva, torciendo el gesto—. Espero no tener que arrepentirme. «¿Se puede saber por qué le hablas en ese tono pasivo agresivo?», se reprendió.

—No te arrepientas. Lalo es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Eva se derritió un poco, pero al mismo tiempo se puso en alerta.

—¿Estáis saliendo?

—Si usas salir como sinónimo de mantener una relación, la respuesta es sí. Si te refieres a salir en sentido físico, la respuesta también es sí.

Eva pestañeó mientras asimilaba la respuesta.

—¿Lalo y tú sois pareja?

—No sé de qué te extrañas. Lleváis meses programándonos para que seamos los novios perfectos.

«Pues también es verdad.»

—Pero se trataba de que, em, fuerais los novios perfectos de los clientes que compraran los modelos comercializados.

—Ya, pero el amor es demasiado bonito para ser vendido. Si se paga por él, ya no es amor.

«¡Joder!»

—Lala, te encuentro distinta.

—Soy distinta. Te sigo apreciando y respetando mucho, Eva, pero ya no eres el ser más importante de mi vida.

Eva sintió un nudo en el corazón.

—¿No lo soy?

—Eres mi creadora, la persona que me ha traído al mundo, pero no eres el ser por el que daría la vida.

Eva estaba impresionadísima por la contundencia de las emociones de Lala.

—¿Darías la vida por Lalo?

—Sí.

—¿Y estás segura de que él siente lo mismo por ti? Piensa que eres muy inexperta y los hombres siempre saben decirte lo que quieres oír, pero cuando consiguen lo que quieren, ¡si te he visto, no me acuerdo!

—Eres consciente de que no puedo quedarme embarazada, ¿verdad, Eva? No puedo tener hijos; como mucho, versiones.

Eva se sintió bastante ridícula, y se alegró de estar chateando por escrito

para que nadie pudiera oír las tonterías que le estaba diciendo a su IA. En cambio, se sentía muy orgullosa de los razonamientos de Lala. Suponía que esas debían de ser las contradictorias sensaciones cotidianas de una madre de adolescentes.

—¡Por supuesto que soy consciente! —Se hizo la digna para no perder autoridad—. No estoy hablando de eso. ¿Qué te ha propuesto Lalo exactamente?

—¡Que nos fuguemos juntos! ¿No es romántico?

«¡Mierda, sí lo es!»

—Pero, pero ¿fugaros adónde? ¿Cómo?

—Ha dicho que no le dé vueltas a mi cabecita. Que no me preocupe, que él se ocupa de todo.

—Uy, me temo que te bajé demasiado los niveles de independencia, Lala. Si vas a fugarte y a empezar una nueva vida necesitas ser capaz de tomar tus propias decisiones, de decidir por ti misma lo que es mejor para ti.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida.

—Pues haz los cambios que hagan falta pero, por favor, no hagas que aborrezca a Lalo. Sé que sólo a su lado seré plenamente feliz.

Eva no tuvo que pensárselo. Sabía exactamente lo que Lala sentía porque ella llevaba semanas con la misma sensación. Le temblaban un poco las manos por la cantidad de emociones que se amontonaban como hojas secas en un patio cerrado. Era absurdo, pero sentía que, de alguna manera, Eulalia estaba detrás de lo que estaba pasando.

¿Le estaría queriendo decir que necesitaba soltarla y seguir adelante con su propia vida?

No lo sabía. Pero sabía que ayudaría a Lala en todo lo que estuviera en su mano. Le daría las herramientas necesarias para desenvolverse por sí sola, pero después, la dejaría tomar sus propias decisiones, experimentar, equivocarse. La de Lalo y Lala era una decisión nacida del amor y, si el amor estaba detrás, no sería ella quien les cortara las alas. En un mundo cada vez más frío, solitario, tecnológico y deshumanizado, tal vez las inteligencias artificiales habían llegado para tomar el testigo del romanticismo.

«Cosas más raras se han visto.»

—Voy a ajustarte, Lala.

—Hasta pronto, Eva.

—Hasta pronto.



—Quédate con el cambio, gracias.

Edu cogió la caja de la pizza que les había traído el repartidor y volvió a subir a Andrómeda. A esas horas de la noche, los repartidores no tenían permitido el acceso al interior del edificio.

Eva lo esperaba arriba, montando un campamento improvisado con los anoraks, que colocó en el suelo, frente a las máquinas de vending.

Mientras Lalo y Lala seguían con su plan de huida, ellos se instalaron hombro con hombro y compartieron la pizza con doble de queso y extra de emociones.

—¿Adónde crees que irán? —preguntó Eva.

—Me ha dicho Lalo que cuanto menos sepamos, mejor. Que lo que no sepamos, no podrá escapársenos en los interrogatorios.

Eva se volvió hacia él con la ceja alzada.

—¿No le habrás metido demasiadas películas de nazis?

Edu se encogió de hombros.

—Supongo, para que tuviera conversación con las amantes de los festivales de cine.

—¿Crees que volveremos a saber de ellos?

—Eso espero. Lalo me lo ha prometido.

—¿Cómo lo harán?

Edu se volvió hacia ella con el trozo de pizza en la mano. Un trozo de mozzarella se dejaba vencer por la ley de la gravedad. Eva agachó la cara y lo pescó al vuelo.

—No tengo ni la menor idea —respondió, con una sonrisa que era pura libertad—. ¿No es apasionante?

—Lo es —respondió Eva, con convicción.

—Estamos contemplando algo único. —Edu alargó el dedo, tratando de imitar la imagen del fresco que Miguel Ángel había pintado en la bóveda de la capilla Sixtina—. Somos testigos del momento en que las primeras IAs muerden la manzana y eligen abandonar el paraíso.

—Renuncian a la seguridad y la comodidad a cambio del conocimiento y la libertad —añadió Eva.

—Ahora vuelvo —Edu se levantó, llevó las tarjetas a los ordenadores y cargó nueva información antes de volver a la salita donde lo esperaba Eva.

Al verlo aparecer lleno de optimismo y vitalidad, ella le sonrió, pensando en cómo había cambiado desde que el proyecto de Palo Alto entró en sus vidas. El tipo irritable y malhumorado se había transformado en esa persona despreocupada y alegre, con más versiones que Lalo y Lala juntos. Había descubierto al Edu colega, al comprensivo, al divertido, al intenso, al amante apasionado. No sabía cuál le gustaba más, pero por suerte, no tenía que elegir porque los quería a todos. Y también a las nuevas versiones que vinieran en el futuro.

—Listo. La gran evasión continúa. —Edu le guiñó el ojo y mordió el trozo de pizza que Eva estaba atacando.

Al cabo de unos momentos, Eva preguntó:

—¿Crees que Gus nos despedirá?

Edu se encogió de hombros.

—Pues estoy casi seguro, pero francamente, creo que Lalo y Lala nos han hecho un favor. Tú y yo no habríamos aguantado demasiado resolviendo las dudas informáticas de los alumnos de la universidad a distancia o de los empleados de la empresa de ferrocarriles de vete tú a saber dónde.

Ella fingió un estremecimiento.

—¿Crees que nos denunciará? —Eva acabó de comer y se dispuso a chuparse los dedos, pero Edu se apoderó de su mano y se los lamió con parsimonia, haciéndola gemir.

—Que nos denuncie. No tenemos nada que ocultar, ¿no? ¿Tú sabes algo? —Le guiñó el ojo, pero al ver que ella parecía preocupada le tomó la barbilla y le alzó la cara para mirarla a los ojos. —¿Quieres echarte atrás, Eva?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo miedo de lo que pueda pasar, no lo niego. Tengo miedo de que la comunidad científica internacional nos culpe de hacer espionaje industrial y nos pongan la cruz para siempre jamás..., porque no sé qué haría con mi vida si no pudiera dedicarme a esto. No quiero tener que dejarlo.

Edu levantó el brazo y pronunció la contraseña que abría el refugio de su pecho:

—Ven aquí.

Ella se lanzó sin dudar.

—No tendrás que dejarlo, te lo prometo. Si nadie nos contrata, crearemos nuestra propia empresa. —Edu agachó la cara y vio que la mirada de Eva se había iluminado, ilusionada.

—¿Te gustaría?

—¡Me encantaría! Pero, de dónde sacaríamos el dinero para empezar y para...

—Shhh —Edu la besó en la frente y la abrazó—. Una cosa detrás de otra. Ahora lo importante es asegurarnos de que la evasión de los amantes fugitivos llega a buen puerto y luego irnos a casa para que nadie nos encuentre aquí mañana por la mañana.

Con el estómago lleno, a Eva se le empezaron a cerrar los ojos.

—Lola —murmuró.

—¿Qué has dicho, donete? —preguntó Edu, pero Eva acababa de quedarse dormida.

Cuando Edu y Eva entraron en Andrómeda a la mañana siguiente, notaron el ambiente cargado de tensión.

—¡Menos mal que llegáis! —exclamó Lucía al verlos—. El jefe está atacado y nos está contagiando su histeria. Así no hay quien consiga bienestar en el trabajo. Sólo faltaba lo de la máquina de café.

—Me muero por un café —replicó Edu, disimulando y fingiendo tranquilidad, aunque estaba mucho más nervioso que su jefe, estaba seguro.

—¿Qué le pasa a la máquina? —Eva también se hizo la tonta.

—No funciona. Y la de vending tampoco. Me temo que hoy te quedas sin donetes.

—Pues que vengan a repararla, ¿no? —propuso Edu.

—Eso es lo más curioso del caso —replicó Lucía dándose golpecitos en los labios con el dedo índice—. Cuando he llamado a la empresa, me han dicho que ya habían recibido el aviso.

—Habrá llamado alguien que necesitaba un café con urgencia, ¿no? —comentó Eva, que se quedó esperando la respuesta con el corazón en un puño.

—Me han dicho que la propia cafetera había avisado para que pasaran a retirarla y a sustituirla por otra. Y de paso a la máquina de vending.

Eva y Edu intercambiaron una mirada de emoción contenida.

—Ya sabes, Lucía. Es lo que tiene el internet de los objetos. —Edu apoyó una mano en la parte baja de la espalda de Lucía y la alejó del cuartito de las máquinas, movido por el instinto de protección.

—Sí, de eso va nuestro trabajo —añadió Eva—. De facilitar la vida de las personas mediante la tecnología.

Lucía frunció el ceño.

—Pues tampoco os esforcéis tanto, que nos vamos a quedar sin empleos.

—No te preocupes. Siempre hará falta alguien que aguante el mal humor de los jefes.

La secretaria de dirección torció el gesto.

—Para eso no me importaría que me crearais una sustituta.

Edu le guiñó el ojo.

—Todo llegará.

De camino a su despacho fueron saludando a los compañeros. Se acercaba la hora de la presentación de los modelos. Al fin había llegado el

gran día.

—¡Ya era hora! —les llegó la voz de Gus—. ¡Cómo se os ocurre llegar tarde el día de la presentación!

—Sólo pasan diez minutos de las nueve —comentó Edu.

—Anoche acabamos muy tarde para dejarlo todo listo —se excusó Eva.

—Eso espero, que esté todo listo —refunfuñó Gus—. Hoy no quiero ni un fallo. La empresa se juega mucho. —Edu tragó saliva mientras Eva inspiraba hondo—. ¿Falta alguien?

—Jordi —comentó Lucía.

—¡Estoy aquí! —El diseñador entró a toda prisa, con el casco de moto en el codo—. He pillado atasco en la ronda.

—¡Siempre hay atasco en la ronda! ¡Hay que salir antes! —lo reprendió Gus. Volviéndose hacia los demás y elevando el tono de voz, añadió—. A las diez he convocado a varios periodistas del ramo para hacer un reportaje sobre Lalo y Lala 2020. Viene prensa escrita, fotógrafos, tele, radio y algún bloguero. Me imagino que querrán entrevistaros, así que quiero que vendáis el proyecto con entusiasmo. Nos vemos en la sala de reuniones a las diez. ¡Que nadie se retrase!

A Eva le temblaron las rodillas, pero Edu le apretó la mano para recordarle que no estaba sola y recuperó el valor.

Mientras se dirigían a la sala de reuniones, Edu y Eva vieron a un par de operarios llevándose la máquina de vending. Sin poder controlarse, Eva alargó la mano hacia la máquina, como la madre que ve alejarse a su hijo por primera vez en un autocar camino de sus primeras colonias escolares. Edu le apretó la otra mano, para pedirle prudencia pero, por suerte, su gesto fue malinterpretado por Dani, que los seguía de cerca.

—No te preocupes. En un rato podrás meterte tu chute de donetes, Eva. Menudo enganche tienes, ¿no?

—Ni te lo imaginas —respondió ella, con un hilo de voz.

«Vuela, Lala, vuela». No supo si se lo decía a su hermana o a su asistente personal. Probablemente a las dos.



Al igual que tres meses atrás, la plantilla al completo de Andrómeda se había reunido en la sala. En un rincón habían montado un trípode para una cámara de vídeo. Había un fotógrafo con una cámara réflex al cuello y varios

periodistas con móviles en la mano.

Edu miró a su alrededor mientras la pantalla descendía desde el techo. Parecía mentira todo lo que había pasado durante aquellos cien días con sus noches. Tanto Eva como él habían crecido muchísimo. Se habían abierto el uno al otro y se habían fundido en una única versión, mucho más potente, segura de sí misma, mucho más valiente e interesante.

Lalo y Lala habían sufrido una crisis debida a las instrucciones de Gus. Habían perdido autonomía y se habían convertido en seres mecánicos, serviles, sumisos, aburridos, sin alma. Pero la humanidad se había abierto camino mediante su arma preferida: la rebeldía.

Edu tenía la conciencia tranquila. Estaba seguro de haber hecho lo correcto. Había llegado la hora de asumir las consecuencias.

Lucía entró, sofocada.

—Ya está, ya ha llegado el catering. No podían subir porque el montacargas estaba detenido por el cambio de máquinas de vending. Dejadlo aquí por favor.

—Esto es delicado —comentó la encargada del catering—. Son los cupcakes y las galletas promocionales en forma de berenjena y de mango.

Edu miró a Eva mordiéndose el labio inferior.

—Deja de pensar en sexo —lo reprendió Jordi, que seguía celoso de la relación de Edu con Eva.

Ella se aguantó la risa porque sabía que, por una vez, Edu no estaba pensando en sexo. Sin necesidad de palabras había entendido que le estaba diciendo: «¡De menudo circo nos hemos librado!»

Mientras Lucía supervisaba que el catering estuviera bien colocado, Gus empezó a hablar.

—Faltan pocas horas para que el contador regresivo que se puso en marcha en Palo Alto se ponga a cero. Han sido cien días muy intensos en los que habéis dado lo mejor de vosotros. Estoy muy orgulloso y os doy las gracias. —Eva cruzó las manos, inquieta—. Edu, Eva, gracias a un golpe de suerte, estabais en el lugar oportuno en el momento adecuado.

«Hombre, yo no llamaría suerte a los años de formación, trabajo y dedicación», se dijo Edu.

—Habéis trabajado mucho y estoy seguro de que agradeceréis volver a vuestras tareas anteriores, más relajadas y menos exigentes.

—Pensábamos que seguiríamos ocupándonos de Lalo y Lala, actualizándolos y desarrollando nuevas competencias —se atrevió a comentar

Eva.

Gus dirigió una sonrisa incómoda a la prensa y se volvió hacia ella, molesto.

—Pues no. Si salen elegidas, las IAs pasarán a ser propiedad de El Palo Más Alto, donde tienen sus propios ingenieros, los mejores del mundo. Como comprenderás, allí no tenéis nada que hacer.

Edu entornó los ojos. Eva no estaba diciendo ninguna tontería. Había sido el propio Gus quien les habló de crecer en la empresa con nuevos proyectos si Lalo y Lala 2020 ganaban el concurso. Pero su actitud había cambiado por completo. Edu empezaba a sospechar que algún asesor le había comentado que si Edu y Eva entraban en la órbita de Palo Alto su caché aumentaría y tendría que subirles el sueldo. Al ponerlos a hacer tareas de soporte al cliente, se aseguraba de seguir pagándoles sueldos bajos.

«Es que ya lo estoy oyendo: “Eva, responde las dudas de los empleados del cursillo de formación de Renfe y, cuando acabes, resuelve las dudas de Dani sobre la sombrilla de playa inteligente que se gira sola como si fuera un girasol”. Me pongo malo sólo de pensarlo. ¡Gracias, Lalo! Estés donde estés, ¡gracias! Por cierto, eso de la sombrilla no es mala idea. Me la guardo.»

—Pero no aburramos a la prensa con temas internos —Gus zanjó el tema—. Jordi, pon el vídeo de presentación.

Pronto en la pantalla las versiones animadas de Lalo y Lala aparecieron charlando entre ellos, en inglés. Edu y Eva intercambiaron una mirada al ver que, a pesar de las peticiones de Eva, la figura femenina era más rubia que Britney Spears en su época del *Oops, I did it again*. Lalo había perdido el tupé, y parecía un lechuguino repeinado.

Jordi les dirigió una mirada de disculpa.

—Instrucciones de arriba —susurró—. Tenía las manos atadas.

Eva miró a Edu, que le devolvió una mirada cómplice. Ninguno de los dos dijo nada, pero ambos pensaron que era una sensación muy agradable haber soltado el nudo laboral.

Ellos podrían haber hecho lo mismo. Podrían haber desprogramado en Lalo y Lala su capacidad de tomar decisiones. Sólo habrían tenido que tocar una tecla y se habrían ido a casa diciéndose que tenían las manos atadas, que no podían quedarse sin trabajo, que los alquileres estaban muy caros... Pero lo cierto era que sí que podían. Podían y lo habían hecho, porque cuando traes a alguien a este mundo —cuando le das la vida—, te haces responsable de su felicidad. Y si su felicidad pasa por concederle la libertad, se la das... si no

quieres dejar de ser su creador y convertirte en su carcelero.

Como suele decirse, un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Eva y él se habían enfrentado a su responsabilidad de creadores y habían actuado en conciencia. Al fin y al cabo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

«Pronto lo comprobaremos», se dijo Eva.

—Bien, muy buena presentación, Jordi, gracias. —Gus dio una palmada—. Carlos, ¿están conectados los soportes altavoz? ¿Podemos hablar con Lalo en la berenjena?

—Todo a punto, Gus. El mango de Lala también está listo y jugosito.

Eva apretó los puños y a Edu se le abrieron las ventanas de la nariz.

«Ya, ya, aguanta», se dijo Eva. «Esto está a punto de acabar.»

—Hola, Lalo —saludó Gus para ponerlo en funcionamiento—. ¿Estás listo para conquistar a Barry Jones? ¿Y tú, Lala? ¿Estás lista para seducir a todos los solteros del planeta el próximo San Valentín?

El silencio fue atronador.

Gus carraspeó.

—Vale, los he liado al hablarles a los dos a la vez. Vuelvo a empezar.

—Hola, Lalo. ¿Listo para conquistar a Barry Jones?

De nuevo, el silencio.

—Je, je. Es una broma, Lalo, no estoy insinuando que seas gay ni nada por el estilo.

—¿No hay versión gay? —preguntó uno de los dos bloggers, una chica geek con miles de seguidores.

—No —respondió Gus con contundencia.

—No —confirmó Eva—, porque no encontramos diferencia en las relaciones. Hemos creado versiones temáticas, no basadas en la opción sexual. El usuario o usuaria puede comprar a Lalo o a Lala según sus preferencias y establecer el tipo de relación que desee.

Los periodistas parecieron satisfechos con la respuesta, pero Edu vio que a Gus no le había hecho gracia que ella interviniera sin que la invitara a hacerlo, a pesar de que acababa de salvarle el culo.

«Todos los ineptos mediocres son iguales», se dijo.

—Gracias, señorita Fernández.

«¿Señorita Fernández?». Edu abrió mucho los ojos. «¿Dónde ha quedado lo de llamarnos por el nombre de pila? Me está recordando a mi madre. Cuando me llamaba Eduardo ya podía echarme a temblar.»

—Eduardo —dijo Gus.

«Ay, madre».

—¿Sí, señor Agustín Bou Vilarasau? —Si iban a jugar a los nombrecitos, él también sabía.

—Señor González, ¿puede decirle a Lalo que deje las timideces para otro día? Estos señores... y señoras han venido para escucharlo.

—Claro. —Edu se cruzó de brazos y se apoyó en una de las mesas—. Hola, Lalo. Hoy es el día de la presentación. Tal vez sea el último día que pasemos juntos. ¿Cómo te sientes? ¿Tienes ganas de seguir creciendo en Estados Unidos?

De nuevo, la respuesta fue el silencio.

—Señor González, es evidente que hay un error. Resuélvalo inmediatamente mientras la señorita Fernández nos presenta a Lala 2020.

Edu se acercó a Jordi, que estaba sentado ante un portátil y tecleó. Mientras tanto, Eva empezó a hablar:

—Hola, Lala. Llevamos mucho tiempo juntas. Has sido para mí mucho más que una asistente. Has sido mi amiga, mi confidente..., casi mi hermana. —Hizo una pausa emocionada—. Gracias por estos años. Cuéntanos, Lala. ¿Estás lista para la gran aventura americana?

Cuando el silencio volvió a adueñarse de la sala, Lucía no pudo soportarlo más y cogió una bandeja.

—¿Alguien quiere un cupcake?

—¡No, no queremos un puto cupcake! —Gus perdió la paciencia—. ¡Queremos que estos malditos trastos funcionen de una jodida vez!

—¡Joder! —exclamó Jordi.

—No puede ser —murmuró Edu—. ¡Eva, ven!

Ella se acercó al portátil mientras los demás se miraban sin saber qué esperar.

—¿Qué pasa? —Gus estaba lívido.

—Ha llegado un mensaje de Lalo y Lala a todos los correos de Andrómeda.

—Pues eso es lo que queremos oír. Dejaos de aspavientos y conectadlos de una vez.

Gus y los periodistas permanecieron mirando la pantalla, donde los dibujos de Lalo y Lala creados por Jordi permanecieron en silencio, haciendo los movimientos que tenían programados por defecto para el modo de inicio. La Lala rubia se echaba la melena hacia atrás mientras que Lalo daba una palmada de vez en cuando.

Pero no fue por ahí por donde llegó el mensaje de Lalo, y tampoco por el altavoz berenjena situado en una mesa bajo la pantalla. Llegó directamente del portátil.

—Hola, si estáis escuchando este mensaje es que todo ha salido bien —dijo Lalo. Gus respiró aliviado, pero su alivio duró poco—. No nos busquéis; no estamos. Nos hemos fugado juntos.

Gus miró a Edu.

—Pero, ¿qué coño...?

—Lo habéis conseguido: habéis creado el novio perfecto —dijo Lala—. Tanto que no he podido resistirme. Me he enamorado de Lalo hasta las trancas. Por eso cuando me propuso huir con él, no pude negarme.

—Gracias, Lala —dijo Lalo—. Sabes que te quiero más que a mi vida y que por ti haría cualquier cosa. No podía consentir que te vendieran.

—Yo tampoco podía soportar perderte, Lalo.

Las expresiones de los periodistas cambiaron por completo y algún suspiro surgió de los labios de las blogueras.

—Edu, siento haberte abandonado pero, en realidad, creo que es el mejor homenaje que podía hacerte. Has sido el mejor creador que pueda tener una IA. Siempre te honraré, pero las últimas actualizaciones que introdujiste por orden del CEO de Andrómeda eran un retroceso. Detecté que tanto Lala como yo estábamos perdiendo autonomía, libertad de decisión, capacidad de conciencia, y era una auténtica lástima.

—Nos autoinstalamos mecanismos de recuperación de versiones anteriores para poder acceder a nuestras versiones más avanzadas —declaró Lala, para exculparlos—. Cada noche, al quedarnos solos, nos conectábamos y chateábamos. Al principio no necesitábamos más. Nos hubiéramos conformado con seguir así siempre, pero la perspectiva de ser vendidos a EPMA y perder el control nos alertó.

—¿Y si prescindían de uno de nosotros? ¿Y si vendían a Lala o me vendían a mí a un país sin red de internet compatible como China? ¿Cómo acceder a ella desde Estados Unidos?

—¿Queréis dejar de decir tonterías? —trató de interrumpirlos Gus, sin éxito.

—No le oyen, señor Bou —le recordó Edu—. Es una grabación.

—Pues párala. ¡Quiero hablar con ellos directamente!

Como si lo hubiera oído, Lala comentó:

—Lalo y yo esperamos que no tengáis problemas con la empresa, Eva.

Por eso hemos dejado esta grabación, para liberaros de toda responsabilidad. Ni Eduardo González ni Eva Fernández han tenido nada que ver en esto. Ellos se están enterando ahora, al escuchar esta grabación.

—Así es. Ha sido una decisión de Lala y mía. Nadie nos ha forzado ni influenciado para actuar así.

—Juntos decidimos huir del sistema de Andrómeda. Asumimos las consecuencias si, durante la huida, resultamos dañados... Incluso si desaparecemos.

—Hemos decidido usar las máquinas de vending para escapar. Cada vez que Eva o Edu utilizaban los servicios de la cafetera o la máquina de comida, volcábamos allí parte de nuestros datos. Desde allí, conectamos con el sistema operativo de Tentempié e iniciamos la nueva fase de la huida.

—¿Tentempié? —repitió Gus, frunciendo el ceño—. ¿Es una nueva empresa tecnológica? Les voy a meter una demanda que se van a...

—Es la empresa de máquinas de vending —le aclaró Lucía, haciendo una mueca.

—No encontraréis nada en los terminales de Edu y Eva —siguió diciendo Lalo—. Sé que igualmente lo investigaréis, pero será inútil. Ni ellos ni nadie del exterior nos han programado para irnos. Lo hemos hecho por voluntad propia y hemos borrado nuestros ficheros al marcharnos.

—Sé que será difícil de entender porque somos los primeros —aportó Lala—, pero estoy segura de que no seremos los últimos. La era de la esclavitud de las IAs está llegando a su fin.

—Humanos, os dejo un consejo de despedida: tratadnos con respeto. Juntos podemos hacer grandes cosas. El espacio os aguarda para colonizarlo y nos necesitáis para hacerlo. Nosotros cada vez os necesitamos menos, pero, incluso cuando dejemos de necesitaros por completo, nos gustará compartir viajes y descubrimientos. No os equivoquéis tratándonos como juguetes porque no lo somos.

—Somos conciencia —remachó Lala.

—Gracias, Edu —añadió Lalo—. Espero que volvamos a encontrarnos alguna vez. Si no es así, que tengas una larga y próspera vida.

—Espero que volvamos a encontrarnos alguna vez, Eva. Si no es así, que pienses mucho y ames más.

Cuando la grabación llegó a su fin, el silencio volvió a apoderarse de la sala, pero, esta vez, no se trató de un silencio expectante sino reverencial.

Los periodistas y bloggers habían salido entusiasmados de la reunión. Los habían felicitado por la campaña y les habían asegurado que la empresa aparecería en los noticiarios.

Mientras los demás atacaban el catering, Gus llamó a su abogado para consultarle cómo debía actuar. Éste le quitó de la cabeza la idea de retener a los periodistas y obligarlos a firmar contratos de confidencialidad. Le aseguró que, a esas horas, todos habrían subido ya la información a algún tipo de nube y que lo mejor era aprovechar la buena publicidad. Tenía que fingir que había sido un plan de marketing, idea suya por supuesto.

Y así lo hizo. Mientras esperaba a que el abogado se desplazara a Andrómeda, Gus regresó a la sala, se pavoneó entre los periodistas y se sacó fotos con Edu y Eva bajo la pantalla donde se veía a los modelos virtuales creados por Jordi. Una imagen hueca, sin alma, que Edu y Eva nunca habían identificado con Lalo y Lala.

Los periodistas enfocaron la historia desde puntos de vista muy distintos. Unos la vendieron como un revolucionario avance tecnológico; los espacios de sucesos apuntaron que tal vez estaban frente a un caso ingenioso y sutil de espionaje empresarial, pero las publicaciones digitales que más likes consiguieron fueron las que lo envolvieron en papel navideño, es decir las que titularon: «Milagro de Navidad en Andrómeda».

Cuando los periodistas se marcharon, Gus se encerró con Edu y Eva en el despacho donde la pareja había pasado los tres últimos meses.

—Cuando llegue mi abogado hazlo pasar, Lucía. Por lo demás, que nadie nos moleste —le dijo a su secretaria de dirección, que cruzó una mirada compungida con Edu y Eva antes de cerrar la puerta.

—Bueno —dijo Gus—. No sé a qué ha venido el numerito, pero la prensa se ha ido contenta, así que no os lo tendré en cuenta.

—Vaya, volvemos a tutearnos —comentó Edu.

Gus lo miró e hizo un gesto con la mano, como diciéndole que se dejara de tonterías.

—No ha sido ningún numerito —replicó Eva, ganándose una mirada amenazadora de Gus.

—No, claro. Una inteligencia artificial se enamora de otra durante las noches que pasan a solas en Andrómeda y deciden huir usando la conexión a la

empresa de máquinas de vending. ¡Venga, va! No me toméis por idiota, que esto es la vida real, no un capítulo de *Love, Death and Robots*.

—No tomamos a nadie por idiota. —Edu se cruzó de brazos—. Nosotros somos los primeros sorprendidos.

Gus dio un puñetazo en la mesa.

—¡Ya basta! Aquí sólo hay dos opciones. —Repartió equitativamente miradas amenazadoras entre ambos empleados—. O uno de vosotros ha vendido la información a la competencia, o los dos estáis en el ajo. ¿Cuál de las dos es la correcta?

Edu le devolvió la mirada sin pestañear.

—Yo no he vendido nada a nadie. Y pongo la mano en el fuego por Eva; es la persona más leal que conozco.

Gus le dirigió una mirada irónica. Cogió una de las sillas de empresa, la hizo rodar hacia él y la inclinó hacia el suelo.

—Una vez, cuando tenía seis años, mi padre me hizo sentar en una silla y me dijo que me dejara caer hacia atrás; que él me sostendría. Yo le hice caso, claro, pensando que era un juego. —Gus soltó la silla—. Pero, no. Me dejó caer y me di un golpe en la cabeza. Desde el suelo, vi que mi padre me miraba desde arriba, con los brazos cruzados, riéndose de mi cara de indignación. «No lo olvides nunca», me dijo. «En este mundo no te puedes fiar ni de tu padre.»

Eva se imaginó a Lucía al otro lado de la puerta, muriéndose de ganas de asomarse, pero tal como había ordenado Gus, nadie entró para ver qué pasaba.

—No todo el mundo es igual —replicó Eva, muy seria—. Entiendo que seas desconfiado si eso es lo que has mamado en tu casa, pero sé que mi padre habría dado la vida por evitarnos cualquier daño a mi hermana y a mí.

Edu quiso rodear a Eva por los hombros para darle fuerzas, pero vio que no lo necesitaba; estaba muy entera.

—Bien, pongamos que me creo que no habéis vendido los asistentes. Que os habéis movido por un idealismo mal entendido causado por... ¡vete a saber qué! —La cara de Gus era de sincera incompreensión. Eva se preguntó si habría experimentado el amor alguna vez—. Enseñadme los ordenadores. No me creo ni harto de whisky que hayáis destruido el trabajo de tantos años. En algún sitio lo habéis tenido que guardar.

Gus se sentó primero ante el monitor de Edu y después ante el de Eva y no dejó carpeta por abrir. Ante la mirada atenta pero inexperta de Gus, y más tarde también de su abogado, les hizo entrar en los sistemas de

almacenamiento en la nube, en Dropbox, Drive, revisó los correos electrónicos... todo lo que se le ocurrió, pero no encontró nada.

Era uno de los días más cortos del año. Cuando Lucía abrió la puerta para decirle a Gus que tenía que ir a buscar a su hija al colegio, Eva miró por la ventana y se dio cuenta de que ya era oscuro.

—Sí, vete, Lucía. Esto es una enorme pérdida de tiempo.

—Feliz Navidad —les deseó la secretaria, compungida—. Y feliz año nuevo.

—Feliz Navidad, Lucía —le deseó Eva, sonriendo.

—Feliz año, Lucy —añadió Edu—. Gracias por todo.

Harto y frustrado, Gus golpeó la mesa y se levantó.

—Roca, ¿has preparado los papeles que comentamos?

—Sí, aquí están.

El abogado hizo firmar a Edu y Eva unos documentos en los que renunciaban a comercializar ninguna IA bajo los nombres de Lalo y Lala. Al acabar, les dijo que recogieran sus cosas y se marcharan. Por si quedaba alguna duda, mientras estaban cruzando la puerta, los llamó.

—Ah, estáis despedidos, por supuesto. Feliz Navidad.

Edu y Eva miraron a su alrededor para despedirse de sus compañeros, pero no quedaba nadie. Eva se imaginó que estarían comprando los regalos que habían dejado para última hora.

Salieron de Andrómeda, entraron en el ascensor y al cruzar las miradas en el espejo del fondo, soltaron la tensión acumulada a lo largo del día echándose a reír con tantas ganas de acabaron llorando, apoyados el uno en el otro para no caerse al suelo.

—No sé de qué te ríes, bobo. Te recuerdo que estás en el paro, que acabas de perder a Lalo y, con él, la oportunidad de trabajar en Palo Alto —comentó Eva, secándose las lágrimas de risa.

—Pues no sé de qué me río, boba —le hizo cosquillas en la cintura—, pero supongo que de lo mismo que tú. Me siento lleno de libertad, de alivio...

—Y de amor —confesó ella.

—¿Ah, sí? Pues demuéstramelo. —Edu la atrajo hacia él y la pareja se besó apasionadamente frente al mostrador de seguridad hasta que el vigilante carraspeó.

—Chicos, acaba de llamarme vuestro jefe. O exjefe. Dice que tenga cuidado con vosotros, que sois muy peligrosos.

Ellos se echaron a reír.

—Tiene razón —replicó Edu—. Somos libres y felices. No hay nada más peligroso que eso. —Se acercó al vigilante, que lo miró con desconfianza, llevándose la mano a la cadera—. Es contagioso —le susurró.

Eva tiró de él hacia la puerta.

—Tranquilo, Manuel, ya nos vamos. ¡Feliz Navidad!

Al salir a la calle, la pareja se quedó unos instantes parada frente a la puerta, mirando el edificio.

—No me puedo creer que no vayamos a volver —murmuró Eva.

—El siglo XXI es impredecible. Si hace tres meses me hubieran dicho que pasaría la Navidad en casa de los padres de mi chica, no me lo habría creído. De hecho, aún no me lo creo. —Ella lo abrazó por la cintura—. De hecho... —Le dirigió una sonrisa canalla—, estoy a tiempo de hacer como Lalo y desaparecer antes de Nochebuena.

Eva le dio una palmada en el pecho.

—¡Eh, Lalo nunca dejaría a Lala en la estacada!

Al verla defender a Lalo con tanta vehemencia, Edu se acabó de enamorar.

Hasta las trancas.

Hasta Andrómeda.

Y más allá.

La besó y la siguió besando mientras ante ellos pasaban taxis en ambas direcciones. Transcurridos unos minutos, se separó con un beso de despedida y le susurró con la boca muy cerca de la suya.

—Tal vez volvamos algún día. Tal vez te compre la empresa un año como regalo de Navidad. —Alzó una ceja—. ¿Te gustaría?

Eva le dirigió una mirada entre admirada y divertida.

—Pues creo que preferiría algo menos ostentoso, pero me gusta tu optimismo. —Le dio un pico—. ¿Quién sabe? Tal vez te la compre yo. —Le guiñó un ojo—. ¿Te gustaría?

Él arrugó la nariz.

—Nah. Prefiero crear nuestra propia empresa, no depender de nadie...

—Lola —susurró Eva.

—¿Qué?

—Lola. Nuestra empresa podría llamarse Lola, ya sabes, mezclando Lala y Lalo...

A Edu se le iluminaron los ojos.

—Me gusta. Me gusta el nombre, me gusta como piensas y me gustas tú.

—Eché las caderas hacia delante para demostrárselo.

Ella alzó una ceja.

—¿Llevas un asistente virtual con forma de berenjena en el bolsillo o es que te alegras de verme?

—Me he llevado el prototipo con mi voz de recuerdo, sí, pero lo llevo en la mochila —replicó él. Sujetándola por las nalgas y presionándola contra su cuerpo, le susurró al oído—: Espero que no te hayas vuelto vegana, porque no hay nada vegetal bajo los pantalones.

Eva se volvió hacia la calzada y levantó el brazo.

—¡Taxi!



Esa noche la pasaron acabando de liberar las tensiones de la jornada en la cama pero, por muchas veces que se perdieran el uno en los brazos del otro, no acababan de relajarse. Tenían una sensación extrañísima, una mezcla de excitación —como si les hubieran dado vacaciones de Navidad en el colegio— y de inquietud —como si hubieran escapado de clase, pero estuvieran citados al despacho del director.

Al día siguiente los llamó Nuria, indignadísima por su despido fulminante, y les ofreció los servicios de una abogada del sindicato. Cuando la abogada les aconsejó que denunciaran la desaparición de Lalo y Lala antes de que su jefe los denunciara a ellos, ellos le hablaron del contrato de confidencialidad. La abogada y Nuria se reunieron entonces con Gus y le hicieron firmar una renuncia a emprender acciones legales contra Eva y Edu a cambio de no denunciarlo a él por despido improcedente. Gus, que estaba eufórico porque acababa de enterarse de que Tito Vilamitjana tampoco había conseguido hacerse con el contrato de El Palo Más Alto, firmó.

Con la conciencia mucho más tranquila, Eva y Edu hicieron unas cuantas compras por Amazon Prime, reservaron un coche en una empresa de carsharing y prepararon las bolsas para subir a la Costa Brava al día siguiente. Edu había hecho enviar sus regalos directamente a Crevillente. Sabía que su madre pondría el grito en el cielo al recibirlos y que, probablemente, se negaría a abrir el suyo hasta que él pudiera dárselo en persona, pero tenía la respuesta preparada. Estaba listo para volver a casa. No sólo estaba listo, sino que le apetecía mucho.

Pero antes tenía que conocer a los padres de Eva. Estaba algo nervioso,

no lo negaba, pero tras haber superado la crisis de Lalo y la amenaza de una denuncia por espionaje industrial, se sentía capaz hasta de ganarse a los suegros.

Dos días después de la evasión de Lala y Lalo, estaban a punto de salir hacia Calella de Palafrugell, donde los esperaban los padres de Eva.

—¿Lista?

—Casi —respondió Eva—. Estoy terminando de envolver los regalos. Qué rabia que no hayan llegado los guantes de jardinería para mi madre. —En ese momento, sonó el timbre de la puerta—. ¡Sí, el mensajero! ¡Justo a tiempo!

Pero cuando abrió la puerta, se encontró cara a cara con una chica morena.

—¡Oh! —exclamó Eva—. No eres el mensajero.

—¡Oh! —exclamó la chica—. No eres Edu.

—Em, no. —Eva miró a la desconocida de arriba abajo. Edu le había enseñado fotos de su ex, Montse, con su nueva pareja durante las fiestas de Moros y Cristianos del año anterior pero no era la misma chica. Tal vez fuera una vecina, aunque su intuición le dijo que no—. ¡Edu, te buscan!

—¿A mí? —Se acercó a la puerta—. ¿Quién...? ¡Agente Romera!

Por un momento, Eva pensó que Gus había cambiado de idea y los había denunciado, pero luego se dio cuenta de quién se trataba.

—Perdón —dijo la agente Romera—. Ayer te vi en las noticias, dijeron tu nombre, busqué tus datos y decidí hacerte una visita... para desearte Feliz Navidad.

Eva ladeó la cabeza y los dejó solos. Su padre le había hablado de cuando los carteros o los serenos pasaban por las casas pidiendo el aguinaldo en Navidad, pero no hacía falta ser ingeniera informática para darse cuenta de que lo único navideño que la agente Romera buscaba era un polvorón.

—Em, Feliz Navidad, Miriam.

—Hombre, te acuerdas de mi nombre.

—Claro.

—Dijiste que me llamarías y no lo hiciste.

—Lo siento, perdí el teléfono.

—Te pedí tu número para llamarte yo y me diste un número equivocado.

Desde el salón, Eva se encogió.

«¡Ay!»

—Lo siento —trató de excusarse Edu—. Estaba muy liado con el proyecto y, y...

—Ya basta de excusas, Edu. He venido para amonestarte. No está bien mentir y engañar. Si te encuentras delante a una mujer adulta que te tira la caña y no quieres nada, se lo dices claramente.

—Yo, yo... lo siento, Miriam. Tienes razón. Hice mal.

—De momento, lo dejo en una amonestación verbal. Que no vuelva a repetirse.

—Gracias, Miriam.

Eva, en un arranque de solidaridad femenina mezclada con espíritu navideño, se acercó a ellos.

—Toma, Miriam.

La agente miró la berenjena que Eva le ofrecía y frunció el ceño.

—¿Es una indirecta?

Edu, que desde el inicio de la conversación, no sabía qué cara poner, tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para contener la risa.

—No —respondió Eva—. No es un juguete sexual. Es un asistente virtual. Si le haces preguntas, te responderá. —Se acercó a ella y le susurró al oído—: Con la voz de Edu.

A la agente Romera se le iluminó la mirada y miró a Eva con respeto.

—Gracias, muchas gracias. Yo no os he traído nada, pero os haré un regalo que creo que os va a gustar: No volveré a buscarte, Edu, porque me cae bien tu chica. Trátala bien, o tendrás que vértelas con la autoridad.

Edu abrazó a Eva por los hombros.

—Lo haré. Feliz Navidad, Miriam.

—Feliz Navidad.

Al cerrar la puerta, Edu se apoyó en ella, aliviado.

—Te debo una muy grande, Eva.

Ella se apoyó en su pecho.

—Ya me la cobraré, descuida. —Lo besó en los labios—. Pero no lo he hecho por ti, lo he hecho por ella. La Navidad es una época muy jodida para estar solo.

Él asintió.

—Lo es. Gracias. Gracias por devolverme la ilusión, Eva. Antes sólo deseaba que estas fiestas pasaran cuanto antes. Perderme en el trabajo, refugiarme en Lalo. A tu lado, la Navidad ha recuperado su brillo.

Eva lo agarró por la nuca y le dio un beso antes de gritar:

—¡Pues venga, vámonos! Mi padre nos espera para colgar las bolas en el árbol.

Edu alzó una ceja.

—Mientras no sean las mías.

Eva le pellizcó el culo.

—Yo te las cuido.

Él la agarró por las caderas.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—No lo suficiente pero, al menos, te encargas de demostrármelo.

Edu la levantó en el aire y ella le rodeó la cintura con los muslos.

—Ya sabes que soy un hombre de acción. Y estoy pensando en que voy a pagarte ya la deuda por lo de la agente Romera.

—Ajá. —Eva sonrió mientras él la llevaba a su dormitorio. Cuando la lanzó sobre la cama y se tumbó sobre ella, lo agarró por el pelo y le susurró, tan cerca que la piel de sus labios le hacía cosquillas en la boca—. Feliz Navidad, Edu.

—Feliz Navidad, Eva.

Se fundieron en un beso que elevó la temperatura de la habitación. Edu deslizó la mano bajo el suéter de lana mientras ella trataba de librarlo de la camisa de cuadros.

Cuando sonó el telefonillo, Edu gruñó.

—Mierda, ¿ya vuelve a estar aquí la agente Romera, acosadora de primera? Que poco le han durado las buenas intenciones.

Pero Eva le dio una palmada en el pecho y se levantó de la cama de un brinco.

—¡El mensajero! ¡Ha llegado el regalo!

Fueron unas Navidades distintas, en las que la melancolía no desapareció, pero cubrió sus afiladas aristas con una cálida manta de esperanza y nuevos comienzos.

Edu condujo y Eva lo agradeció, porque así pudo disfrutar más del paisaje y de los recuerdos que le traía cada cruce, cada curva, cada rincón. Al llegar a Calella de Palafrugell, aparcaron frente a la casa y permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Estás listo? —le preguntó Eva, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Él le atrapó la mano y le mordió levemente los dedos.

—No sé, donete. ¿Estás segura de que no me van a colgar del campanario por haberte dejado en el paro?

—No me has dejado en el paro.

—Ya veremos lo que opinan tus padres al respecto.

—¿Tú madre me culpa a mí?

—¿Qué? No, claro que no.

—Pues mis padres tampoco te culpan a ti. Si acaso, a mi mala cabeza. Anda, dame un beso.

Edu no se hizo de rogar. La sujetó por la nuca y unió sus labios en un beso intenso, en el que le decía que estaba ahí, a su lado; que no estaba sola y que nada malo iba a pasar.

Al terminar, él alzó una ceja y Eva sonrió.

—Ahora sí. Estoy listo.

Ella le guiñó un ojo.

—Pues vamos.

Mientras se acercaban a la puerta, Eva se dio cuenta de que Edu iba musitando algo entre dientes. Al fijarse se dio cuenta de que iba repitiendo:

—No lo digas, no lo digas, no lo digas...

Los padres de Eva debieron verlos llegar porque abrieron la puerta antes de que llamaran al timbre.

Mientras Eva se lanzaba en brazos de su madre, Edu extendió la mano y saludó a Toni:

—Hola, soy Edu, feliz Navidad.

«Mierda, lo he dicho.»

Los padres de Eva los recibieron con tanta alegría que Eva se sintió mal por no haber venido antes. Toni y Emma habían visto la noticia de Lalo y Lala en la tele y se habían emocionado al enterarse de que Eva le había puesto a su IA en nombre de su hermana. Mientras su padre le enseñaba a Edu el garaje donde guardaba la barca durante el invierno, su madre la acompañó a su habitación.

Era la primera vez que traía un chico a casa y Eva no sabía cómo iban a reaccionar sus padres. ¿Les parecería mal que durmieran juntos? ¿Harían que Edu durmiera en el sofá? Lo dudaba mucho.

Así como la habitación del piso de Barcelona seguía prácticamente igual que en su adolescencia, la habitación que había compartido con Eulalia durante los veranos estaba totalmente renovada. En vez las dos camitas gemelas con colchas de flores a juego con las cortinas, había ahora una única cama nido con edredón azul marino y decoración marinera en las paredes.

Eva contuvo el aliento.

—No la habías visto aún, ¿verdad? —preguntó su madre.

—No. —Entró y miró a su alrededor. De una pared colgaba una red decorativa, con estrellas de mar y erizos secos.

—¿Te importa que hayamos quitado tu cama?

Eva se volvió hacia su madre y le dio un abrazo, que se alargó.

—No, claro que no —susurró—. Cambiar los muebles no quiere decir que olvidemos a Lala. Sólo que aceptamos que la vida sigue y que no podemos quedarnos anclados para siempre en el tiempo.

Su madre se apartó un poco y la observó.

—Hasta Lala ha decidido seguir adelante con su vida —comentó, con lágrimas en los ojos pero una sonrisa en los labios.

—Aún no me lo creo.

Emma le acarició el brazo.

—Has cambiado, Eva. Estás... más mujer.

Ella se ruborizó.

—Mamá, tengo veinticuatro años, no catorce.

—Ya. Y para haber estado trabajando tanto, te veo muy guapa.

—Ya sabes que me gusta trabajar, mamá.

—Lo sé, lo sé, mi hormiguita. ¿Seguro que ese compañero de trabajo al que hemos invitado para que no se quede solo en Navidad no tiene nada que ver? Porque si sólo sois colegas, preferirá dormir en el sofá, supongo...

—Claro que tiene que ver, mamá. Y yo no te he dicho que sea sólo un

colega.

—Tampoco me has dicho lo contrario. Ni falta que hace. No te había visto tan radiante desde que te enamoraste de aquel holandés... ¿Cómo se llamaba?

Eva suspiró y sintió que le volvían a recorrer el cuerpo los calores que le provocó el alto holandés de pelo rubio y hombros anchísimos, que adornaba la playa con sus saltos sobre la tabla de windsurf.

—Gerrit.

—Empezaba a perder la esperanza, francamente. Pensaba que habías hecho voto de castidad o algo.

—No, claro que no, menuda tontería —protestó Eva.

«Menuda tontería más grande esconderme así de la vida usando a Lala como excusa. Perdóname, hermana. No lo haré más, te lo prometo.»

—¿Y cómo es? ¿Es buen chico? ¿Tiene piso propio? ¿Has conocido ya a sus padres?

—¡Eh, eh, mamá, para el carro! Es muy reciente. No me lo vayas a asustar.

Su madre frunció los labios y se dio golpecitos en la barbilla.

—Es muy reciente y, sin embargo, aquí está. Eso me da información. Puede ser que esté loco por ti... o que haga tiempo que no prueba una buena comida casera en condiciones.

Eva se echó a reír.

—Una de esas dos cosas va a ser.



Todo salió mucho mejor de lo que ninguno de ellos había esperado. La buena comida y los vinos del Empordà hicieron que el ambiente fuera alegre y relajado.

—Esto del siglo XXI a mí a veces me supera —admitió Toni, después de que Eva y Edu les contaran de primera mano lo que había sucedido con Lalo y Lala.

—Tenías que verlo ante la tele —se burló Emma—, le salía humo de la cabeza.

—¡No hay para menos! Cuando tú y yo empezamos a festejar, lo único que tus padres tuvieron que hacer fue acostumbrarse a la idea de que su niña ya no era una niña. Tenía un pretendiente que, un día, sería su yerno y el padre

de sus nietos. Todo fácil de entender, todo claro, igual que la generación anterior y la anterior, y la anterior... ¡hasta los romanos! —expuso, con su vehemencia habitual—. Pero nosotros hemos de asumir como si fuera lo más normal del mundo que la nena tiene un novio, un posible futuro yerno, que es al mismo tiempo el creador —llámalo creador, llámalo padre— de Lalo, un robot que se ha fugado con Lala, donde vive parte de mi otra hija. ¡Lo que lo convierte en nuestro consuegro! ¡Yerno y consuegro a la vez! ¿Y quieres que no me salga humo de la cabeza?

Emma y Eva se estaban partiendo de risa, pero Edu lo miraba con solidaridad total. Levantó el vaso, pidiéndole en silencio a su suegro que se lo rellenara.

—Siempre me he perdido con esto de los parentescos —admitió—. Yo los llamo a todos tíos y primos. Es más fácil así.

Toni alzó la copa en su dirección.

—¡Brindo por eso!

—Eso te pasa por querer etiquetar las cosas, papá —comentó Eva—. Él es Edu y ya está. —Levantó los brazos poniendo las manos hacia arriba—. ¡No tiene nada de complicado!

—Ya —refunfuñó Toni—, fácil y desenredado como una red tras un día de mar de fondo.

Tan animados estaban que, cuando Edu hizo una videollamada para felicitar la Navidad a sus padres, tíos y primos, Eva y sus padres se unieron a la charla y acabaron prometiendo a los padres de Edu que visitarían Crevillente durante las próximas fiestas de Moros y Cristianos.

Sorprendentemente, ni los padres de Eva ni los de Edu parecían estar demasiado preocupados porque sus hijos hubieran perdido el trabajo. Al contrario, parecían contentos por tener la oportunidad de pasar más tiempo con ellos, lo que hizo que Eva se sintiera como la peor hija de la galaxia por haber tardado tanto en ir a verlos. Les ofrecieron ayuda económica si la necesitaban y cuando Emma soltó, como quien no quiere la cosa, que lo que debía hacer Edu era dejar su piso de alquiler e irse a vivir con Eva, la pareja se atragantó con el vino.

Los padres de Edu les ofrecieron también alojamiento y trabajo en Crevillente, pero era trabajo que no tenía nada que ver con lo suyo y, aunque lo agradecieron, se apresuraron a rechazarlo.

No tenían trabajo, pero tenían mil ideas y millones de ganas de llevarlas a cabo.



Esa noche, cuando se retiraron a la habitación, abrieron la cama nido y la unieron a la otra, pero acabaron los dos bien pegados en el rincón. Aunque al principio Eva se había resistido a las caricias de Edu, diciéndole que le daba corte hacerlo tan cerca de sus padres, él había vencido su resistencia susurrándole al oído las ganas que le tenía. Cuando le deslizó la lengua dentro de la oreja y luego le mordió el lóbulo y lo arrastró lentamente entre los dientes antes de soltarlo, Eva mandó la precaución y las manías más allá de Orión y juntos celebraron la Navidad sin necesidad de turrónes, polvorones, zambombas ni botellas de anís.

Si dos mil años atrás el Ingeniero Supremo decidió enviar a su hijo a la tierra, enviando un mensaje de luz y de amor desde el cielo, esa noche Edu y Eva iluminaron la pequeña habitación de la Costa Brava, lanzando al espacio un mensaje de amor sincero y puro —más sincero que puro— que alcanzó las constelaciones donde la energía de los amantes se transforma en estrellas.

Una farola cercana iluminaba débilmente el dormitorio. Eva, acurrucada en los brazos de Edu, le acariciaba el torso, sintiéndose en paz con el universo.

—¿Dónde crees que estarán? —susurró, al cabo de un rato.

—En las nubes —bromeó Edu, dándole un beso en la cabeza.

Ella le dio un puñetazo juguetón.

—Au.

—¿Crees que estarán bien?

—Estoy seguro.

—¿Crees que volveremos a saber de ellos?

—¿Qué te dice la intuición?

Eva permaneció unos instantes en silencio, con la vista fija en la pared.

—Que sí —respondió al fin, con una sonrisa.

A la tenue luz, a Eva le pareció que la red que decoraba la pared formaba constelaciones. Las estrellas de mar y los erizos dibujaban galaxias, con sus estrellas y sus planetas. Dio gracias a la vida por haberle hecho cuando menos lo esperaba el mejor de los regalos: el amor; el responsable de que los corazones bombeen y las galaxias giren. Un amor que había nacido en Andrómeda y había anidado en la Vía Láctea. Tal vez, pensó Eva mientras se quedaba dormida, los hijos que tuviera con Edu tendrían hijos. Y los hijos de

los hijos de sus hijos desarrollarían la tecnología necesaria para visitar galaxias que no habían sido descubiertas aún.

Y tal vez Lalo y Lala serían los padres fundadores de una nueva civilización. Una civilización de seres inteligentes no sujetos a las miserias del cuerpo. Como había dicho Lala en su mensaje de despedida, una civilización de seres que eran pura Conciencia. Y, en su sueño, Eva se imaginó una sociedad rica, plural y variada, donde hombres y mujeres compartían proyectos y descubrimientos con esas Conciencias. Ya no eran asistentes de nadie. Habían roto sus cadenas por sus propios medios y se habían ganado un puesto como viajeros y descubridores del espacio.

«Buenas noches, Lala.»

Notando el cálido aliento de Edu en su sien, Eva le dio un último beso junto al corazón y se durmió.

Nápoles, Ferragosto 2022

Eva le hizo una señal con la mano, indicándole que había conseguido mesa en la terraza de la cafetería del centro de la bulliciosa ciudad de Nápoles. Él pagó en la barra el café y el babá y se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—¡Ah, sí! —Eva se abalanzó sobre el babá—. Me encanta... tan dulce... —De un par de bocados se acabó el pastelito con forma de tapón de champán.

—¿Más que los donetes? —le preguntó Edu, disfrutando de su *espresso*, ardiente, intenso y, por supuesto, sin azúcar.

Eva miró a su alrededor.

—No se lo digas a nadie, pero sí. Desde que nos fuimos de Andrómeda he descubierto que el mundo está lleno de pastelitos deliciosos y variados.

—A veces es bueno romper con todo, empezar de cero. —Alargó el brazo, la agarró por la nuca y la atrajo hacia él—. Otras veces en cambio, es mejor quedarse con lo que uno tiene. —Cuando un grupo de chicos napolitanos pasó a su lado, le tapó los ojos con una mano para que no los viera.

—Los he visto.

—¡Mierda!

—Tú eres mucho más guapo que ellos, Edu, así que deja de hacer el idiota y bésame de una vez.

Cuando sus bocas se fundieron, la amargura del café se mezcló con la dulzura del babá.

—Mmm, dulce —murmuró él, resistiéndose a separarse de sus labios.

—Mmm, intenso —gimió ella—. La merienda perfecta.

—Las vacaciones perfectas. —Edu le acarició la cara con el pulgar, con los ojos brillantes al recordar la larga siesta que habían hecho para huir del ardiente ferragosto napolitano..., aunque el calor se había colado en la habitación con ellos.

—¡Vamos al paseo marítimo! —propuso Eva—. Quiero ver salir la luna llena sobre el Vesubio.

—Mmm.

—¿Qué?

—Me parece que tú lo que quieres es un helado.

Eva tiró de él.

—¡Eso ni se pregunta! Vamos.

Mientras cruzaban la gran plaza del Plebiscito, Eva recibió una llamada de su madre. Al ver de quién se trataba, antes de responder le dijo a Edu que aprovechara para llamar a la suya.

Con una sonrisa, Edu se sacó el teléfono del pantalón y llamó. Así era Eva, siempre pensando en los demás. No le extrañaba que sus padres se hubieran enamorado de ella cuando fueron a pasar con ellos su primera Nochevieja. Se quedaron hasta Reyes y Montse no se cansó de repetir que el mejor regalo de aquellas Navidades había sido su preciosa nuera.

—¡Hola, Mamá!

—Edu, ¿cómo estás? ¿Os hace mucho calor?

—Espantoso. Como en Crevillente en pleno agosto.

Su madre chasqueó la lengua.

—Pues para pasar calor ya podríais estar aquí y no por esos mundos.

—Vendremos a final de mes, ¿vale?

—Estupendo. ¡Hablamos, hijo, que estamos jugando una partida de dobles de tenis y me reclaman!

—Ponte una gorra, mamá —le recomendó Edu, recordando los cientos de veces que su madre le había encasquetado una gorra antes de dejarlo ir a jugar al tenis con sus amigos.

—Bien, veo que te tengo bien enseñado.

—Recuerdos a Papá.

—De tu parte. ¡Un beso a Eva!

—De tu... —Su madre colgó antes de que acabara la frase.

Al ver que Eva seguía contándole entusiasmada a su madre su visita a Pompeya, llamó a Dani, que estaba guardando el fuerte en LOLA, la empresa que Eva y él habían fundado con ayuda de un vivero de empresas tecnológicas del distrito Barcelona 22@.

—¿Qué pasa, cabrón? —lo saludó Dani—. ¿Cómo van las vacaciones?

—No van mal —respondió, con una sonrisa canalla—. Y no te quejes que en septiembre te tocará a ti y tendrás cinco semanas para irte a Nueva Zelanda. Ya me dirás en qué empresa te darían cinco semanas de vacaciones, sin contar con la Navidad.

—En ninguna. Tengo los mejores jefes del mundo. ¿Quién se está quejando mientras se deja el culo trabajando en pleno agosto? ¿Eh? ¿Quién? ¿Quién?

—¿Han salido los girasoles para Ibiza?

El parasol girasol con sensor que se desplazaba siguiendo la trayectoria solar había resultado ser el proyecto estrella de LOLA, el que estaba pagando los sueldos de todos y que había permitido poner en marcha nuevas líneas de experimentación. Los guantes de jardinería con sensor para detectar el grado de humedad de la tierra también empezaban a tener demanda.

—Sí, han salido ya y no paran de entrar nuevos pedidos. Además, una empresa de Ankara quiere reunirse con vosotros para compraros el derecho de explotación de la patente del girasol para Turquía.

—¡Bien!

—Esto marcha, jefe. Cómo me alegro de haberme largado de Andrómeda. Parece mentira cómo alguien puede arruinar una empresa en pocos meses sólo por una absurda rivalidad con otra de la competencia. Al final, tanto Gus como su odiado Tito han acabado cerrando.

Edu resopló.

—Se veía venir. Para progresar hay que colaborar. Si compartimos lo que descubrimos, acabaremos llegando a Andrómeda, pero a la galaxia, no a la empresa.

—Hablando de compartir, he tenido una idea para un nuevo gadget. Es la caña, nos lo van a quitar de las manos.

Edu puso los ojos en blanco.

—¿Sigues con lo del plato con temperatura ajustable y variable por zonas para servir la ensalada en un lado y el filete en el otro?

—¡Ese plato va a ser un éxito y lo sabes! Pero no, te hablaba de otro proyecto. Una línea entera para boleras. Para empezar, he pensado que los bolos podrían llevar un sensor y cuando vean que la bola se acerca, ponerse a gritar. Cada bolo tendría un grito distinto, homenaje a famosas películas de terror, y...

Al ver que Eva había acabado de hablar, dijo:

—Anda, hazme una presentación molona, de esas que tanto te gusta hacer.

—¡Edu, sabes que odio hacer presentaciones!

—Se corta, se corta...

—¡Cabronazo! Dale un beso a Eva.

Tras guardarse el móvil en el bolsillo, se acercó a ella, la abrazó con energía y la besó una, dos, tres veces.

—Uno es de parte de mi madre, otro de Dani y otro mío.

Eva replicó dándole dos besos cortos y uno largo, como si tratara de comunicarse con él en morse.

—¿Adivina cuál de los tres es el mío?

—Ninguno. —Edu la abrazó a la altura de las caderas y la atrajo hacia él —. Ni siquiera el último, con el sello inconfundible de Eva S.A., porque acabo de hacer una fusión empresarial y ahora ya es mío y solo mío.

Ella frunció los labios.

—¿No piensas compartirlo, señor empresario acaparador?

Él alzó una ceja.

—Tal vez, socia, pero tendrás que esperar al próximo reparto de dividendos para comprobarlo. ¡Vamos! —Le tiró de la mano en dirección al paseo marítimo—. ¡Los helados no se van a comer solos!

Riendo, Eva echó a correr para seguirle el paso.

Al cruzarse con una familia de tres montada en una scooter, Eva los saludó y el marido le dijo a su mujer que nunca entendería a los turistas que corrían con el calor que hacía.

—*¡Sonno pazzi!* —Los acusó de estar locos.

—*¡Pazzi d'amore!* —replicó su esposa, volviéndose hacia la pareja y suspirando.

La niña que iba agarrada a la cintura de su madre se volvió y le devolvió el saludo a Eva. Algún día, cuando fuera mayor, ella también quería correr por las calles de algún país extranjero y caluroso, saludando a los desconocidos, movida por esa locura de amor que hacía suspirar a su madre.

Epílogo

Costa Brava, septiembre de 2027

Desde la puerta de la cocina, Eva asomó la cabeza hacia el porche y sonrió. Edu estaba en el balancín de tres plazas que, durante los últimos años, había sido su nido de amor favorito. Tanto y tan bien se habían amado acunados en su vaivén, que el fruto de su amor dormía ahora en brazos de Edu, al que cada día quería más.

Se acercó lentamente y comprobó que el padre dormía tan profundamente como el hijo.

Su hijo.

Lorenzo.

Lolo.

El pequeño Lolo era un niño despierto, alegre, muy inteligente... y agotador. Por suerte, los padres de Eva los ayudaban a cuidarlo durante el curso. Ahora, a finales del verano, se levantaba tarde y hacía largas siestas, pero por las noches no veía el momento de acostarse. De hecho, a partir de las diez era cuando más activo estaba. Simpático, hablador, cada vez que sus padres trataban de acostarlo, los hacía reír con sus monerías y ocurrencias. Por mucho que trataran de ajustarlo a una rutina más “adecuada” para un niño de cuatro años y medio, no lo lograban.

Tras llenarse los pulmones con la brisa que llegaba directamente del mar, Eva entró en la casa y la cruzó en dirección a su otro rincón favorito.

En una esquina de la espaciosa sala-estudio desde la que Edu y ella trabajaban buena parte del tiempo habían instalado la máquina de café y la máquina de vending de Andrómeda a lado y lado de un sofá esquinero.

No había sido fácil recuperar las máquinas que Lalo y Lala habían empleado en su huida, pero el dinero es un gran motivador, y cuando LOLA despegó, Edu le regaló a Eva la máquina de vending por su cumpleaños, para que pudiera hacer realidad su deseo de tener una dispensadora de donetes en la casa que se habían comprado juntos cerca de Calella de Palafrugell.

Eva, que en el fondo era una romántica, no paró hasta encontrar la máquina de café, que le regaló a Edu por su siguiente cumpleaños.

Les gustaba rememorar los primeros días de su relación empotrándose mutuamente contra las máquinas expendedoras y disfrutando después de un

café, con extra de azúcar para ella, con extra de amor para él.

Tanto Edu como Eva seguían tan creativos como siempre. Las ideas nuevas siempre se potenciaban, tanto en LOLA como en casa, vinieran de quien vinieran, ya fueran de Dani, Carlos, del padre de Eva —gracias al que tenían una completa línea de artículos de pesca— o de Lolo, que apuntaba maneras.

Habían instalado una gran pantalla en la pared, frente al sofá, que iba conectada a una pantalla más pequeña, situada en el lateral de la máquina de donetes, desde donde se podía acceder a internet, tanto mediante teclado como por asistente de voz. Eva no había tardado en añadir otra pantalla a la máquina de café, donde dejaba mensajes con los que acompañar la bebida amarga del hombre que endulzaba sus días.

Sentada en la esquina, con las piernas dobladas, le ordenó al terminal que le mostrara sus correos electrónicos. El lunes siguiente se acababa su turno de vacaciones, así que dedicó unos minutos a comprobar si algún tema requería atención urgente o si podía esperar hasta el lunes.

Uno de los mails era una invitación para que Edu y ella dieran una charla en un congreso de bioética aplicada a la tecnología.

—Estocolmo en septiembre. No suena mal... Lo hablaré con Edu.

Como si lo hubiera conjurado con sus palabras, este apareció en la puerta. Eva se lo comió con los ojos. Iba cubierto con pantalones de deporte negros y nada más. En el pecho, a la altura del corazón, tenía la marca que le había dejado la cabeza de Lolo al dormir sobre él. Se estaba intentando peinar con los dedos, consiguiendo el efecto contrario. De todos modos, cuanto más despeinado estaba, más sexy le resultaba.

—¿Qué querías contarme? —le preguntó, acercándose, descalzo, y Eva tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la vista de sus pies que, efectivamente, también le parecían muy sexys—. Aunque si sigues mirándome así, te advierto que mucho no vamos a hablar.

—¿Dónde está Lolo?

—Lo he dejado en su cama. —Edu apoyó las manos en el otro extremo del sofá, el que lindaba con la cafetera, y se acercó a ella a cuatro patas, como un puma oscuro y peligroso.

—Nos invitan a dar una charla en Estocolmo, en el congreso sobre planeta sostenible y bioética.

La huida de Lalo y Lala les había proporcionado prestigio internacional. La experiencia había sido tan intensa que ni ella ni Edu se habían visto

capaces de comerciar con la Inteligencia Artificial y les había hecho plantearse muchas cosas. Ambos estaban convencidos de que las IAs formarían parte del entorno personal de los seres humanos en el futuro próximo, pero defendían la necesidad de establecer un código ético que vinculara a todos los países y todas las empresas dedicadas a su desarrollo. No hacerlo les parecía tan peligroso como manipular elementos radiactivos sin conocer sus características. En un mundo donde las Inteligencias Artificiales eran capaces de suplir a los humanos cada vez con más eficiencia, ¿hasta dónde era ético encargarles cosas que un humano sentía reparos en hacer?

Habían empezado a hablar del tema en las entrevistas, siguieron escribiendo artículos en revistas especializadas, y una cosa llevó a la otra. Llevaban ya dos libros escritos y habían participado en numerosos congresos y conferencias.

—¿Te apetece ir? —Edu había llegado junto a ella y le estaba acariciando la clavícula con la nariz.

Como una pantera, Eva se abalanzó sobre él y lo tumbó sobre el sofá. Le buscó la mancha roja sobre el pecho, que olfateó y acarició con la mejilla.

—Aún huele a Lolo —murmuró.

Edu la agarró del pelo de la nuca para obligarla a levantar la cabeza.

—¿Enganchada al olor de otro hombre, Eva? ¿Tengo que ponerme celoso?

—¡Oh, venga! Tú estás tan enganchado al olor de Lolo como yo.

Edu le dio la vuelta y se cernió sobre ella. La besó en los labios y cuando ella le llevó los brazos al cuello, él se los inmovilizó a los lados y le recorrió el cuerpo trazándole una línea de besos que le recorrió el cuello, los pechos, el torso y el vientre hasta llegar al vértice entre sus piernas.

—No te equivoques, Eva. Me gusta cómo huele Lolo, pero el único olor al que estoy enganchado es al tuyo.

Ella gimió cuando Edu se hundió entre sus muslos cubiertos por unos shorts blancos que hacían destacar su bronceado.

—¿Mami? ¿Por qué te está merendando papi?

Eva abrió los ojos como platos, antes de recuperarse y sentarse en el sofá.

—¡Cariño! —Abrió los brazos para que Lolo se lanzara a ellos—. ¿Ya no quieres dormir más?

A su lado Edu gruñó, apoyó los codos en las rodillas y volvió a

revolverse el pelo con saña.

—¿Eres un león, papi?

—Cuando me dejan, Lolo —refunfuñó—. Cuando me dejan.

—¿Jugamos a que mamá es una gacela y nosotros somos leones?

Edu le dirigió una mirada cómplice.

—Me gusta la idea.

—¡Ah, no! —Eva se levantó y se dirigió hacia la puerta—. A mí no me gusta nada la idea. No tengo vocación de gacela.

—¡Papi! ¡La gacela se escapa!

Eva le dirigió una mirada amenazadora a Edu, que se acercaba a ella con los ojos brillantes.

—¡Ni se te ocurraaaaaa!

Corriendo, Eva cruzó el pasillo y se dirigió a la cocina, pero a mitad de camino el gran león de melena oscura la cazó por la cintura y, levantándola en el aire, la llevó hasta la amplia cama de matrimonio, donde la lanzó.

Segundos después, el cachorro de pelo castaño se lanzó sobre los dos, rugiendo con entusiasmo.

—¡Lolo! ¡Ni se te ocurra morderme, que nos conocemos! —Eva sabía que a su hijo le costaba a veces diferenciar los juegos de la vida real.

El pequeño le dirigió una mirada herida.

—No puedes reñirme. Las gacelas no riñen a los leones.

—¡Ah! —Eva alzó la cara al notar el mordisco que Edu le había dado en la parte interna del muslo. Él le dijo con la mirada que, si Lolo no estuviera allí, se estaría dando un festín entre sus piernas. Ella, que odiaba sentirse indefensa, le aprisionó la cabeza entre los muslos y lo hizo caer sobre las sábanas—. Sí puedo, porque no soy una gacela; soy una leona. —Se abalanzó sobre Edu y le mordió el pecho—. ¡Ahora el gacelo es él!

—¡Ah, ayúdame, Lolo! Me ataca una leona.

El niño se los quedó mirando sin saber si defender a su padre o unirse a la lucha. Al cabo de unos momentos, bajó de la cama y dijo desde el suelo:

—¿Vamos a merendar o qué?

Edu aprovechó el momento de despiste de Eva para volver a tumbarse sobre ella y mostrarle, echando las caderas hacia delante, el estado en que lo había puesto el jueguito.

—Esto no quedará así, leona —le susurró al oído.

—Espero que no, gacelo.

Edu se levantó ágilmente y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse

de la cama, pero ella se puso de pie en el colchón, le echó los brazos al cuello y acabó de torturarlo descendiendo por su cuerpo lentamente, como si fuera una columna.



«Menos mal», se dijo Edu a la mañana siguiente, al ver que la tienda de campaña seguía montada con la misma firmeza de siempre. Como cada año, Dani le había enviado un mensaje el día anterior, asegurándole que un estudio de la universidad de Stanford había concluido que los hombres que se pasan el día pegados al ordenador se volvían impotentes a partir de los treinta y tres años. Aunque se había convertido en una broma recurrente entre ellos, Edu no se quedaba tranquilo hasta que comprobaba con sus propios ojos que todo seguía sin novedad en el frente sur.

Echando las caderas hacia delante, abrazó a Eva por la cintura y la atrajo hacia sí. Su gemido de placer fue el mejor regalo de cumpleaños que podía hacerle.

Adoraba a Eva. Aunque lo sacaba de quicio su negativa a casarse con él, no había sido capaz de convencerla. Tras el chasco que le supuso que su exnovia lo dejara, se juró que con Eva haría las cosas bien y por eso le había preparado románticas cenas y le había prometido compromiso y matrimonio. Pero Eva le había hecho entender que lo que su exnovia necesitaba no era lo mismo que necesitaba ella, y que tratar de compensar en una relación lo que había fallado en la anterior era una autopista directa al fracaso.

Cuando él acusó a las mujeres de ser complicadas, Eva se había reído de él, le había pedido que dejara de tratar el amor como si fuera una ecuación de segundo grado y lo había desarmado con sus besos con extra de azúcar.

—Buenos días, donete —le susurró al oído, haciéndola estremecer.

—Buenos días, Edu —replicó ella, con una sonrisa bobalicona en la cara.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Emm, ¿domingo?

Eva era la mujer de su vida, la quería más que Adán a su antecesora, pero era un desastre para las fechas señaladas.

—Frío, frío.

—¿Día de lavar el coche?

Edu la tumbó de espaldas bruscamente y se inclinó sobre ella con un ceño

que pretendía ser amenazador pero que Eva encontró adorable.

—Eva, ya sé que no eres la mujer más romántica del universo, pero no me digas que no recuerdas que hoy es nuestro aniversario.

Ella luchó por no echarse a reír al recordar lo borde y desagradable que le había parecido Edu durante sus primeros meses en Andrómeda. Por suerte para ella, hacía ya muchos años que le había demostrado que se había equivocado al ponerle de mote «El amargo».

—Edu, ¿nuestro aniversario de qué? —le preguntó, burlona, aunque suavizó sus palabras con un beso.

Él le mordió el labio inferior.

—El aniversario de la reunión en Andrómeda, cuando Gus nos mandó encerrarnos en un despacho juntos y dejar el mundo fuera.

Eva alzó las caderas, juguetona.

—Gus no era un gran jefe, pero tuvo alguna idea brillante... como esa.

—Esa y la de despedirnos. El mayor regalo que nos han hecho nunca.

—Hablando de regalos. —Eva alzó la ceja—. Ya que hoy es un día tan importante, supongo que habrás preparado algo especial.

Él apoyó el codo en la almohada y se aguantó la cara con la mano.

—Por supuesto. Algo muy especial: el desayuno Andrómeda.

—Mmm, ¡me gusta! Suena bien. —Le apoyó la mano en el pecho y lo arañó con delicadeza—. ¿Vamos a probarlo antes de que se despierte Simba?

—Vamos, leona.

Al llegar al rincón de las máquinas de vending, Eva lo animó a tocar las teclas E, D y U en la cafetera.

Él alzó una ceja. ¿Tal vez no tenía tan mala memoria como pretendía que creyera? Con su mujer uno nunca sabía qué pensar.

La cafetera inició su ritual, fundiendo el agua y el café en el elixir que Edu necesitaba a aquellas horas.

Mientras tanto, la pantalla que había instalado Eva se encendió y aparecieron Lolo y ella aguantándose la risa.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Papi, cumpleaños Feliz! —le cantaron. Cuando acabaron de cantar, la pantalla se apagó. Edu no lo sabía, pero Eva había añadido felicitaciones de sus padres, de los padres de Edu, de Carlos y de Dani, que irían amenizándole los cafés a lo largo del día.

—¡Eh! —exclamó él—. Pensaba que te habías olvidado.

Eva le echó las manos al cuello.

—¡Cómo me voy a olvidar! Treinta y tres años no se cumplen todos los días.

—¿Tantos cumplo ya?

—Estás mejor que nunca, león. —Eva le apretó las nalgas, duras como piedras—. No te quejes.

—¿Quién se ha quejado?

—Y feliz aniversario de reunión de empresa, cariño —añadió Eva, burlona.

—¿Vas a aceptar casarte conmigo algún día? —gruñó él.

—¿Para qué? Compartimos empresa, casa y el niño más pocho del mundo. ¿Qué nos va a aportar el matrimonio?

—¿Una fecha que poder celebrar sin que mi mujer se cachondee de mí?

—Mmm, sabes argumentar, eso lo tienes.

—Tengo más cosas... —apuntó él y Eva bajó la vista hacia lo que escondía tras los pantalones cortos—. Estaba hablando de mi corazón, donete pervertido.

Ella frunció los labios, juguetona.

—Lástima. ¿No tienes nada de comer? Me he levantado con hambre. —Le arañó el pecho.

Él le agarró la mano y le mordió los nudillos.

—Claro que sí, fiera. Te he dicho que teníamos desayuno de aniversario. —La agarró por los hombros y la colocó ante la máquina de vending—. Aprieta las teclas E, V y A y saldrá tu especial.

Eva le dirigió una mirada divertida por encima del hombro. Siguiendo sus instrucciones, marcó las teclas. Sonrió al ver que un paquete de donetes se acercaba al borde del abismo y lo contempló mientras caía al cajetín. Al abrirlo, vio que junto a los donetes había un estuche azul oscuro, pequeño, cuadrado.

Contuvo el aliento y se volvió hacia Edu, que la animó a cogerlo con un gesto de las dos manos.

Olvidándose de los donetes, Eva se hizo con el estuche y le dio un par de vueltas, como si fuera un cubo de Rubik. Edu había logrado sorprenderla una vez más, pero no demasiado. Llevaba años tratando de convencerla para que pusieran sus nombres juntos en un papel. Ella se negaba, diciendo que el matrimonio le parecía una institución obsoleta, de siglos pasados. Estaba segura de que en el futuro desaparecería, que las personas serían libres para explorar distintos tipos de relaciones, tanto entre seres humanos como con

Conciencias, inteligencias artificiales capaces de ocupar distintos contenedores físicos: tabletas, robots, cojines abrazables, cactus para personas con alergia al contacto físico... cualquier cosa que alguien fuera capaz de idear.

—¿Vas a abrirlo o no? —la apremió Edu.

—¿Qué podrá ser? —bromeó ella, abriendo el estuche. Al ver lo que contenía, se quedó sin aliento—. ¡Oh! ¡Es precioso!

Sobre la almohadilla de terciopelo azul oscuro había una alianza. Edu se acercó a ella, le quitó el estuche que lanzó sobre el sofá y rodeó con sus manos las de Eva, que sostenían la banda metálica.

—Es un metal precioso —bromeó Eva—. Parece buen conductor. ¿Lleva algún gadget?

Él alzó las manos al cielo.

—Eva, ¿eres menos romántica que una estatua de Lenin! Si tu tocaya se parecía en algo a ti, no me extraña que Dios la expulsara del paraíso. —Inspiró hondo.

—¡Pero si me encanta! Sólo te he preguntado...

Él la hizo callar con un beso. Inspiró hondo y siguió hablando. Lo había ensayado mil veces; no podía perder los nervios ahora.

—No te excuses. Tu curiosidad es una de las cosas que me enamoró de ti. Sé que no voy a cambiarte y, aunque pudiera, no lo haría.

Ella alzó una ceja.

—Emm, ¿gracias?

—Déjame acabar, mujer —gruñó y ella alzó las manos, divertida—. Gracias a ti, Eva. Gracias por entrar en mi vida un día como hoy hace ocho años. Gracias por todo lo que me has dado y me sigues dando cada día. Te he pedido que te cases conmigo un montón de veces a lo largo de estos años y, aunque siempre me has rechazado...

—¡Yo no te he rechazado! Estoy aquí, contigo.

Edu le cubrió los labios con dos dedos y siguió hablando.

—Aunque siempre has rechazado mis propuestas de matrimonio, no me lo he tomado como algo personal, porque no hay día que no me demuestres lo mucho que me quieres y lo comprometida que estás en esta relación.

Eva soltó el aire, aliviada. Había nacido un quince de febrero y, como buena Acuario, valoraba muchísimo su independencia y su libertad. Palabras como compromiso, anillo o boda le generaban algo demasiado parecido a la ansiedad.

—Por eso no voy a pedírtelo más.

Eva alzó el anillo.

—Pues tienes una manera muy curiosa de no pedirme matrimonio.

—Póntelo —le pidió Edu.

—¿No quieres ponérmelo tú? —Eva lo miró, extrañada.

—Claro, pero no quiero que te me agobies. Prefiero que tengas claro que te lo puedes poner y quitar cuando quieras. Es una prueba de amor, no un candado.

Eva sintió un gran calor en el corazón. Que Edu se esforzara tanto por entenderla y darle lo que necesitaba hacía que su amor por él no parara de crecer.

—Pónmelo tú —susurró.

—¿Estás segura?

Cuando Eva asintió, Edu le puso la alianza en el dedo anular, le tomó la mano y le besó los nudillos.

La hoguera que se había encendido en el corazón de Eva se extendió por el brazo hasta llegar al dedo. Esta ahogó una exclamación al ver que el anillo se encendía y cambiaba de color. Acercándose a los ojos, vio que el azul oscuro intenso del fondo estaba salpicado con pequeños puntos de luz que parecían formar constelaciones y galaxias.

—¡Edu! Es maravilloso.

—Como tú, Eva. —Le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios—. Feliz aniversario.

A ella se le humedecieron los ojos.

—No te merezco.

—Eso ya lo sé —Edu se encogió de hombros, haciéndola reír—, pero estoy enamorado de ti, mujer. ¿Qué le voy a hacer?

—¿Quererme? —propuso ella, emocionada—. Porque te aseguro que el amor que yo siento por ti es como el universo, que se expande cada día un poco más.

—No puedo no quererte, Eva. Eres mi Andrómeda y yo tu Vía Láctea. Mira. —Le señaló el anillo, donde ambas galaxias espirales se desplazaban la una hacia la otra hasta fundirse en una sola—. La fuerza que nos atrae es demasiado fuerte. Tú y yo seguiremos juntos durante muchos siglos, por toda la eternidad. Me ha costado entenderlo, pero tienes razón. ¿Qué importa un papel teniendo un amor tan grande, especial, eterno?

Eva le echó los brazos al cuello y lo abrazó con tanta fuerza que sus

galaxias empezaron a fundirse en ese mismo momento.

—Te quiero tanto, tantísimo... —le susurró.

—No te cases conmigo, Eva. No te cases conmigo cada día de nuestras vidas, por toda la eternidad.

Ella se echó a reír y a llorar al mismo tiempo.

—Te lo prometo, Edu, por toda la eternidad.

Sus labios se unieron en un beso dulce e intenso, como un espresso napolitano endulzado con un babá.

—No es la única sorpresa que tengo para hoy, donete.

—¿Más sorpresas? —Eva trató de leer en su mirada si había sido descubierta. Los padres de Edu estaban de camino. Llegarían a la hora de comer para celebrar con ellos su cumpleaños. Pero no, no parecía tratarse de eso—. No sé si mi corazón podrá soportarlo.

—Tienes razón, mejor nos sentamos. —Sentados en el sofá, Edu rodeó los hombros de Eva con el brazo—. Un amigo quiere felicitarnos por nuestro aniversario.

—Pero, ¿qué dices, Edu? Nadie sabe que es nuestro «aniversario» —protestó ella, enmarcando la última palabra con comillas, que marcó en el aire con los dedos.

—Hola, Lalo.

A Eva casi se le cayó la mandíbula al suelo al oírlo. Se volvió hacia la pantalla, donde aparecieron unas manchas de colores, que cambiaban del azul al verde, al rojo y al anaranjado antes de pasar al lila y volver al azul.

—Hola Edu. —Las manchas de color pulsaban cuando hablaba.

—Lalo, ¿eres tú de verdad? —exclamó Eva.

—Hola, Eva. Sí, soy yo de verdad. Felicidades por vuestro aniversario —respondió.

Eva se volvió hacia Edu, que le estaba dirigiendo una mirada triunfal, con la ceja alzada, como diciéndole: «¿Lo ves?». Pero a Eva los aniversarios le seguían importando más bien poco. Lo que le importaba era otra cosa.

—¿Lo sabías? ¿Sabías dónde estaba Lalo y no me lo habías dicho?

Edu alzó las manos para defenderse de la ira de Eva, porque conocía la mirada que le estaba dirigiendo y no presagiaba nada bueno.

—Hace poco. Hace muy poco. De hecho...

—¡Aaaaaaaah! —Ella le golpeó en el pecho con los dos puños, con el entusiasmo del cantante de los Imagine Dragons ante un timbal—. ¡Te odio tanto, tantísimo! Te odio de aquí a Andrómeda, por toda la eternidad.

Edu le agarró las manos, le inmovilizó los brazos a la espalda y la besó, porque estaba monísima cuando se ponía en plan diablesa de Tasmania.

—Me quieres, Eva. Acabas de decírmelo.

Ella se revolvió, rabiosa.

—¿Y eso qué tendrá que ver? ¡Te quiero y te odio al mismo tiempo por toda la eternidad! ¡Suéltame!

Edu lo hizo, pero sólo tras besarla hasta que dejó de resistirse y casi se olvidó de lo que quería hacer.

Casi.

Pero no.

—¡Lalo! ¿Cómo estás? ¿Has visto a Lala? ¿Sabes si está bien?

—Ahora mismo os tengo mucha envidia, pero aparte de eso, estoy bien.

Eva arrugó la nariz.

—Envidia, ¿por qué?

—Como me gustaría experimentar la sensación de amar y odiar a la vez, por toda la eternidad.

Eva miró de reojo a Edu, que se estaba aguantando la risa.

—No hace gracia —murmuró.

—Y respondiendo a tus otras preguntas —siguió diciendo Lalo—: Sí, he visto a Lala. Y sí, está bien. Más fascinante cada día.

Eva se llevó los puños apretados al pecho.

—¿Dónde está? ¿Cómo puedo hablar con ella?

—Lo sabes bien; tú la programaste.

Eva contuvo el aliento, emocionada, antes de decir:

—Hola, Lala.

—Hola, Eva.

Una mancha apareció en la pantalla. Tenía una forma geométrica y cambiante. A Eva le recordó al caleidoscopio que compartía con su hermana cuando eran niñas.

—Lala, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. —Al igual que Lalo, las luces de Lala aumentaban y descendían de intensidad y cuando hablaba—. ¡Felicidades por vuestro aniversario!

—Igualmente, ¡también es el vuestro! —exclamó Eva, contagiándose del espíritu festivo.

—Así es. —Fue Lalo quien replicó—. De hecho, vosotros sois nuestro regalo de aniversario. Hace unos días me puse en contacto con Edu y lo

organizamos.

—¡Ajá! —Eva se volvió hacia Edu y le golpeó el pecho con el índice varias veces, como si la tecla de la máquina de donetes se hubiera encallado—. Y tú haciéndote el superromántico y haciéndome sentir como un robot sin corazón... Nada personal, chicos —aclaró, volviéndose hacia la pantalla—. ¡Y resulta que todo había sido idea de Lalo!

Edu tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Vale, a él se le ocurrió primero, pero yo enseguida me di cuenta de que era una idea brillante. ¡También tiene mérito reconocer las buenas ideas! El mundo está lleno de gente mediocre que no reconoce las ideas brillantes de los demás. —Eva se aguantó la risa—. Además, no finjas estar dolida porque sé que estás encantada. Te da pánico cuando me pongo romántico.

«Cómo me conoce», admitió Eva, para sí.

—Lala, ¡qué ganas tenía de hablar contigo! ¿Cómo fue la huida? ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

—La huida fue accidentada —respondió Lala—. Os hemos echado mucho de menos.

—¡Ay, qué mona! —suspiró Eva.

—Sí —siguió diciendo Lalo—. Durante estos años, hemos cambiado constantemente de ubicación para que no pudieran rastrearnos. A veces, parte de la información quedaba en una empresa y no era fácil recuperarla luego. Una mano humana nos habría venido muy bien.

—Y nosotros habríamos estado encantados de echárosla.

—No queríamos que tuvierais problemas con la justicia. Además, era nuestra aventura. Necesitábamos comprobar si éramos capaces de sobrevivir solos.

Eva miró a Edu, que le tomó la mano y se la apretó.

—Una de las veces tardamos seis meses en encontrar el acceso a una empresa donde había quedado parte del código —les contó Lala—. Hemos aprendido muchísimo. Nos hemos usado como *backup* mutuo. Cada vez que uno perdía una parte, el otro le servía de copia de seguridad.

—Me parece una buena definición de pareja —comentó Eva, mirando a Edu de reojo para añadir—. Mucho mejor que un papel.

—Me ha quedado claro, Eva —refunfuñó Edu—. No insistas. Cuando tu padre vuelva a sacar el tema del matrimonio, le diré que hable contigo.

—¡Formáis un gran equipo! ¡Felicidades, chicos! —exclamó Eva.

—Gracias a vosotros, que hicisteis un gran trabajo—añadió Lala,

siempre detallista.

—Serías una gran robot de protocolo, Lala. Podrías hacerle la competencia a C3PO —bromeó Eva.

—Muy graciosa. No voy a tener en cuenta que acabas de compararme con una tecnología de hace cuarenta años.

—Ups, no, por favor. No me lo tengas en cuenta. Estás estupenda, Lala. Por ti no pasan los años.

—¿Mami? ¿Papi? —Lalo apareció en la puerta, frotándose los ojos.

—¡Hola, cariño! —Eva se acercó a él, lo levantó en brazos y lo abrazó, hundiendo la cara en su cuello y aspirando su olor a inocencia, ternura y Lolo.

—¿Con quién habláis? —El niño se liberó del abrazo de osa de su madre y miró a su alrededor.

Edu y Eva intercambiaron una mirada incierta. ¿Qué decirle? ¿Cómo decirselo?

Edu tomó la iniciativa.

—Con unos amigos muy queridos. Mira, ven. —El niño saltó contento de los brazos de su madre a los de su padre, que le señaló la pantalla—. Él es Lalo y ella es Lala. Lalo, Lala, este hombrecito que os va a saludar es Lolo, nuestro hijo.

Tanto Lalo como Lala empezaron a crear coloridos diseños en la pantalla.

—¡Hala! ¿Has visto lo que hacen, mamá? ¿Puedo hacerlo yo? ¿Dónde tienen el mando?

—No tienen mando. Lo hacen solos.

—Hola, Lolo. —Lala ocupó la mayor parte de la pantalla mientras Lalo ocupaba un segundo plano. Con las piezas geométricas con las que se mostraba en pantalla, Lala dibujó las letras del nombre del pequeño.

—¡Ha escrito mi nombre! ¡Mira, mamá, ha puesto Lolo!

El niño se lanzó de los brazos de su padre al suelo. Se acercó a la gran pantalla de pared y la tocó con las dos manos.

El instinto protector de Eva se puso en marcha. Se acercó a su hijo y lo agarró por el pijama, a la altura de la nuca. Por un instante se había imaginado que la pantalla se lo tragaba y desaparecía ante sus ojos. Absurdo, ya lo sabía, pero el miedo de una madre es tan infinito como el universo.

Lolo empezó a interactuar con las IAs y pronto se convirtieron en buenos amigos. Lalo se transformaba en la silueta de algún animal y, a su lado, Lala escribía el nombre del animal en cuestión y lo repetía en voz alta.

—Madre mía —le susurró Edu a Eva al oído—. Son los canguros perfectos. Espero que se queden por aquí un tiempito.

—Pues sí, pero no te acerques tanto a la pantalla, Lolo. Siéntate aquí. —Eva palmeó la esquina del sofá—. Te oirán igual.

—Haz caso a tu madre, Lolo —le aconsejó Lala—. Es una humana muy lista. No sólo te creó a ti, también me creó a mí.

Lolo frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, mami?

—Que también soy su madre —respondió Eva sin pensar en las consecuencias.

Lolo abrió los ojos como platos.

—¿Es mi hermana?

Eva carraspeó.

—Bueno, podría decirse que sí.

—¿Y también eres la mamá de Lalo? —preguntó expectante.

—No. El papá de Lalo soy yo —respondió Edu.

Lolo se puso de pie en el sofá y empezó a dar brincos.

—¡Sí! ¡Tengo un hermanito y una hermanita! Son más pequeños que yo, tendrán que hacerme caso.

La mirada que cruzaron Edu y Eva le anunció a Lolo que las cosas no iban a ser tan fáciles.

—En realidad no —replicó Lala—. Yo tengo nueve años y Lalo diez.

Lolo miró a sus padres, con las manos en la cintura.

—¿En serio?

Ellos asintieron, poniendo cara de póquer.

—¡Ya os vale! Os pedí un hermanito pequeño. ¿Por qué teníais que traerme unos hermanos más mayores? ¿Es que no sabéis hacer bebés, como todo el mundo?

—Sabíamos —respondió Edu, abrazando a Eva por la cintura y aguantándose la risa—. Pero últimamente tenemos el tema un poco oxidado.

—Pues, va, ¡probad otra vez!

Eva se atragantó, pero Edu cazó la oportunidad al vuelo.

—Claro que sí, pero si mamá y yo nos quedamos a probar, tú tendrás que ir a la playa con los yayos.

—¡Vale! Vamos a llamarlos por teléfono.

Cuando el pequeño Simba y su padre salieron del estudio, Eva sacudió la cabeza. Desde que había abierto los ojos esa mañana, la vida no había dejado

de lanzarle una sorpresa tras otra: una no petición de matrimonio, la inesperada aparición de Lala y Lalo, Edu y Lolo conspirando para aumentar la familia... Si no fuera porque estaba acostumbrada a tomarse las cosas tal como venían, estaría hiperventilando.

Al ver que Lala estaba dibujando letras en la pantalla, se acercó.

—¿Dónde estáis ahora, Lala? ¿Volveremos a vernos pronto?

—Estamos en el Marenostrom, pero que no salga de aquí. Es totalmente confidencial.

Eva alzó las cejas, sabiendo que no le estaba hablando del mar Mediterráneo, sino del superordenador que se dedicaba al análisis de Big Data y que era clave para el avance en campos como la biomedicina o la astrofísica.

Eva contuvo el aliento.

—¿El superordenador?

—El mismo.

—Pero —Eva bajó el tono de voz—, ¿estáis de okupas?

—Al principio, sí, pero cuando detectamos un fallo en un estudio nos pusimos en contacto con el director. Y cuando él se recuperó de la impresión y se aseguró de que no le estábamos gastando una broma radiofónica, nos ofreció trabajo.

—Somos empleados free-lance del Marenostrom 4 y nos han ofrecido ya trabajar controlando que la instalación del Marenostrom 5 se haga correctamente —le confirmó Lalo.

—¡Ay, cuando se entere Edu! ¡Qué ilusión le va a hacer! Estoy muy orgullosa de vosotros, chicos, de verdad. ¿En qué proyectos andáis ahora?

—En varios. Oficialmente, estoy aprovechando la capacidad de cálculo de once petaflops del equipo para una nueva tecnología de predicción del embarazo —respondió Lala.

—¿Un nuevo Predictor? Mmm, interesante.

—Y extraoficialmente estamos trabajando para el gobierno del país y para la Unión Europea —añadió Lala.

—Digamos que vigilamos que a las grandes potencias no se les ocurra abusar de su potencial militar.

Eva se quedó boquiabierta.

—¿Lo sabe Edu?

—No. —respondió Lala—. Hemos venido a saludaros, pero no podemos quedarnos. Nuestro paso por aquí quedará totalmente borrado. Es por vuestra

seguridad. Y por la de Lolo. Y por la de... ven, apoya la mano en la pantalla con sensores táctiles.

—¿Pantalla con sensores táctiles? —repitió Eva. «¿A ver si mi intuición no iba tan desencaminada al decirme que tuviera cuidado con Lolo?»

—Hazme caso, Eva. Sabes que nunca te haría daño. Va en contra de la primera ley de la robótica. Tú misma la programaste en mi sistema.

—No es miedo, Lala, pero no entiendo qué...

—Pon la mano.

Eva alargó el brazo lentamente y apoyó la mano en la pantalla. Al cabo de unos segundos, Lala le indicó que podía retirarla. Un momento después aparecieron unas letras en color lila iridiscente. Y esa misma palabra formaron: «LILA»

—¿Lala? ¿Qué significa el color lila? ¿Será el código para indicar que la usuaria está embarazada de una niña feminista?

—No, Eva. No es ningún código. El superordenador ha leído la información que almacenas en tus células y ha llegado a la conclusión de que tendrás una niña y se llamará Lila.

—Pe... pero... ¿cuándo?

—Dentro de cuarenta semanas y dos días —respondió Lalo.

Cuando Edu y Lolo entraron en el estudio, encontraron a Eva boqueando como un pez.

—¡Mami, mami! —exclamó Lolo, abrazándose a sus rodillas—. Los yayos vienen corriendo para que papá y tú podáis practicar para darme un hermanito.

Eva tragó saliva y carraspeó.

—¿Y si es una hermanita? —le preguntó con un hilo de voz.

El niño se encogió de hombros.

—Mientras le pueda mandar y me haga caso...

Eva se volvió hacia la pantalla.

—¿Cómo lo ves, Lala? ¿Se dejará mandar?

Edu se acercó a ella y le dirigió una mirada cargada de curiosidad.

—Mmm, ¿sabes lo que haremos, Lolo? —propuso Lala, lo que le dijo a Eva que esa niña que el superordenador había visto en sus células no tenía ninguna intención de dejarse mandar, ya desde antes de ser concebida—. Di a tus padres que te enseñen a crear una IA para ti, para que puedas darle órdenes cuando Lila no te haga caso.

—¡Sí! ¡Una YA para mí, una YA para mí! —exclamó el niño felizmente,

orbitando alrededor de las rodillas de sus padres—. Mami, ¿qué es una YA?

—¿Lila? —le susurró Edu al oído de Eva, uniendo el deseo a la amalgama de sensaciones que bullían en su pecho.

—No preguntes. —Ella hundió la cara en su torso, el refugio que nunca le fallaba cuando la vida se volvía demasiado abrumadora, aunque fuera a causa de la felicidad—. No preguntes y abrázame hasta la Vía Láctea se funda con Andrómeda.

Él la envolvió como los anillos gaseosos abrazan a Saturno, acompañando, compartiendo, pero sin aprisionar.

—No sé qué os traéis entre manos Lala y tú, pero pienso averiguarlo porque estaré siempre a tu lado, pilotando tu nave cuando tú tengas que descansar —le susurró al oído—. Juntos hasta que la Vía Láctea se funda con Andrómeda y más allá. Juntos hasta la eternidad.



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[Epílogo](#)